

1857

C

[The main body of the page is extremely dark and contains illegible text.]

WELLS
—*—
EL
ALIMENTO
DE
LOS DIOSÉS

TOMO I

PR5774

.P6

S6

v. 1



1020028740



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





RICARDO COVARRUBIAS
FORD

EL ALIMENTO DE LOS DIOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas. W45420
Núm. Autor _____
Núm. Adg. 29241
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó [Signature]
Catalogó _____



H. J. WELLS

El Alimento de los Dioses

Traducción de "La Vida Literaria"



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

BARCELONA

TORIBIO TABERNER, Editor

Calle Rosellón, núm. 224

1905

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tip. Anuario de la Exportación, Paseo San Juan, 193.—BARCELONA

101063

29241

823
M.



PR5774

.F6

56

v.1

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del Editor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL ALIMENTO DE LOS DIOSES

LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

LA INVENCION DEL ALIMENTO

I

Hacia la mitad del pasado siglo XIX, se hizo muy común en el extraño planeta en que vivimos, cierta clase de hombres en su mayoría talludos á la que se le dió el nombre apropiado de *científicos*, aunque á ellos no les gustara mucho la palabrita. Tanto les disgustaba, que la tal calificación quedó desterrada en absoluto del periódico *La Naturaleza*, que pudiéramos llamar el órgano de la clase, del que fué proscripta la palabra como si ella entrañara todo lo malo del lenguaje;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada 1625 MONTERREY, MEXICO

pero el público y la prensa en general han seguido llamando así á los que se dedican al estudio de las ciencias y cuando hablan de ellos, los apellida *distinguidos, eminentes, ó muy conocidos científicos*.

Y tal calificación merecieron indudablemente el señor Bensington y el profesor Redwood, aun antes de que asombraran al mundo con su maravilloso descubrimiento, que es el objeto de esta narración. El señor Bensington pertenecía á la *Royal Society* y era presidente de la *Chemical Society* hacía algunos años, y el profesor Redwood, catedrático de Fisiología en el *Bond Street College* de la Universidad de Londres, había sido constantemente combatido por los *antiviviseccionistas*, y había llevado siempre, desde jovenzuelo, una vida esencialmente académica.

Uno y otro tenían poca distinción natural, como les sucede á todos los verdaderos hombres de ciencia, y no es aventurado decir que cualquier actor dramático tiene modales más distinguidos que todos los miembros de la *Royal Society* juntos. El señor Bensington era de corta estatura, calvo y encorvado; llevaba lentes montados en oro y zapatos de paño con muchas cortaduras para disminuir el dolor de los callos. Redwood era de aspecto vulgar y ordinario.

Hasta que tuvieron la suerte de descubrir el alimento de los dioses, nombre que seguiré dando

á invento tan prodigioso, ambos sabios vivieron en la mayor obscuridad, y es difícil, por lo tanto, hallar en su vida nada que pueda llamar la atención de nadie. Bensington había sido premiado con la espuela de caballero, cosa que se avenía mal con los zapatos de paño agujereados por todas partes, recompensa dada á sus muchas investigaciones respecto á los alcaloides de propiedades más tóxicas, y Redwood, logró ser un día eminente y llegar á la cumbre de la sabiduría, no sé por qué, pero creo que debió su fama á una obra voluminosa que escribió acerca de la *Reacción de los tiempos*, profusamente ilustrada con copias de trozos esfigmográficos (rectificaré si es preciso) y avalorada por una terminología especial que lo hizo célebre en un momento.

La noticia de la existencia de estos sabios, apenas trascendió al público, que sólo pudo ver en algunos sitios, como por ejemplo, en la *Royal Institución* y en la *Society of Arts*, la sonrosada calva del señor Bensington y tal vez el cuello de americana, y escuchar algunos fragmentos de conferencias que el ilustre profesor se hacía la ilusión de que leía claramente. Recuerdo que en cierta ocasión, cuando aun se hallaba en Dover la *British Association*, llegué yo á la sección C ó D ó no sé qué otra letra, que estaba establecida en una taberna. Entré siguiendo á dos señores de gran continente que llevaban debajo del brazo

unos rollos de papel y pasé por una puerta sobre la cual se leía: *Billiards and Pool*, y me hallé sumido en tinieblas que rompían sólo un círculo de luz en el que se destacaban los trazos esfumográficos del señor Redwood.

Estúveme contemplando el movimiento del círculo alumbrado en el que iban sucediéndose con lentitud los trazos, y oí una voz, que creí fuera la del profesor, sin que recuerde ahora lo que dijo. Volvió á llamarme la atención el chirriar de la linterna y escuché otro ruido que me detuvo algún tiempo para ver en qué paraba aquello, pero se apagó la luz de pronto, y hasta después no me di cuenta de que, otro ruido que sentí cuando se apagó la luz, era el de las mandíbulas de los señores socios, que aprovechaban la obscuridad para engullir bollos y emparedados.

Guardo recuerdo de Redwood, que me pareció un hombre sumamente ordinario, de aspecto nervioso y de color moreno. Hablaba mientras estaba encendida la linterna y palpaba la pantalla en el sitio en que debía hacerse visible el diafragma, y parecía uno de esos hombres profundamente preocupados en asuntos ajenos al caso de que tratan y que actúan siempre con verdadera satisfacción por aquello de que cumplen con un deber.

En otra ocasión oí también, y de esto hace mucho tiempo, al señor Bensington, que dió una conferencia en Bloomsburg. Era un metodista exi-

gente, como todos los químicos y botánicos, pero se me figura que no hubiera podido con media hora de clase en un colegio elemental. Según creo recordar, Bensington exponía, en la conferencia aquella, una modificación en el método de heurística de Armstrong, modificación con la cual, un niño de mediana inteligencia, ayudado de aparatos que costaban diez mil pesetas, abandonando por completo los demás estudios y poniendo todos sus cinco sentidos en las explicaciones de un profesor eminente, podría llegar á saber en el período de diez á doce años, tanta química como se puede aprender en uno de esos tratados que valen dos pesetas, que sirven de texto, y que eran entonces tan comunes como hoy.

Por lo que llevo dicho habrán comprendido mis lectores que los dos sabios, dejando á un lado su ciencia, eran personas vulgarísimas, y añadiré que, si en alguna ocasión se apartaban de lo vulgar, era para caer en lo ridículo, en lo que nada tiene de práctico con relación á la vida, como les ocurre siempre á los hombres de ciencia. Lo que hay de notable en estos hombres, constituye una molestia para sus compañeros, y un misterio para la humanidad en general; lo que en ellos no es noble, resulta evidente como su vulgaridad, y en esto, es en lo que se distinguen de los demás. Viven en un círculo muy estrecho en lo referente á sus relaciones sociales, porque sus

investigaciones científicas exigen de ellos atención profunda y aislamiento casi monástico, que consumen su actividad y su tiempo.

Cuando vemos á uno de esos pequeños investigadores de cosas grandes, con su aspecto estrambótico, su timidez clásica, su cabeza canosa y su pecho adornado ridículamente con alguna condecoración, moviendo con lentitud su mal conformado cuerpo mientras lee un discurso académico; cuando vemos lo que el periódico *La Naturaleza* parece angustiarse ante el abandono del sabio; y, por último, cuando leemos ó cuando oímos la crítica que un botánico opone á los trabajos de otro botánico, se nos hace patente, tal como ella es, la inmutable pequeñez de los hombres. Y sin embargo, aparte de los áridos escollos fabricados por tales gentes, ¡es tan admirable, tan portentoso, y está tan preñado de promesas el porvenir de los hombres!

Los sabios no parece que realizan aquello que ejecutan, y sin embargo, es indudable que el mismo Bensington, al consagrarse á los alcaloides y á sus composiciones similares, tuvo algún presentimiento, y algo más que un presentimiento, de su fuerza científica; porque sin tales aspiraciones de gloria y de posición á las cuales no puede aspirar sino el hombre de ciencia ¿qué joven consagraría su vida entera á semejante obra? Ninguno.


Es innegable que todos ellos han tenido la visión de la gloria, y que, aunque la hayan visto tan cercana que su resplandor les haya cegado, los ha cegado caritativamente para que en el resto de su existencia hayan podido ó puedan mantener, con relativa intensidad, la luz de la ciencia á fin de que veamos nosotros.

Tal vez esto explique la preocupación de Redwood, que se diferenciaba, sin género de duda, del resto de sus semejantes, por la singularidad de conservar aun en sus ojos, algo de la visión que lo había deslumbrado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1940 1626 MONTERREY, MEXICO



El nombre de *alimento de los dioses* con que yo califico la substancia descubierta por los profesores Bensington y Redwood no es en manera alguna exagerado, si se tienen en consideración las maravillas que ha obrado y las muchas que hemos de ver aún; seguiré, pues, usándolo en el curso de la presente historia.

Tengo la seguridad de que Bensington, á sangre fría, no se hubiera atrevido á bautizar con tal nombre su descubrimiento, como tampoco se hubiera atrevido á salir de su casa de Sloane Street vestido de púrpura y ciñendo una corona de laurel. El nombre fué una genialidad del sabio, una exclamación, un grito lanzado en el primer momento de entusiasmo; pero pasada una hora, cuando la calma aplacó los primeros ímpetus, el mismo Bensington declaró que tal nombre era absurdo.

Cuando nuestro sabio se dió á reflexionar por primera vez, en lo que había ideado, se quedó

atónito; el panorama que, deslumbrándole, se ofrecía á su vista, era tentador é inmenso, realmente inmenso. Lo contempló asustado un instante, y luego, como hacen los verdaderos sabios, cerró los ojos resueltamente. Surgió luego el alimento de los dioses, y se propagó y obtuvo una resonancia escandalosa. Bensington seguía sorprendido de haberle denominado de aquel modo; pero la visión, que aun permanecía en sus ojos, estallaba de vez en cuando en esplendores que cegaban.

—La verdad — decía Bensington á su compañero, frotándose las manos y riendo nerviosamente, — que esto no tiene interés práctico... Pudiera ser — añadió acercándose más á Redwood y bajando la voz, — que se vendiera, si supiéramos manejarlo bien.

—Y que se vendiera como alimento, ó, por lo menos, como una parte constitutiva del alimento— respondió Redwood.

—Naturalmente, suponiendo que sea agradable al paladar... Pero esto no lo sabremos hasta que hayamos hecho lo preparación oportuna.

Bensington dió vuelta á la alfombra de la chimenea y se quedó mirando las ya descritas cordaduras de sus zapatos de paño.

—En cuanto al nombre — dijo luego, levantando la cabeza, — prefiero una sugestiva alusión clásica. Esto no sólo mantiene, sino que aumenta, la responsabilidad de la ciencia, pues le da cierto

matiz de dignidad á la antigua. Lo he pensado mucho... No sé si usted lo encontrará absurdo, ¡pero un poco de fantasía bien se le puede á uno permitir alguna vez!... Creo que se adapta bien la palabra *Heracleoforbia*. ¿Eh? ¿Qué le parece á usted? Así queda bien expresada la idea de la nutrición de un hércules en embrión... No obstante, si usted cree que no...

Redwood, sin despegar los labios y con la vista fija en el fuego, reflexionaba.

Bensington insistió:

—¿Le parece á usted que el nombre conven-
dría?...

Redwood, callado aún, movió gravemente la cabeza.

—Si no le pareciese bien, podríamos llamarle *Titanoforbia*, alimento de titanes... ¿Prefiere usted el primero? ¿O cree usted que será demasiado?

—No — respondió secamente Redwood.

—Pues bien — concluyó Bensington respirando con satisfacción. — Se llamará *Heracleoforbia*.

Y así designaron el descubrimiento en todas sus posteriores investigaciones y en el informe que de él se hizo y que no se publicó nunca; porque el desarrollo adquirido por el invento trastornó los trabajos de los inventores, y porque estos informes se escriben para que permanezcan inéditos por los siglos de los siglos.

Bensington y Redwood tuvieron que preparar

sucesivamente tres substancias antes de dar con la que ellos habían previsto; y á tales substancias las llamaron *Heracleoforbia I*, *Heracleoforbia II* y *Heracleoforbia III*. A la definitiva, ó sea á la *Heracleoforbia IV*, es á la que se refiere el nombre de *alimento de los dioses* con que presento á mis lectores la maravillosa invención.

III

La idea fué del señor Bensington; pero como le fué sugerida por uno de los experimentos de Redwood presentado á la Sociedad de Transacciones Filosóficas, aquél consultó á éste antes de seguir adelante. Había, además, otra razón para la consulta; y era que la investigación tenía tanto de filosófica como de química.

El profesor Redwood era un hombre de ciencia muy apegado á las líneas. Supongo que el lector — si es el lector que yo me imagino — estará familiarizado con esa clase de experimentos gráficos á que pertenecía el de Redwood. Estos experimentos gráficos son papeles de los que no se saca nada en limpio y en cuyo extremo se ven cinco ó seis diagramas que muestran peculiares trazos en zig-zag, ó inexplicables y sinuosas líneas llamadas *curvas suaves*, trazadas sobre otras líneas ordenadas y limitadas por abscisas. Contemplando tales líneas, pasa uno mucho tiempo, y por último llega uno á sospechar que ni su autor las entiende; pero no es así; porque á decir verdad, muchos de esos hombres científicos comprenden

bien lo que han trazado, y lo que hace que nosotros no lo comprendamos, es su método especial de expresarlo.

Me inclino á creer que Redwood no pensaba más que en líneas y que después de su obra monumental sobre la *Reacción de los tiempos*, (recomendamos al lector poco aficionado á esta clase de estudios que piense en ello y lo encontrará más claro que el agua) Redwood aplicó las curvas suaves á la teoría del crecimiento, y que uno de estos trabajos fué el que hizo á Bensington concebir su invento maravilloso.

Se sabe que Bensington había calculado el crecimiento de muchos seres orgánicos, á saber: perros, gatos, girasoles, setas, judías, y aun el de su propio hijo, mientras no intervino su señora, y que de tales estudios dedujo que los seres no crecen de una manera uniforme, es decir, en línea recta, como él creyó, sino á saltos, con intermitencias; de suerte que sus descubrimientos demostraron á Redwood que ningún ser crecía de una manera regular y continua, y que siempre que se presentaba el crecimiento, sufría el ser alguna interrupción en su desarrollo que le hacía permanecer estacionado un período de tiempo antes de continuar el progreso de su vida.

Afirmaba Redwood en el lenguaje rigurosamente técnico que emplean los sabios, que el progreso del crecimiento exigía en la sangre la con-

currencia de alguna substancia necesaria en considerable cantidad, substancia que debería formarse muy lentamente, y que una vez consumida ésta, comenzaba otra vez el organismo su lenta elaboración, quedando paralizado entre tanto el crecimiento, y el sabio comparaba dicha substancia con el aceite con que se engrasan las máquinas.

—Un animal — decía Redwood, — es en su desarrollo lo mismo que una máquina, que marcha cierto tiempo, pero que, pasado éste, necesita que la engrasen con aceite para seguir marchando, — y Bensington, al leer esto, se preguntaba.

—¿Por qué no se le ha de poder administrar ese aceite por fuera? — y Redwood añadía con la inconsecuencia nerviosa característica en los sabios:

—Todo esto pudiera ser un hallazgo muy feliz para hacer luz sobre el misterio de las glándulas vasculares ¡ como si las tales glándulas tuvieran relación alguna con tal asunto!

Redwood fué luego más allá. Ofreció un gran número de diagramas de Brock, de forma igual á las trayectorias de los cohetes, y cuya esencia, si tenía algo digno de este nombre, estribaba en considerar que la sangre de perros y gatos y la savia del girasol y de la seta eran distintas en el periodo de crecimiento que en el de la elaboración de la substancia.

Bensington se quedó profundamente admirado

cuando examinó los diagramas y notó aquella diferencia, porque, como era natural, la razón de aquella diferencia, podía hallarse precisamente en la substancia que él había tratado de aislar al hacer sus investigaciones sobre los alcaloides más estimulantes al sistema nervioso. Al meditar sobre ello, colocó sobre el pupitre los diagramas, hizo girar el sillón, se quitó las gafas, empañó los cristales con el aliento, las empezó á limpiar, y exclamó:

—¡Caramba!

Se puso de nuevo las gafas, hizo girar otra vez el sillón, pero antes de que este hubiese girado por completo, Bensington hizo un fuerte movimiento, empujó con el codo los diagramas y éstos dieron en el suelo revueltos entre sí.

—¡Caramba! — volvió á exclamar el sabio.

Y como los papeles se hubieran esparecido bastante, tuvo que ponerse á gatas para recojerlos, y entonces fué cuando se le ocurrió bautizar la substancia descubierta con el nombre de *alimento de los dioses*, porque, era indudable que si Redwood y él tenían razón, bastaría mezclar dicha substancia con los manjares ordinarios, ó con los alimentos, generalizando más, para que desapareciera el periodo de reposo en el crecimiento y para que este fuera representado por la línea ideal, ó sea la recta, en vez de estarlo por la línea á saltos es decir, con intermitencias.

IV

La noche siguiente á la de la famosa entrevista entre los dos sabios, no pudo Bensington cerrar los ojos; por un instante, sin embargo, pareció quedarse traspuesto, y en tal estado de modorra soñó, ó creyó soñar, que abría un gran hoyo en el que iba echando cantidades considerables de la substancia maravillosa, y que la tierra se hinchaba entonces de una manera ostensible, que las fronteras de las naciones saltaban deshechas en mil pedazos y que la Sociedad Geográfica cosía y remendaba como un gremio de sastres, dejando en libertad el Ecuador...

Es indudable que fué un ensueño ridículo; pero fué un ensueño que evidenciaba el estado de excitación mental en que se hallaba Bensington y el valor que éste daba á su idea; ensueño, que valía más que nada de lo que aquél hizo ó dijo durante el tiempo que vivió despierto; de no ser así, no me hubiera tomado el trabajo de referirlo, pues entiendo que carece absolutamente de interés el contaros nuestros ensueños.

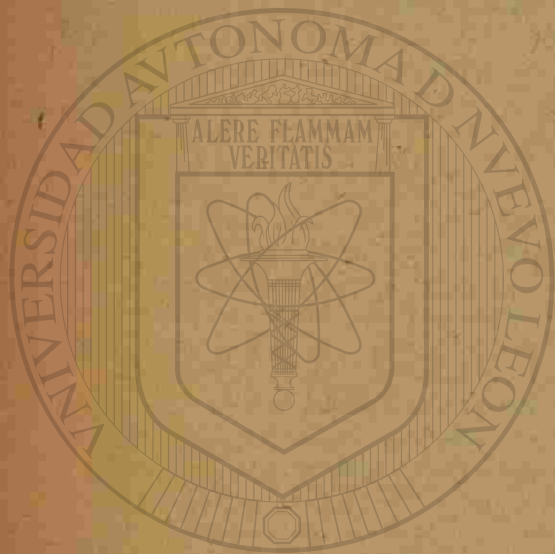
Por singular coincidencia, Redwood soñó tam-

bién aquella noche. Y soñó que un diagrama de fuego resplandecía en la negrura de un pedazo de abismo; y que él, se hallaba en el espacio, en pie sobre un planeta y en una especie de negra plataforma, dando una conferencia sobre el nuevo modo de crecimiento á la más que Real Sociedad de las Fuerzas Primordiales, ó sean las fuerzas del crecimiento de los imperios, de las razas, de los mundos y de los sistemas planetarios.

Y Redwood explicaba con mucha sencillez y elocuencia que los lentos y retrógados métodos de crecimiento hasta entonces seguidos por esas fuerzas, serían pronta y definitivamente destruídos por el descubrimiento del conferenciante.

Esto es ridículo, pero demuestra...

Pero no quiero sugerir, ni por un instante, la idea de que los ensueños hayan de ser considerados en algún modo significativos ó proféticos, á parte de que ya lo he dicho de una manera categórica.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

CAPITULO SEGUNDO

LA GRANJA EXPERIMENTAL

I

Bensington se propuso probar la eficacia del alimento, tan pronto como éste se hallara preparado, en los renacuajos. (En estos malaventurados embriones se practican casi siempre análogos estudios, pues, por lo visto, no vinieron al mundo para otra cosa).

Quedó acordado que fuera Bensington el que dirigiera y llevara á la práctica los experimentos, pues el laboratorio de Redwood se hallaba ocupado con un aparato de balística y con unos cuantos novillos, los necesarios para investigar las diferentes variaciones que puede haber en el modo de embestir este animal en el espacio de un día,

investigación que daba por resultado una línea originalísima, capaz de dejar con la boca abierta al más pintado. No era, pues, prudente llevar á dicho laboratorio los tubos de cristal que encerraban los futuros batracios, por lo menos hasta que Redwood no hubiera acabado de estudiar las embesidades, en cuyo análisis se hallaba tan abstraído.

Pero cuando Bensington participó á su prima Juana la novedad de los experimentos, la buena mujer se negó rotundamente á que llevaran á su casa gran cantidad de animaluchos, fueran renacuajos ó no lo fueran. No se oponía á que Bensington aprovechara una habitación para sus experiencias químicas, con tal de que no fueran de química *explosiva*; le permitió que tuviera un hornillo de gas y un armario donde guardar los aparatos, mientras ella limpiaba el laboratorio, el cual no podía sustraerse á la limpieza general de los sábados. Juana, que conocía en mucho el vicio de la bebida, consideraba la pasión de Bensington por las investigaciones científicas y por las conferencias en academias sabias, como una forma tolerable de la depravación humana, y por eso la consentía; pero no que le llevaran en gran cantidad animaluchos, que *se mueven*, si están vivos, ó que *huelen mal*, si están muertos; eso no lo podía tolerar.

Juana aseguraba que andar en tales cosas era antihigiénico, y que no le convenía á Bensington,

que estaba muy delicado, como sabía todo el mundo, aunque el químico afirmara que estaba bueno y sano. Al hacerla observar Bensington la inmensa importancia que podía alcanzar el descubrimiento, Juana le replicó que todo estaba bien, pero que si ella le permitía hacer las experiencias y vivir tan en contra de la higiene como había vivido en todas sus anteriores especulaciones, él sería el primero en quejarse y en sufrir las consecuencias.

Bensington dando trancadas sin consideración alguna á sus callos, habló á su prima con energía, con dureza y con disgusto; pero fué sermón perdido. Decía Bensington que es necesario sacrificarse por el progreso de la ciencia, al cual debemos consagrar nuestros esfuerzos; y replicaba Juana que el progreso de la ciencia era una cosa y el llenar una habitación de renacuajos era otra muy distinta.

A esto contestaba el sabio que si á un hombre, en Alemania, se le hubiera ocurrido su idea, dispondría inmediatamente de un espacio de veinte mil pies cúbicos para instalar un laboratorio adecuado; pero la prima, impertérrita, replicaba que se alegraba mucho, y que se había alegrado siempre, de no ser alemana.

No paró allí la discusión. Añadió Bensington que aquel descubrimiento le haría célebre y rico, pero Juana se obstinó en que el químico conclui-

ría por enfermar si metía en su laboratorio tanto renacuajo; él dijo que después de todo era dueño de su casa y ella le amenazó entonces con dejarlo y buscar por esos mundos un acomodo de ama de llaves. Bensington se achicó al oír esto y rogó á su prima que fuese razonable y que respetara sus ideas que tanto podían redundar en beneficio de la humanidad; pero su prima no cedió y le dijo que él era el que debía ser razonable y no insistir en llenar la casa de renacuajos, y por último, terminó diciendo que respetaría las ideas de Bensington, cuando sus ideas fuesen buenas.

Esto debió parecerle al sabio excesivo, porque le irritó y soltó una palabra mal sonante, no precisamente la más fea, pero sí de las más feas que hay en el vocabulario, y que ofendió gravemente á Juana. Bensington, arrepentido, le pidió perdón por ello, y la prima venció en la discusión. Bensington renunció á laborar en su propia casa y decidió hacer las experiencias en otra parte en cuanto hubiese preparado la substancia.

Pensó, durante algunos días, en llevar sus animalejos á casa de algún amigo íntimo, pero la suerte en forma de periódico, puso ante sus ojos las ventajas de una granja de experimentación y se adhirió á aquella idea salvadora. Entonces fué cuando pensó en los pollos, y, al pensar en ellos, imaginó establecer en la granja un gallinero, y apenas lo hubo imaginado, empezó á columbrar

jaulas enormes y sintió picotear en su mente pollos gigantestos. Erã natural: los pollos se prestan de tal modo á la observación, son tan fáciles de manejar y son tan dóciles para dejarse pesar á menudo, que los infelices renacuajos le parecieron ya poco menos que fieras indómitas para los efectos de la observación.

Aquel problema estuvo á punto de volver loco á Bensington. ¡Caramba! ¿Cómo no se le había ocurrido desde un principio la idea de los pollos? ¿Qué razón había para semejante olvido? Y es indudable que aquel problema era para poner los pelos de punta á cualquiera, porque si á él le hubiera ocurrido lo de las gallináceas cuando se le debió ocurrir, no hubiera tenido disgusto alguno con su prima Juana. Cuando dijo su pensamiento á su colega Redwood, éste se mostró de entera conformidad con él, y añadió que los fisiólogos incurren en un error indisculpable al estudiar las funciones en animales tan pequeños, pues es lo mismo que querer hacer investigaciones químicas con cantidades insuficientes de la materia que se trata de investigar, y que de tal error se derivan luego otros errores de mayor monta.

Se trataba precisamente por entonces, de que los hombres de ciencia asegurasen su derecho de disponer de grandes cantidades de materia experimental, por ser de suma importancia, y por eso practicaba Redwood sus experiencias en el

colegio de Bond Street con novillos cuyo tamaño no dejaba nada que desear, siquiera causaran á otros profesores algún perjuicio por el consiguiente barullo y porque distraían la atención de los discípulos, que hacían de los tales novillos materia de diversión; pero las curvas que resultaban de sus cálculos eran interesantísimas y era indudable que cuando se publicaran, había de quedar justificada perfectamente la elección del medio con que el profesor Redwood trataba de demostrar sus teorías. El ilustre profesor hubiera querido hacer exclusivamente en cetáceos sus experiencias científicas, pero, dada la tacañería propia de su país en todo cuanto se refiere á material adecuado, reconocía que era una dificultad insuperable la instalación de acuarios á propósito y se resignaba á estudiar en sus novillos.

Estos le ocupaban todo su tiempo y tuvo que dejar á Bensington exclusivamente, el cuidado de la granja y del gallinero. También habrá comprendido el lector que sus graves trabajos impedían también á Redwood dedicar su atención á otras cosas de menos importancia, entre ellas, la de sufragar á los gastos de la granja en la parte que le correspondía, cuidado que dejó, igualmente, al incomparable Bensington, quien dividió su tiempo del mejor modo que pudo para no desatender ningún trabajo.

Veíase, pues, á Bensington encerrado unas ve-

ces en su laboratorio profundamente abstraído por su descubrimiento y discurriendo otras por los caminos del Sur de Londres en busca de una quinta que poder transformar en granja experimental. Bensington, con sus lentes montados en oro, su gran calva y sus zapatos de paño acuchillados por varias partes, infundió vanas esperanzas en el ánimo de los arrendadores que visitó y que le ofrecían propiedades poco convenientes. Al mismo tiempo gestionó, por medio de los periódicos, un matrimonio que estuviera en condiciones de ponerse al frente de la granja, y que fuera práctico en el cuidado de las gallinas.

Por fin, halló el sitio que creyó convenirle en Hickleybrow, en Kent, lugar apartado y solitario, ceñido por viejos pinares, y obscuro como boca de lobo en cuanto cerraba la noche. Un montecillo lo limitaba á poniente, y un murallón, coronado por un ruinoso cobertizo, hacía imposible extender la finca por levante. La casita no servía de apoyo á ninguna planta trepadora; pero tenía rotas algunas ventanas. Se hallaba á milla y media de la última casa del pueblo, y apenas llegaban á aquel sitio los lejanos ecos del poblado.

El lugar impresionó á Bensington, quien le consideró como el más apropiado para las investigaciones científicas. Recorrió todos los cuartos y dependencias, rediles, establos, etcétera; lo calculó todo rápidamente, y vió, con satisfacción,

que la cocina era bastante capaz para contener algunas incubadoras.

Al regresar á Londres se detuvo en Dunton Green, donde contrató un matrimonio que había respondido á su llamamiento. Aquella misma noche consiguió Bensington aislar cierta cantidad de Heracleoforbia I, la suficiente para cumplir con desahogo sus compromisos.

Los esposos elegidos por Bensington para que fueran los primeros *limosneros* del alimento de los dioses, eran muy sucios, además de ser bastante viejos. A la cualidad de sucios no opuso el sabio reparo alguno, pues nada destruye tanto la fuerza de observación como haberse engolfado en la vida de la ciencia experimental.

El marido se llamaba Skinner. Bensington habló con él y con su mujer en un cuartito, cerrado á piedra y lodo, en el que se veían, sobre una chimenea, un espejo lleno de manchas y unas flores valetudinarias.

La mujer era una vieja, pequeña, de pelo blanco bastante sucio y aplastado. Lo más interesante en ella era la cara, pues la ausencia de los dientes y las arrugas de las mejillas habían acabado por reducir á nariz las demás facciones. El tiempo había puesto gris el color, si es que alguna vez lo tuvo, de su vestido, adornado con franela encarnada.

La señora Skinner hizo entrar á Bensington,

y le habló con circunspección, observándole atentamente de pies á cabeza, y advirtiéndole que su marido estaba concluyéndose de arreglar. Al hablar, cruzaba nerviosamente sus manos flacas y arrugadas. Ellos habían cuidado aves de corral muchos años, y sabían manejar bien las incubadoras ¡hasta habían poseído una granja, que se hundió, por falta de aves!

Apareció luego Skinner, el cual tenía los ojos conformados de tal modo, que por mucho que se empeñaba en mirar á Bensington no le veía sino lo más alto de la cabeza. Además, ceceaba y llevaba los pies metidos en unas zapatillas acuchilladas á la manera de las de Bensington, circunstancia que le atrajo desde luego la simpatía del sabio. No llevaba botones y por esto tenía que sujetarse la chaqueta y los calzones con una mano, mientras que con el índice de la otra seguía maquinalmente el dibujo del tapete. Con un ojo miraba la calva de Bensington, y con el otro, que aun rayaba más alto, parecía contemplar la espada de Damocles sobre la cabeza del respetable químico; con tal tristeza lo hundía en el aire.

Skinner empezó á hablar.

—Usted, señor, no querrá hacer negocio con esto, ¿verdad? La granja es para experimentos, sólo para experimentos... — y en seguida añadió que ellos estaban dispuestos á trasladarse inmediatamente á la granja. En Dunton Green no se

hacía nada, lo que se dice nada; alguna que otra chapuza de sastrería, y pare usted de contar. ¡Vamos, que cuando él decía que no se hacía nada! El provecho no podía ser más insignificante, más raquítico. De modo que si entraba en los cálculos de Bensington, podían trasladarse enseguida...

Dicho y hecho. Una semana después se hallaba establecido el matrimonio en la embrionaria granja experimental, y el carpintero amenizaba su tarea de levantar gallineros en animada discusión con Skinner.

Este decía hablando de Bensington:

—Yo no puedo asegurar que sea loco; pero, por lo que he visto y oído, me lo parece.

A lo cual respondía el carpintero que Bensington le parecía un viejo chocho.

Y Skinner añadía:

—El cree que tiene grandes conocimientos en avicultura... tantos, que quiere hacer creer que es el único hombre entendido en gallinas.

—El sí que parece una gallina — respondió el carpintero mirando á Skinner por encima de las gafas.

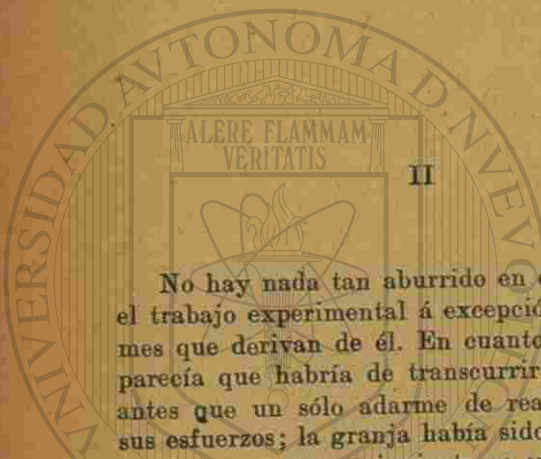
Entonces, se acercó éste confidencialmente á su interlocutor, y le dijo en voz baja, mirando con el ojo triste el confín del horizonte:

—Se ha empeñado en pesar todos los pollos para ver lo que crecen ¿qué le parece á usted de eso?

—Y, al hacer esta pregunta, se encogió de hombros y empezó á reírse de una manera nerviosa. Todo era alegría en él menos aquel pícaro ojo que vagaba incensantemente de un lado á otro. Cuando le pasó el acceso de la risa, repitió, como si el carpintero no le hubiera oído:

—¡Medirlos y pesarlos! ¿qué le parece á usted?

—¡Que este es peor aún que nuestro antiguo amo. ¡Vaya si lo es! — contestó el carpintero.



No hay nada tan aburrido en el mundo como el trabajo experimental á excepción de los informes que derivan de él. En cuanto á Bensington, parecía que habría de transcurrir mucho tiempo antes que un sólo adarme de realidad premiara sus esfuerzos; la granja había sido establecida en octubre, y en mayo siguiente no existía ni la más ligera sospecha de que la substancia maravillosa diera resultado alguno. Las Heracleoforbias I, II y III habían fracasado completamente, con gran contrariedad de Bensington, el cual estaba disgustado además por las muchas ratas que había en la granja y por el matrimonio Skinner.

Solamente había una fuerza capaz de poner en movimiento á Skinner, y aquella fuerza era la amenaza de despedirlo. Las órdenes de Bensington no se obedecían más que cuando éste amenazaba á Skinner con echarlo á la calle. Este replicaba entonces:

—¿Pero habla usted en serio?...

¡Por fin! se echó de ver el éxito de la granja, y el heraldo de aquella aurora triunfal, fué una carta de Skinner, garrapateada á Bensington, que decía:

«Los nuevos pollos no me gustan: son demasiado grandes y muy diferentes de los de la anterior echadura; aquellos eran muy hermosos; como los de ahora no los he visto nunca; picotean con una fuerza tremenda; pasan, en mucho, del tamaño ordinario y no le puedo dar á usted la medida exacta de ellos; bástele saber que son como gigantes y que comen muchísimo. Pronto necesitaremos más trigo pues estos avechuchos amenazan dar fin del granero. Si siguen de este modo, será cosa de llevarlos á la Exposición. Me han dado un gran susto; he temido que el gato estuviera con ellos y los maltratara, pues me pareció ver que se metía por los alambres, pero cuando me acerqué, me convencí de que no era así, porque los pollos piaban alegremente, y el gato ha desaparecido. Necesito que usted me diga lo que debo hacer; está para acabarse la comida mezclada y no me atrevo á hacer yo la mezcla desde que aconteció la del *pudding*. Espero las órdenes de usted y soy su fiel servidor.—*Skinner*».

Lo del *pudding* era que los Skinner habían puesto en uno de aquellos Heracleoforbias II, que les produjo unos dolores terribles.

Bensington leyó algo más entre líneas; leyó el

triunfo deseado; leyó que su constancia recibía el premio merecido, y al día siguiente muy de mañana llegaba á la granja con tres botes sellados, en los cuales se contenía alimento de los dioses en cantidad suficiente para alimentar todos los pollos del condado.

Lucía la primavera una de sus más hermosas mañanas, y como Bensington se sintiera bien de los callos, se fué paseando hasta la granja, tres millas y media, atravesando el parque, el pueblo, y luego la verde cañada de Hicklebrow. Los frescos brotes renovaban la vida en las ramas de los árboles, los prados se poblaban de hierba, los bosques se cubrían de anémonas, y se oía por todas partes el gorjeo de los pájaros, evocando en la memoria del sabio el recuerdo de las ya olvidadas delicias de su primera juventud. Aparecía ante sus ojos radiantes la promesa del descubrimiento y creía hallarse en el día más feliz de su vida; y después, cuando vió el gallinero inundado de sol y los gigantescos pollos que habían acabado con el misterioso manjar de los dioses, se convenció de que había llegado efectivamente para él la deseada felicidad.

Conducido al gallinero por Skinner, tuvo que sufrir dos ó tres veces el picoteo de sus pollos en los pies sobre las cuchilladas de sus zapatos de paño, y Bensington los miraba embebecido y como si en toda su vida no hubiera visto pollos.

—No es posible imaginar lo que llegarán á ser al paso que van — dijo Skinner, gozándose en el asombro del sabio.

—Serán como caballos — respondió éste reluciendo satisfacción.

—Ese camino llevan, sí, señor.

—Con un alón podría comer una familia, ¿no es verdad? ¡Casi se podrían vender en la carnicería cortados como los bueyes!...

—Pero yo creo — añadió Skinner, — que no seguirán creciendo de esa manera...

—¿Que no?

—No — respondió con firmeza el colono. — Ya conozco yo esta clase; empieza por crecer de un modo exagerado, pero luego se estanca.

Ambos interlocutores quedaron silenciosos. Skinner continuó:

—Han crecido así porque se les cuida muy bien...

Bensington se volvió rápidamente, como interrogando.

—Si nosotros los hemos tenido ya tan grandes como estos en la otra casa — insistió Skinner mirando al espacio con tristeza.

Bensington recorrió la granja y volvió en seguida al gallinero á contemplar su obra. Ya sabemos que este había sido su sueño, su pesadilla, y el resultado era más halagüeño de lo que él se había atrevido á esperar.

La marcha de la ciencia es tan tortuosa y tan lenta que antes de llegar al objeto propuesto pasan años y años de contrariedades infinitas; y aquí se ofrecía el triunfo al año de experiencias próximamente. La esperanza no satisfecha y los afanes, que son alimento diario de la imaginación de los hombres de ciencia, habían trocado sus promesas en realidad concluyente; por lo menos, así lo comprendió Bensington que, no sabía apartarse del afortunado gallinero.

—Veamos, veamos — decía. — Estos pollitos tienen diez días, y relativamente á otros de su especie son seis ó siete veces mayores...

Skinner se acercó á su mujer y le habló al oído:

—Creo que este es el momento más oportuno para pedirle que nos suba el sueldo... Está más contento que unas pascuas... ¿Qué te parece? Cree que todo eso es obra de su comida...

Y Skinner comenzó á reír, conteniéndose para no estallar en una carcajada delante de su amo.

Bensington, con el alma inundada de luz y de alegría, no hallaba, no quería hallar nada desagradable en su granja. Es verdad que el sol, que todo lo descubre, hacía más visible aquel día el desaseo de los Skinner; pero Bensington no estaba para fijarse en semejantes pequeneces. El enrejado del gallinero estaba bastante estropeado, pero Skinner dió á su amo una explicación satis-

factoria: era indudable que algún perro, quizás un zorro...

Luego mostró Bensington una incubadora sucia.

—Es, señor — dijo la Skinner remangándose los brazos y riéndosele en las barbas, — que desde que estamos aquí, no hemos tenido tiempo de limpiarla.

Luego subió al piso alto con objeto de ver algunos agujeros de ratas, que eran enormes y pedían á gritos una ratonera. Bensington observó que en el cuarto que servía para mezclar el alimento de los dioses con harina y salvado, todo estaba en completo desorden. Los Skinner eran gente que sabía sacar provecho de las tazas y platos rotos, de las latas de conserva, de los botes de mostaza, etc.; y de todo esto había en aquella habitación. En un ángulo se pudría un gran montón de manzanas que Skinner había economizado, y de una escurpia colgaban varias pieles de conejo que guardaba el colono para demostrar algún día su habilidad de curtidor.

—¡Poco habrá, en lo referente á pieles, que yo no sepa! — decía con mucha vanidad.

Bensington carraspeaba severamente al contemplar aquel desorden; pero no pasó de ahí la cosa, y á pesar de haber encontrado una avispa impregnada en Heracleoforbía IV, se limitó á decir que la preciosa substancia debería estar tapada convenientemente.

Y es que todo su espíritu estaba en el gallinero, en la gigantesca pollada. Así es que no tardó en exclamar, volviendo á su tema:

—Creo que debo examinar detenidamente uno de esos pollos, y lo mejor será que se le mate y que me lo lleve á Londres. Supongo — añadió dirigiéndose á Skinner, — que no irá usted á darles carne á estos pollos.

—¡Cá! No, señor. Esté usted seguro de que entendemos de avicultura lo bastante para no cometer semejante indiscreción.

—Ni siquiera los restos de la comida, ¿eh?... Porque me parece haber visto un hueso de conejo en un rincón del gallinero.

Skinner sostuvo que no; pero cuando ambos se dirigieron á comprobar el caso, vieron que, efectivamente, había allí un hueso que resultó ser de gato y que estaba muy bien mondado y muy limpio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

—Esto no es un pollo — decía más tarde la prima de Bensington, la incomparable Juana.

Y al ver el significativo ademán del sabio, añadió:

—Digo, me parece que yo debo saber lo que es un pollo... ¡Mas bien me parece una abutarda!

—Yo — decía Redwood echando su cuarto á espaldas, instigado por Bensington, — he de manifestar por mi parte, que ante hechos positivos...

—¡Ah! ¿Con qué lo afirma usted sin ver, sin querer ver?...

—Pero, señorita Bensington — interrumpió Redwood, — cuando la realidad se impone...

—Es natural, todos los hombres iguales.

—Pero ¿quién puede negar esa realidad? La evidencia nos dice que el hecho es anómalo, tanto más que cuanto que esa especie de pollo, ha salido de un huevo ordinario de gallina...

—¿De modo que usted cree que eso es un pollo? — preguntó Juana impaciente.

—Sí, lo creo.

29241

—¡Qué disparate! Vamos que pierdo la paciencia hablando con ustedes...

Y salió echando chispas y dando un tremendo portazo.

Cuando hubo cesado el retemblo de la habitación, añadió Redwood contemplando el ave:

—Pues crea usted, Bensington, que tengo una gran satisfacción en ver este animalucho.

Luego se sentó junto al fuego, en un sillón bajo, y empezó á explanar procedimientos que para un profano hubieran resultado verdaderos é indescifrables jeroglíficos.

—Acaso crea usted, amigo mío, que he cometido una ligereza; pero he de confesarle que el otro día, hará próximamente una semana, eché un poco de nuestra substancia en el biberón de mi hijo...

—¡Pero hombre!... — advirtió Bensington.

—Sí, sí... Ya sé — interrumpió Redwood contemplando al gigantesco pollo que estaba sobre la mesa, — pero gracias á Dios, no ha ocurrido nada desagradable.

Luego, echando mano á la petaca, refirió algo de lo que había pasado. El chiquillo no crecía casi nada...

—¡Pobre muchacho! Esto nos tenía con mucho cuidado... Winkels, antiguo discípulo mío, es un grandísimo... Mi señora tiene en él su confianza... Pero es un hombre violento como usted sabe;

maldita la confianza que tienen en mí como es natural. Está bien enseñado... Apenas me han dejado entrar en el cuarto... Pero como **había** que hacer algo, me escurri hasta la habitación en un momento en que no estaba la niñera, y conseguí apoderarme del biberón...

—Crecerá — dijo Bensington.

—Ya está creciendo... Dos libras y pico en una semana... ¡Si oyera usted á Winkels! El cree que son sus cuidados...

—Sí, sí... ¡Caramba! Eso mismo me dice á mí Skinner.

Redwood siguió contemplando el polluelo.

—Lo malo es, que no me dejan entrar de ningún modo, porque he querido sacar una curva del crecimiento de mi hijo... ¡Y, nada, que no sé cómo propinarle al chiquillo la segunda dosis!...

—¿Quiere usted dársela?

—¡Ya lo creo! El muchacho no cesa de llorar desde hace dos días... Necesita algo más que el alimento ordinario.

—¿Por qué no se lo dice usted á Winkels?

—¡Vaya al diablo Winkels!

—No, hombre, no... Convénzale y dele los polvos, para que él mismo se los dé al niño.

Será lo que tendré que hacer, no habrá otro remedio — dijo Redwood fijando los ojos en el fuego de la chimenea.

Bensington, pensativo, pasaba la mano por la

pechuga del polluelo; luego, como dando respuesta á su pensamiento, dijo:

De fijo que estas aves serán monstruosas.

—Sí que lo serán — respondió distraídamente Redwood, sin separar los ojos del fuego.

—Muy grandes, tan grandes como caballos.

—¡Más, mucho más grandes!

Bensington dejó de acariciar al pollo. Se volvió á Redwood y dijo:

—Esas aves van á causar una sensación profunda.

Redwood asintió sin despegar los labios.

—¡Caramba! — exclamó de pronto Bensington, con los ojos chispeantes. — Pues también el chiquillo resultará un gigante...

—En esto estoy pensando, precisamente, amigo mío.

Redwood se echó hacia atrás, tiró la colilla del cigarro y se metió la mano en los bolsillos, repitiendo:

—¡Sí, amigo Bensington, en eso estoy pensando!... Esta Heracleoforbia va á ser una mezcla de muy difícil manejo... Si se tiene en cuenta como ha crecido este polluelo...

—¡Figúrese usted — respondió Bensington lentamente, — figúrese usted un chiquillo creciendo del mismo modo! Será un gigantón...

—No habrá más remedio que administrarle dosis minúsculas, ó hacer que se las dé Winkels.

—Esto es mucho más de lo que podíamos esperar.

—Efectivamente, mucho más — replicó Redwood.

—Después de todo, antes ó después, era preciso que hiciéramos la experiencia del alimento en alguna criatura.

Bensington se puso á limpiar los lentes vuelto de espaldas á la chimenea y añadió tras una corta pausa.

—Hasta que no he visto los pollos no he empezado á creer en la realización y en las consecuencias de ella.

A pesar de esto, Bensington estaba muy lejos de suponer la formidable explosión que había de producir aquella mecha tan diminuta.

IV

Esta conversación tuvo lugar en primeros de junio, y Bensington no pudo volver á la granja en unas cuantas semanas á consecuencia de un catarro tan grave como imaginario, pero si él no pudo ir, Redwood lo hizo, siquiera fuese rápidamente, y volvió más intranquilo aun que antes. Habían transcurrido ya siete meses desde que se inició el crecimiento sin interrupción, y se vió que las avispas empezaban á participar del alimento de los dioses. Había entrado ya julio, y antes de que las gallinas de Hieckleybrow hubieran escapado, se había dado ya muerte á la primera avispa gigantesca.

La noticia del hecho fué publicada por varios periódicos, pero no sé si llegaría á conocimiento de Bensington, ni si, de conocerla, la relacionaría con el descuido que se observaba en la granja experimental. Pero no hay la menor duda de que mientras Skinner alimentaba los pollos con Heracleoforbía, las avispas acudían al gallinero á alimentarse por propia cuenta y á llevar substancia al avispero del otro lado de los pinares, y claro es que en los insectos produjo la Heracleoforbía

las mismas consecuencias que en los pollos de la granja.

Las avispas llegan, naturalmente, á su pleno desarrollo antes que los polluelos; de modo que ellas, entre todos los animales que participaron del alimento por descuido de los Skinner, fueron las primeras en dejarse ver de tan gigantesco tamaño. Un guarda llamado Godfrey, de la posesión del teniente coronel Rupert Hick, fué el primero que encontró y mató uno de aquellos monstruos. Godfrey, armado de una buena carabina, atravesaba el parque de su amo, y al llegar á un claro poblado de helechos, vió la terrible avispa. No pudo distinguirla bien, por ir de cara al sol; pero tal fué su revuelo, que á Godfrey le hizo el mismo afecto que el ruido de un automóvil.

Godfrel confesó después que se había asustado, pues el insecto le pareció tan grande ó más que una lechuza, y á su ojo práctico se le ofreció como algo antinatural y diabólico, por sus extraños giros y revuelos. El instinto de conservación se sobrepuso en el ánimo del guarda, que dejó que se corriera el insecto hacia la derecha. Luego se echó la carabina á la cara y disparó.

El tiro no hirió al animal, y éste descendió rápidamente, dejando oír un formidable zumbido que dió á conocer á Godfrey que el monstruo era una avispa. Esta volvió á levantarse con len-

titud, haciendo brillar al sol los vistosos anillos de su cuerpo. Después, se dirigió zumbando á Godfrey, dispuesta á atacarle.

El guarda disparó de nuevo, se desembarazó de la carabina y se echó á un lado para evitar el contacto del insecto, que cayó casi á sus pies, y se alzó otra vez pesadamente para volver á hundirse entre los helechos, veinte metros más allá, moribundo, agonizante, revolviendo desesperadamente el enorme aguijón.

Godfrey descargó por tercera vez la carabina sobre el animal, antes de acercarse á él. Luego vió con asombro que medía setenta y cinco centímetros entre las puntas de sus alas abiertas; que el aguijón tenía ocho centímetros, el cuerpo, desde la cabeza al último anillo, medio metro, y que sus ojos eran grandes como una moneda de cinco céntimos. Tal fué la primera aparición de las avispas gigantes.

Al día siguiente, un ciclista que bajaba un suave montecillo, estuvo á punto de aplastar otra avispa como la de Godfrey. Al paso de la bicicleta, levantóse el insecto zumbando de una manera horrible; la máquina siguió como un relámpago, impulsada por el emocionado *sportman*, y cuando éste volvió la cabeza, vió que la avispa volaba en dirección de los bosques de Westerham. Poco después, el ciclista apretó el freno y se apeó. Se hallaba tan sobrecogido que hubo de sentarse en



Las avispas gigantes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

46 1625 MONTERREY, MEX



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el camino para recobrar el ánimo; y aunque se había propuesto llegar á Ashford aquel día, no pudo pasar de Tonbridge.

Después de éste encuentro, no hay noticia de que se volviera á ver, durante tres días, ningún otro insecto de semejante clase. Es verdad que, según los datos metereológicos que he podido adquirir referentes á aquel tiempo, los días siguientes á la última aparición fueron anubarrados y lluviosos, circunstancia que influiría, sin duda, en la momentánea desaparición de las avispas.

El día cuarto fué claro, hermoso y brillante. Los insectos desplegaron al sol sus variados y espléndidos colores, y las avispas, por no ser menos que los demás, salieron de sus celdillas en enjambres enormes; nadie vió jamás tantas avispas juntas. Por esto son también muchísimos los informes que relatan tan terrible irrupción.

Hubo que registrar una víctima: un tendero de comestibles, que descubrió uno de aquellos terribles insectos en un cajón de azúcar. Lo atacó con una pala, haciéndole caer al suelo; pero la avispa hirió al tendero en un pie, atravesándole la bota con el aguijón. Por medio de un segundo golpe de pala quedó el insecto partido en dos pedazos; pero su pobre víctima murió al poco tiempo.

El más dramático de los hechos que produjo la aparición de las avispas fué la visita que una

de estas hizo al Museo Británico, precisamente cuando el sol pasaba por el meridiano. Se dejó caer lentamente sobre una de las muchas palomas que se crían en el patio del Museo, la aprisionó, y volvió á elevarse hasta una de las cornisas, donde la paloma fué víctima de la voracidad del insecto, que entró luego en la biblioteca por la claraboya, haciendo que los lectores, sorprendidos por el aterrador zumbido del visitante, huyeran atemorizados del salón. Otros informes sólo relatan el hecho de haberse visto avispas en tal ó cual parte; pero sin añadir que causaran víctimas humanas. Se referían, únicamente, la muerte de un perrito atacado por los insectos á la vista de su dueña, y el hecho de haberse dispersado una expedición campestre cuyos individuos abandonaron la merienda á los voraces animalitos.

Casi todos los periódicos publicaban aquella noche, bajo grandes epígrafes, extensos comentarios acerca de las gigantescas avispas de Kent. En los diarios se corría de un lado para otro, de la redacción á las cajas, de las cajas á las máquinas, gritando y gesticulando acerca del sensacional asunto del día. Redwood, que salía á las cinco de su colegio de Bond Street, rojo como una cereza por haber sostenido una acalorada discusión en la junta respecto al precio de los novillos, compró un periódico y se encontró con la terrible noticia.

V

El conocimiento de la aparición de las avispas gigantes en Kent puso lívido á Redwood, quien, olvidando el colegio de Bond Street, el precio de los novillos y todo cuanto pudiera ocupar su imaginación, tomó un coche y se dirigió á escape á casa de Bensington.

En el laboratorio de éste se encontraba á la sazón Skinner, llenando toda la casa con su voz, entrecortada por la angustia.

— ¡Es imposible, señor! — decía. — Es imposible que sigamos allí... En un principio creímos que la cosa sería pasajera... Pero no, cada día va en aumento... Hay gusanos atroces... así de grandes... (Y señalaba una longitud como desde la extremidad de sus dedos hasta ocho centímetros por encima de su robusta muñeca). A mi mujer casi le ha dado un ataque... Y las ortigas, ¡las ortigas, señor, que hay al lado del gallinero crecen de una manera espantosa! Y las enredaderas que sembramos junto al caz han metido por la ventana sus ramas durante la noche y se han querido enroscar á las piernas de mi mujer...

de estas hizo al Museo Británico, precisamente cuando el sol pasaba por el meridiano. Se dejó caer lentamente sobre una de las muchas palomas que se crían en el patio del Museo, la aprisionó, y volvió á elevarse hasta una de las cornisas, donde la paloma fué víctima de la voracidad del insecto, que entró luego en la biblioteca por la claraboya, haciendo que los lectores, sorprendidos por el aterrador zumbido del visitante, huyeran atemorizados del salón. Otros informes sólo relatan el hecho de haberse visto avispas en tal ó cual parte; pero sin añadir que causaran víctimas humanas. Se referían, únicamente, la muerte de un perrito atacado por los insectos á la vista de su dueña, y el hecho de haberse dispersado una expedición campestre cuyos individuos abandonaron la merienda á los voraces animalitos.

Casi todos los periódicos publicaban aquella noche, bajo grandes epígrafes, extensos comentarios acerca de las gigantescas avispas de Kent. En los diarios se corría de un lado para otro, de la redacción á las cajas, de las cajas á las máquinas, gritando y gesticulando acerca del sensacional asunto del día. Redwood, que salía á las cinco de su colegio de Bond Street, rojo como una cereza por haber sostenido una acalorada discusión en la junta respecto al precio de los novillos, compró un periódico y se encontró con la terrible noticia.

V

El conocimiento de la aparición de las avispas gigantes en Kent puso lívido á Redwood, quien, olvidando el colegio de Bond Street, el precio de los novillos y todo cuanto pudiera ocupar su imaginación, tomó un coche y se dirigió á escape á casa de Bensington.

En el laboratorio de éste se encontraba á la sazón Skinner, llenando toda la casa con su voz, entrecortada por la angustia.

— ¡Es imposible, señor! — decía. — Es imposible que sigamos allí... En un principio creímos que la cosa sería pasajera... Pero no, cada día va en aumento... Hay gusanos atroces... así de grandes... (Y señalaba una longitud como desde la extremidad de sus dedos hasta ocho centímetros por encima de su robusta muñeca). A mi mujer casi le ha dado un ataque... Y las ortigas, ¡las ortigas, señor, que hay al lado del gallinero crecen de una manera espantosa! Y las enredaderas que sembramos junto al caz han metido por la ventana sus ramas durante la noche y se han querido enroscar á las piernas de mi mujer...

¡Todo proviene de esa comida que ha inventado usted, señor! Allí donde ponemos un poco de esa substancia vemos que todo crece, que todo crece como nunca hubiéramos creído que crecerían las cosas!... No, no es posible que sigamos allí... Aunque las moscas no nos picaran, llegaría a ahogarnos la enredadera... Usted, señor, no se podrá imaginar nunca la verdad sino viendo lo que pasa en la granja...

Skinner levantó su ojo triste hasta la cornisa que había sobre la cabeza de Redwood.

—¿Y cómo no hemos de suponer, señor, que no hayan comido también las ratas? Tiemblo sólo de pensarlo, aunque hasta ahora no he visto ninguna de tamaño extraordinario... Pero ¡qué susto, señor, qué susto cuando vimos aquellos gusanos, grandes como langostas marinas! Cuando oí lo que pasaba con las avispas, supuse en seguida la verdad, y empecé el camino para decírselo á usted, señor... No me he detenido más que el tiempo necesario para que mi mujer me cosiera un botón que me faltaba... Ahora mismo no vivo de angustia, pues no sé lo que le pasará á mi mujer en estos momentos... La enredadera crece á ojos vistas... Se enrosca como una serpiente... Los gusanos, las avispas... ¡Me vuelvo loco!

—Pero, los pollos ¿y los pollos? — dijo por fin Bensington. — ¿Cómo están los pollos?

—Les hemos dado de comer ayer; pero hoy

ya no nos hemos atrevido; las terribles avispas salen por enjambres haciendo un ruido infernal... Yo le dije á mi mujer: «Anda, cóseme el botón, que me voy enseguida á ver al señor Bensington... Y tú quédate aquí, encerrada en este cuarto, pero muy quieta, hasta que yo vuelva.»

Bensington le interrumpió diciendo:

—Si no hubieran sido ustedes tan sucios y tan descuidados...

—¡Oh, señor! No me diga usted eso... y menos ahora, que tengo el corazón en un puño, á causa de mi mujer. No me riña usted, señor, no me riña... Diga usted, ¿y si las ratas han comido de eso? ¿quién me asegura que no se comerán á mi mujer mientras yo estoy aquí?

—¿No han medido ustedes ni una sola siquiera de esas hermosas curvas de crecimiento? — preguntó Redwood.

—¡Para medir estábamos! ¿cómo quiere usted, señor, que hiciéramos semejante cosa? ¡Bastante miedo se nos ha metido en el cuerpo! ¡Si les contara yo á ustedes todo lo que pasa!

—¿Pasa algo más? — exclamó Redwood. — ¡Pues si lo ha contado usted ya todo! Lo que debemos hacer ahora es discutir lo que hayamos de determinar.

—Es precisamente lo que yo digo — replicó Bensington. — ¿Qué es lo que debemos hacer?

Redwood dijo á Skinner con acento imperioso:

—Ante todo, se vuelve usted en seguida á la granja; su mujer no puede estar sola y encerrada allí.

—Dispense usted, señor; yo no vuelvo allá solo, no vuelvo, aunque tuviera yo allí seis mujeres en vez de una.

—¡Qué tontería! las avispas no vuelan de noche, y los gusanos ya procuraran separarse para que no los pisen.

—Pero ¿y las ratas?

—¡Qué ratas ni qué niño muerto! no hay tales ratas.

IV

Si Skinner hubiera sabido lo que pasaba, se hubiera ahorrado el mayor de sus disgustos, pues su mujer no esperó en la granja á que él regresara. La enredadera se había metido de lleno por la ventana del cuarto en que se había encerrado aquella y á las once la cubría ya por completo y amenazaba enroscarse á ella. La obscuridad que allí se hizo en mitad del día aterró á la pobre mujer y acrecentaba su angustiosa situación puesto que la ausencia de su marido se prolongaba de una manera indefinida.

La Skinner se atrevió por último, aunque llena de miedo, á abrir la puerta del cuarto y á ponerse á escuchar, y no oyendo nada que la pudiera alarmar, dió un salto y se metió en su dormitorio, y andando luego y deteniéndose, pudo llegar hasta su cama; registró debajo de esta hasta convencerse de que allí no había más que el suelo pelado y entonces se encerró por dentro con llave y empezó á hacer sus preparativos de marcha de una manera febril.

Aun estaba la cama en desorden y el cuarto

lleno de trozos de enredadera que su esposo había cortado la noche anterior para poder cerrar la ventana, pero semejante revoltijo no interrumpió sus preparativos; en una sábana envolvió su ropa y la chaqueta de terciopelo que únicamente se ponía su marido en las grandes festividades, y allí metió también un bote de pepinillos que aun no había sido abierto y dos cajitas bien lacradas de heracleoforbia, de las tres que llevara últimamente el señor Bensington.

Nadie podía dudar de la honradez de la señora Skinner, pero ya era vieja y consideraba con gran pena que aquel precioso alimento se desperdiciara nutriendo pollos. Colocó, pues, las dos cajas en el lio, que se hizo voluminoso, se quitó el delantal, se puso el sombrero, amarró el paraguas con el cordón de una bota, y después de escuchar con gran atención, se lanzó al jardín y atravesó, con el alma en un hilo, los umbrales de la granja.

Para la señora Skinner fué el sombrero una prenda de valor inestimable; se puso el mejor que tenía, uno lleno de amapolas que temblaban orgullosamente sobre un océano de azabaches y en cuya confección parecía revelarse el nervioso carácter de su dueña, la cual iba diciendo para sí:

—No, de ninguna manera; estoy decidida á no permanecer aquí ni un momento más; si mi marido quiere volver, que vuelva; no quiero más granja experimental.

Y salió por la puerta grande, no por orgullo ni porque tuviera que salir por allí, pues iba precisamente á Eyebright, en donde residía su hija casada, sino porque la enredadera había obstruido el paso por la otra puerta casi por completo, desde que el maldito jarro en que llevaba el alimento de los dioses se le derramó en aquel sitio.

Al salir, cerró con cuidado la verja y emprendió el camino; detúvose en la esquina que formaba el muro y alargó el pescuezo, sin que descubriera nada que le llamara la atención; todo estaba tranquilo y solitario; únicamente á lo lejos, del otro lado de los pinares y en una quebrada arenisca de la colina, se columbraba el sitio en que habíanse establecido las avispas gigantes, línea obscura que la Skinner miró asustada. Sin embargo, la circulación de los insectos había cesado por la mañana, y á excepción del ruido de una máquina aserradora que se veía en el pinar, nada vió ni oyó que pudiera infundirle miedo; ni con un gusano tropezó siquiera. Allá únicamente, entre las coles, parecía moverse alguna cosa; pero podía ser el gato que estuviera al acecho de los pájaros. La Skinner dió la vuelta á la esquina y llegó al gallinero, donde quedó parada contemplando los colosales polluelos, todos los cuales, excepto dos que habían muerto, resultaban ser hembras.

—¡Pobres animales! — exclamó la buena mujer viendo la actitud alicaída de las aves y de-

jando en tierra el envoltorio que llevaba. — No les he puesto agua ni siquiera han comido en todo el día... ¡Y con el apetito que tienen!

La Skinner se quedó pensativa, con el índice de su mano derecha apoyado en los labios. Luego, aquella vieja que arrastraba la suciedad como una enfermedad incurable, ejecutó una obra de misericordia, que puede calificarse de heroica.

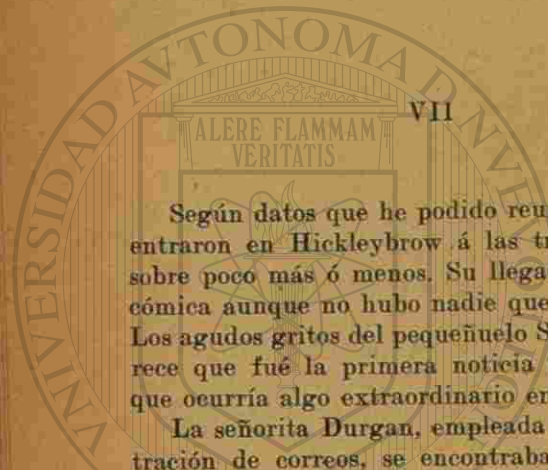
Dejó el envoltorio y el paraguas en la vereda, se dirigió al pozo y sacó tres cubos de agua, con los que llenó el depósito del gallinero. Luego abrió la puerta de éste con mucha precaución y se alejó rápidamente, atravesó la pradera con objeto de evitar los avisperos, y tomó la tortuosa senda que conducía á Eyebright.

Pasados los pinares, empezó á subir la colina. Entonces se fué parando de vez en cuando, como para recobrar fuerzas, y volvía la mirada hacia la casita que se esfumaba más allá de los pinos. Cuando estuvo en la cumbre del montecillo, distinguió hacia el Oeste varias avispas descomunales, y esto la obligó á acelerar el paso y llegar pronto á las dunas. Allí, al pie de un árbol corpulento, sentóse á descansar; poco después reanudó su marcha.

Supongo que ustedes, amables lectores, se habrán dado perfecta idea de la Skinner durante su escapatoria; semejante á una hormiga, arrastrando su lío ladera abajo, y resistiendo el sol enervante

de una tarde de verano, con la cara sudorosa, las botas blancas de polvo y las amapolas temblando sobre el mar de azabache del sombrero. El paraguas se le escurría por el codo, empujado por el compás de su paso y por la laxitud de la mano cansada; de vez en cuando lo empujaba hacia arriba, y daba otro nervioso empujón al envoltorio, murmurando algo que debía ser el tema de la inevitable discusión que sostendría con Skinner.

A lo lejos, se destacaba del apagado azul del cielo la torre de Eyebright, el tranquilo rincón que descansaba lejos del mundo sin pensar en que la Heracleofobia, envuelta en una sábana, se acercaba á todo andar á su olvidado retiro, llevada, no solamente por los polluelos, gallinas y avispas, sino también por la señora Skinner.



Según datos que he podido reunir, las gallinas entraron en Hickleybrow á las tres de la tarde, sobre poco más ó menos. Su llegada fué bastante cómica aunque no hubo nadie que la presenciara. Los agudos gritos del pequeñuelo Skelmersdale parece que fué la primera noticia que se tuvo de que ocurría algo extraordinario en la calle.

La señorita Durgan, empleada en la Administración de correos, se encontraba, como de costumbre, á la ventana, y vió que una de las gallinas había cogido al infeliz muchacho y corría velozmente con él, seguida de otras dos gallinas. El lector bien puede imaginarse aquel correr, balanceándose, de las atléticas gallinas de Bensington, así como la tenaz insistencia de la gallina hambrienta.

A la señorita Durgan no la arredró la presencia de los monstruosos animales; es posible que ya supiera algo de ellos. A pesar de la terquedad de Bensington en mantener secretas las experiencias de la granja, habían circulado rumores por el pueblo, hacía ya algunas semanas, y la señorita

Durgan, no hizo más que ver justificados sus temores desde la ventana.

Con gran presencia de ánimo salió á la calle armada de una caja sellada, en el momento en que el señor Skelmersdale, padre de la víctima, pálido y enarbolando una regadera, corría tras la gallina que se llevaba á su hijo. Pero casi todos los vecinos se habían echado ya á la calle; y el espectáculo de la señorita Durgan, atravesando la carretera con la caja de la correspondencia de Hickleybrow, detuvo un momento al animal el cual, después de unos instantes de indecisión, entró resueltamente en casa del señor Fulcher por el patio, cuyas puertas se hallaban abiertas de par en par.

Aquel momento fué terrible. La segunda gallina alcanzó á la primera; le arrebató el niño de un diestro picotazo, y saltó, por encima de la valla, al jardín del vicario.

La otra, desorientada y herida por un violento golpe que Skelmersdale le había dado con la regadera, cacareaba desafortadamente, saltando del patio á la casita de la señora Glue, y de allí al huerto del médico. El resto de las aves perseguía tenazmente á la audaz compañera que corría con el chiquillo por el jardín del vicario.

— ¡Cielo santo! — exclamó el buen cura al notar la invasión de las aves.

Luego cogió el mazo del *croquet* y comenzó á

darle vueltas en el aire para dar mayor impulso al tiro, gritando al mismo tiempo para espantar á las gallinas.

— ¡Para, para, miserable!

¡Como si las gallinas gigantes fueran cosa corriente, que se intimidaran con cualquier dicho!

Después, viendo que no podía impedir el paso á la fugitiva, le arrojó con violencia el mazo, que pasó, describiendo rápidas curvas, á unos centímetros de distancia de la cabeza del niño Skelmersdale y se metió, rompiendo los cristales, en la estufa de la mujer del vicario. El estrépito asustó á la gallina, como hubiera asustado á quien no lo fuese; y con el susto, el ave dejó la presa á la cual su padre y vecinos hallaron muy aturdida y desaliñada, pero sin un rasguño siquiera.

La gallina volvió á saltar por la valla al tejadillo de la casa del señor Fulcher. Su peso derribó algunas tejas, y el ave fué á tierra, yendo á trastornar el sosegado retiro del paralítico señor Bumps; el cual, según se probó de una manera evidente, huyó, recorriendo toda la casa sin ayuda de nadie, por primera vez en su vida. Luego echó la llave á la puerta y volvió á caer en su habitual estado de quietud y resignación cristiana, bajo la dependencia absoluta de su mujer.

Las demás gallinas, espantadas por los jugadores de *croquet*, saltaron al huerto del médico, en donde se reunieron todas cacareando de un modo

desconsolador. Parece que anduvieron por allí algún tiempo, arañando, picoteando y llegando á dar terribles sacudidas á la colmena del doctor. Luego echaron á andar, caminando con el contoneo y las alternativas naturales en su especie á través de los campos, hasta llegar á Urshot. En Hickleybrow no se volvieron á ver más.

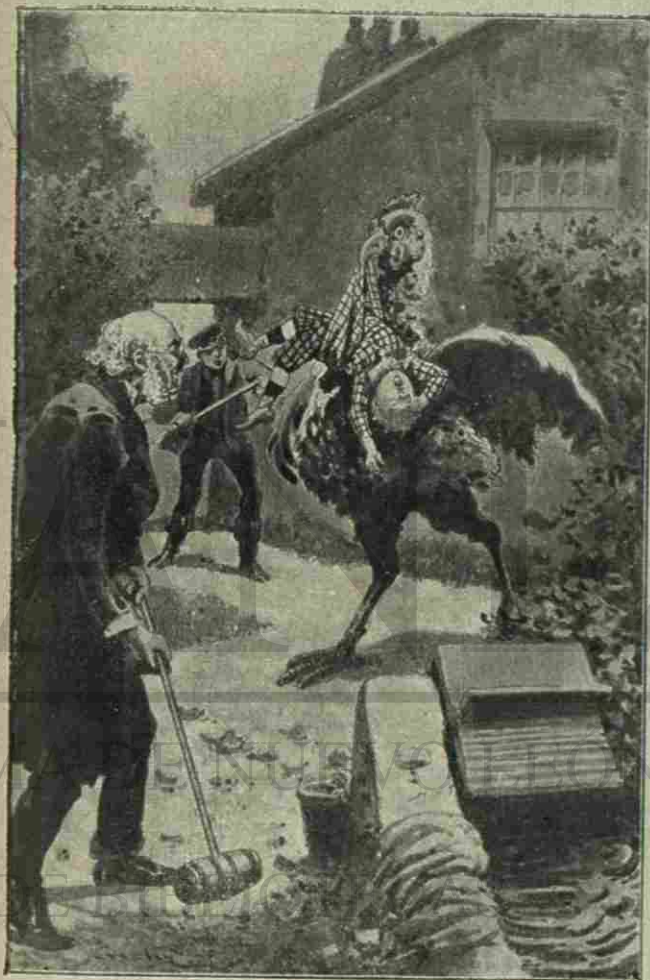
Cerca del pueblo se detuvieron á escarbar en un campo sembrado de nabos.

Pero la fama había llegado antes que ellas.

El efecto principal é inmediato que produjo en las gentes aquella irrupción de aves gigantescas, fué excitarlas á dar gritos furibundos y á manotear de lo lindo. Cuantos hombres útiles había en Hickleybrow, y algunas mujeres, se armaron de toda clase de objetos que pudieran servir de proyectiles, con objeto de dar una batida á los descomedidos visitantes. Pero estos se hallaban ya cerca de Urshot, que estaba de fiesta, y en donde las aves fueron recibidas como alegre complemento de aquel día feliz.

Los vecinos empezaron á dispararles sus escopetas en los alrededores de Findon Beeches. Pero, ¡ya se ve! gallinas de semejante tamaño, podían resistir algunas perdigonadas sin grave riesgo de su vida. Las aves, espantadas, se desparramaron con dirección á Sevenoaks; y cerca de Tonbridge una de ellas abandonó la playa y voló, cacareando furiosamente por algún tiempo, delante del bote

correo de la tarde que por allí pasaba. Dos de aquellas voraces gallinas cayeron á las cinco y media en poder del propietario de un circo de Tonbridge Wells quien las atrajo con dulces y pan á la jaula que, por muerte de un camello viudo que la ocupaba, había quedado vacía.



La gallina raptora. UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIB. IOT. C. U. N. L.

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO



VIII

Anocheecía ya cuando el desgraciado Skinner bajó aquella tarde del coche-vagón en la estación de Urshot. El tren había llegado con su retraso normal y Skinner así se lo advirtió al jefe, quien reveló en su mirada algo extraño que hizo preguntar á aquél si ocurría algo extraordinario.

—¿Qué quiere usted decir con eso? — le preguntó el jefe con la voz un tanto dura.

—Quiero decir si han visto ustedes avisipas ú otros animales de esos que...

—No hemos tenido tiempo para pensar en avisipas — repuso el jefe con más afabilidad, — hemos tenido bastante con pensar en las dichosas gallinas, — y contó al asombrado guarda lo ocurrido con las citadas aves.

—¿Y no ha oído usted nada referente á la señora Skinner? — preguntó el viajero cuando el jefe acabó de lanzar aquel chaparrón de noticias espeluznantes.

—No creo que le haya sucedido nada — le contestó con aplomo el empleado, como si estu-

viera al tanto de lo que ocurría fuera de la línea férrea.

—Eso es lo que me importaba averiguar antes que todo — exclamó Skinner desentendiéndose de las observaciones del jefe respecto á la responsabilidad que pudiera haberles á los que crían animales con sobra de alimento.

El aterrado Skinner siguió su camino con honda preocupación; antes de salir de Urshot fué llamado por un vecino de oficio calero, que le preguntó si iba buscando las gallinas, pero Skinner, en vez de contestar á su pregunta, le preguntó á su vez impulsado por su preocupación:

—¿No ha oído usted decir nada respecto á mi mujer?

La respuesta del calero reveló que se hallaba más preocupado de las gallinas que de lo que hubiera podido acontecerle á la mujer de su interlocutor.

Había anochecido y estaba bastante oscuro. Skinner pasó por el *bar* de los *Jally Drovers*, en el que se detuvo y preguntó al primero que vió en él:

—¿Ha oído algo de eso que se dice respecto á las gallinas?

—¿Qué si he oído? ¡ya lo creo! Precisamente una de ellas ha estado sobre el techo de mi cuadra, y persiguiéndola, no sé quién, ha roto con un mazo los cristales de la estufa del vicario.

—¡Dios me asista! — exclamó Skinner, y luego volvió á preguntar: — ¿No sabe usted nada de mi mujer?

—Nada absolutamente; la verdad es que ni siquiera me había acordado de usted. ¿No ha estado usted hoy en la granja? Lo cierto es que si uno de esos animaluchos la ha picoteado...

No acabó de hablar, pero la idea de una horrible desgracia cruzó por la imaginación de los concurrentes. Todos convinieron en que sería una conclusión interesante para un día de tantas emociones, el acompañar á Skinner hasta la granja y ver si le había ocurrido algo desagradable á la mujer de éste.

No hay manera de apreciar con exactitud lo que puede haberle sucedido á cualquiera cuando el hecho ha ocurrido á cierta distancia. Skinner se quedó como perplejo con un ojo fijo y con el otro investigando las alturas en tanto que apuraba á sorbos su vaso de aguardiente, y luego dijo de pronto:

—Creo que no habrá ocurrido nada con las avispas.

—¡Con las avispas! Bastante nos han dado que hacer las gallinas.

—Supongo que á estas horas todas habrán desaparecido ya — exclamó Skinner meditabundo.

—¿Quiénes, las gallinas?

—No, no; las avispas — y luego preguntó tras

un instante de reflexión. — ¿Pero no han oído ustedes decir nada de otra clase de animales tan grandes como las gallinas... es decir, de perros grandes, ó de gatos grandes?... Porque me parece que toda vez que existen esas avispas descomunales y esas gallinas monstruosas...

Y Skinner se echó á reír como aquel que está convencido de haber dicho una agudeza extraordinaria; pero el efecto que sus palabras causó fué todo lo contrario, fué triste, casi fúnebre, pues todos se quedaron pensativos. Fulcher fué el primero que, condensando el pensamiento dominante en todos, dijo:

— ¡Pero hombre! ¿un perro ó un gato que guarde relación con el tamaño de esas gallinas?

— ¿Un gato que crezca en la misma proporción que han crecido esas gallinas? — exclamó Witherspoon completamente asustado.

— ¡Sería un tigre! — añadió Fulcher.

— ¡Mucho más que un tigre! — afirmó Witherspoon.

Skinner salió; y poco después le vieron avanzar sólo, completamente sólo por la silenciosa vereda de la colina que separa Hickleybrow de los pinares, á cuya sombra se eleva la granja experimental, invadida y aprisionada por los gigantescos vástagos de la enredadera.

Se vió á Skinner subir, siguiendo por el sendero, hasta llegar á la línea del horizonte. Allí se

destacó su figura en la claridad del cielo, y hasta allí le siguió la curiosa mirada de sus conocidos del *bar*. Luego se le vió bajar por el lado opuesto hasta hundir aparentemente la cabeza en la tierra, desapareciendo en la sombra, de donde parecía que no había de volver.

Lo demás fué un misterio. Nadie sabe lo que pudo acontecerle á Skinner después de haber traspuesto la colina. Luego, cuando más tarde, los dos Fulcher y Witherspoon, impulsados por la misma preocupación, llegaron hasta el montecillo para ver si le descubrían, ya se le habían tragado las sombras de la noche.

Aquellos tres hombres, muy juntos entre sí y alargando el cuello sin respirar apenas, escucharon hacia la espesura que los separaba de la granja; pero nada oyeron, y uno de los Fulcher dijo:

— No parece que ocurra nada.

— No se ve luz — dijo Witherspoon.

— Aunque la hubiera, tampoco podría usted verla — agregó el otro Fulcher. — Hay niebla.

Los tres se quedaron pensativos y en la misma actitud. Después dijo el más joven de los Fulcher:

— No, no hay novedad. Si la hubiera, hubiera vuelto Skinner ... y no vuelve...

La razón era concluyente; y hasta el viejo Fulcher dijo convencido:

— Sí, es verdad.

Los tres se volvieron á Hickleybrow y se re-

tiraron á sus casas, hondamente preocupados.

Un pastor de la quinta de Huckster oyó, en el silencio de la noche, un agudo chillido. Se le figuró que los zorros andaban por los alrededores; pero á la mañana siguiente se encontró con que una oveja había sido sacada del redil, arrastrada hasta cerca de Hickleybrow y devorada en parte.

Lo más inexplicable de todo esto era la ausencia absoluta de rastros de Skinner. Algunas semanas más tarde, fué encontrado en la abandonada granja experimental un homóplato, y poco después otro hueso grande; pero se dudó de que pertenecieran á un ser humano. También se encontró junto al camino de Eyebright un ojo de cristal, que muchos reconocieron haber pertenecido á Skinner. Aquel ojo miraba al mundo con el mismo despejo, con igual melancolía que las demás facciones del semblante de Skinner.

Un detenido reconocimiento hecho en las ruinas de la finca, dió por resultado el hallazgo de los anillos de metal, de las cubiertas de dos botones de lienzo, y de tres botones enteros de asta y uno metálico.

Estos restos fueron reconocidos por personas de autoridad como pertenecientes á un Skinner, víctima de no se sabía qué; mas para convencerme yo, y dada la idiosincrasia de Skinner, confieso rotundamente que necesitaría más huesos y menos botones.

El ojo de cristal tiene, naturalmente, gran fuerza de convicción; pero aun suponiendo que perteneciera á Skinner, — hay que observar que ni su misma mujer sabía que el ojo inmóvil de su marido era de vidrio — su color había cambiado del castaño claro al azul.

El homóplato era una prueba de convicción muy dudosa; y yo, antes de diputarlo como hueso humano, lo hubiera comparado cuidadosamente con los homóplatos de varios animales domésticos. ¿Dónde habían ido á parar las botas de Skinner? Por muy extraña é insaciable que sea la voracidad de las ratas, ¿es posible que estos roedores, que dejaron abandonado un cordero á medio devorar cerca de Hickleybrow, se comieran hasta los cabellos, las botas y los dientes del pobre guarda?

Yo he preguntado á cuantos conocieron á Skinner, y todos concuerdan en que no es posible que hubiera ser viviente alguno capaz de comérselo. Entre dichos conocidos había un antiguo marinero que vivía en cierta posesión de Mr. W. W. Jacob, en Duntón Green, y éste me aseguró que Skinner era de esa clase de hombres cuya falta de aseo los saca siempre á flote; una de esas personas que son capaces de apagar los apetitos más voraces.

—Creo — añadió, — que Skinner se hallaría e los restos de un buque naufrago tan seguro como en un acorazado; y no es que yo quiera decir nada contra él; pero los hechos son hechos, y sólo aña-

diré que antes de dejarme hacer ropa por Skinner, hubiera preferido que me encerraran en un calabozo.

Estas observaciones del viejo marinero nos presentan á Skinner como un manjar poco apetitoso. Yo, he de ser franco, he de confesar que no creo que el guarda volviese á la granja experimental; creo más bien que andaría rondando por las inmediaciones de Hickeybrow, y que al escuchar luego los chillidos misteriosos, se decidiría y haría rumbo hacia... lo desconocido, y que, bien en este mundo, bien en otro, ignorado de los mortales en la tierra, sigue aun con tenacidad en lo desconocido.

CAPITULO TERCERO

LAS RATAS GIGANTES

I

Pasadas dos noches desde la desaparición de Skinner, ya de madrugada, el médico de Podbourne se dirigía en un pequeño coche en que acostumbraba á ir á visitar los enfermos que vivían lejos de Haukey; todas las noches visitaba á uno de ellos, y, terminada la visita, regresaba á su casa rendido y muerto de sueño.

Eran ya las dos de la madrugada, como hemos dicho; la luna en menguante se alzaba con pereza sobre el horizonte, y una niebla bastante densa desvanecía las aristas de las casas y las sumía en esa tenue vaguedad que las hace borrosas.

El médico tenía enfermo al cochero, é iba, por lo tanto, solo; á tales horas y por semejante

diré que antes de dejarme hacer ropa por Skinner, hubiera preferido que me encerraran en un calabozo.

Estas observaciones del viejo marinero nos presentan á Skinner como un manjar poco apetitoso. Yo, he de ser franco, he de confesar que no creo que el guarda volviese á la granja experimental; creo más bien que andaría rondando por las inmediaciones de Hickeybrow, y que al escuchar luego los chillidos misteriosos, se decidiría y haría rumbo hacia... lo desconocido, y que, bien en este mundo, bien en otro, ignorado de los mortales en la tierra, sigue aun con tenacidad en lo desconocido.

CAPITULO TERCERO

LAS RATAS GIGANTES

I

Pasadas dos noches desde la desaparición de Skinner, ya de madrugada, el médico de Podbourne se dirigía en un pequeño coche en que acostumbraba á ir á visitar los enfermos que vivían lejos de Haukey; todas las noches visitaba á uno de ellos, y, terminada la visita, regresaba á su casa rendido y muerto de sueño.

Eran ya las dos de la madrugada, como hemos dicho; la luna en menguante se alzaba con pereza sobre el horizonte, y una niebla bastante densa desvanecía las aristas de las casas y las sumía en esa tenue vaguedad que las hace borrosas.

El médico tenía enfermo al cochero, é iba, por lo tanto, solo; á tales horas y por semejante

sitio únicamente se columbraba el matorral, lleno de misterio, á uno y otro lado del camino, sobre el cual proyectaban su luz débil y amarillenta los faroles del carruaje, y únicamente se oía el ruido de las ruedas de este y las pisadas del caballo que tiraba de él, caballo en quien confiaba el doctor tanto como en sí mismo, y esto explica que el bueno del doctor se entregara con placidez al sueño.

Pero todos sabemos lo que es el sueño yendo en coche; bórranse las ideas poco á poco, déjase caer la cabeza oscilando al compás de las ruedas y la barba casi toca con el pecho; pero cualquier sacudida, hace que alcemos repentinamente la cabeza, que abramos los ojos con expresión de espanto, y que nos preguntemos qué habrá sido aquello. El viajero, en tales casos, afianza las bridas, se forma el propósito de no volverse á dormir, y exclama:

—¡Caballo!...

Pero al doctor no le sucedió aquello únicamente, sino que le ocurrió mucho más; le pareció oír junto á sí un grito agudo y lastimero, que le hizo abrir más los ojos. Reprendió sin razón al caballo y miró en torno suyo; no le quedaba duda de que había oído un grito, un chillido, algo, que lo mismo podía haberlo producido una zorra que un conejo al que hubiera cojido un hurón. ¿Qué habría sido?

—¡Caballo! — volvió á decir en voz alta el

médico que no podía desvanecer en sí la impresión de haber oído algo, y hasta de haber visto por entre el matorral una cabeza de animal muy grande, con ojos redondos...

—¡Qué cosa tan ridícula es el miedo!

El doctor volvió á mirar, y... nada, no vió absolutamente nada.

—¡Qué majadero soy! — murmuró.

Pero no obstante la creencia de que estaba bajo la impresión de una pesadilla, vigiló con atención, arreó otra vez su caballo con la voz y con el látigo, y volvió á inspeccionar con la vista el matorral, pero la escasa luz de los faroles y la espesura de la niebla, no le permitieron descubrir nada. El sueño desapareció naturalmente de sus párpados; sintió cierta preocupación, y no bastó para aplacar la fuerte excitación de sus nervios el discurrir que si el caballo hubiera visto algo que no hubiera sido común y corriente, se hubiera espantado.

Pensando en esto, oyó como si alguien corriera siguiendo el coche, y no queriendo fiarse de sus oídos, miró en derredor suyo, pero fué bien poco lo que pudo ver; verdad es que en aquel momento seguía una curva muy pronunciada que formaba el camino; le dió al caballo un par de latigazos y volvió á mirar con más atención á derecha é izquierda; entonces distinguió, en la faja de luz proyectada por el farol en el matorral, el lomo

arqueado de un animal gigantesco que avanzaba á saltos convulsivos.

Cuando más tarde refirió el doctor esta aventura, dijo que en aquel instante acudieron á su memoria los cuentos de brujas, pues el animal que había visto era diferente de cuantos conocía, y que, temeroso de que el caballo se espantara, lo refrenó instintivamente. Como hombre observador y reflexivo se preguntó si el noble bruto podía seguir con tanto sosiego su marcha, sin darse cuenta instintiva del peligro.

El médico acababa de atravesar una cerca, cuando el monstruoso animal, que ya estaba muy próximo al coche y que no era sino una rata gigantesca, saltó sobre una de las ruedas.

La luz del farol, que dió de lleno en su cuerpo, iluminó al monstruo. El médico pudo ver entonces una cabeza muy aguzada por la parte anterior hasta concluir en un hocico en punta, unas orejas redondeadas, unos ojos vivísimos, centelleantes y codiciosos y un cuerpo largo, muy largo, extraordinariamente flexible.

Pero lo que más llamó la atención del médico fué la membrana interdigital de que se hallaban provistas las patas del monstruo, que no creyó que fuese una rata por su excesivo tamaño.

El caballo se encabritó, y por un momento se produjo en aquel reducido espacio gran confusión y no poco ruido con el chillar del roedor, el crujir

del cochecillo, el restallar del látigo y los gritos del doctor. La lucha fué reñida, y rápida como un relámpago. El agredido se puso en pie, dió un grito á su caballo y descargó sobre la rata un latigazo tremendo. Esta se desvió por la impetuosa fuerza del golpe, y el médico se ensañó con ella, sin fijarse en que una segunda rata había logrado subirse á una de las varas del coche y hacía presa en el cuello del caballo.

El doctor vió á su enemigo hundirse de nuevo en la sombra. Entonces soltó las riendas y miró atrás, procurando descubrir si algún otro animal de aquellos le perseguía. El caballo piafaba, botaba de dolor y hacía brinca descompasadamente el carruaje; hubo un instante en que todo anduvo saltando violentamente.

Luego emprendió el caballo una velocísima carrera, entrando á poco en Hankey; allí cayó el noble bruto para no levantarse más, volcando el coche.

Nadie sabe cómo pudo ocurrir tan extraña caída, ni es fácil averiguar si el caballo tropezó ó, si la rata, al morderle en el cuello, le cortó alguna arteria importante que debilitara sus fuerzas.

Es más, el doctor no sabía que él mismo estaba herido en un hombro. No lo supo hasta que entró en casa de un alfarero de Hankey, ni se dió cuenta del momento en que fué mordido, aunque la herida era de alguna consideración.

Lo único que recordaba era que al llegar frente

á la casa del alfarero, se encabritó el caballo; que él saltó á tierra, y que vió venir en dirección suya, como una flecha, otra enorme rata, que saltó sobre la rueda del cohe. Tan rápidas fueron las impresiones recibidas por el doctor.

Yo creo que el caballo, al encabritarse, llevaba aún la rata colgada del cuello, y que el peso de esta le hizo caer de costado, volcando el carruaje. El doctor debió adivinar el peligro y se echó al suelo instintivamente. En el momento del vuelco, cayó á tierra uno de los faroles, rompiéndose é inflamándose el petróleo. Esto fué lo primero que vió el alfarero, pero ya había oído el ruido y los gritos del doctor.

Al estrépito, seguido casi inmediatamente del vuelco del coche, el alfarero saltó de la cama hacia la calle, en el momento, como ya hemos dicho, en que el petróleo inflamado se desparramaba por el suelo elevando llamas deslumbrantes. Según testificó el buen hombre, la claridad era mayor que la del día.

El alfarero permaneció mudo, con la vista fija en aquel espectáculo que más tenía para él de pesadilla que de realidad. La silueta del doctor se movía delante del fuego enarbolando y haciendo girar con rapidez el látigo, el caballo coceaba en la agonía, medio oculto por la brillante llama, y con el tenaz roedor agarrado aún en el cuello. Más allá, en la obscuridad, junto al muro de la iglesia,

brillaban siniestramente los ojos de otro de aquellos monstruos, y sobre el mismo muro, arañando incesantemente, se destacaba otro terrible bulto negro, cuyos ojos parecían dos luces rojas.

No hay quien no conozca la expresión ansiosa y penetrante de una rata hambrienta, con sus dos dientes agudísimos y sus ojos vivos é implacables. Y pueden ustedes imaginar el efecto que producirían en el ánimo del alfarero aquellas ratas inmensas, agrandadas más aún por la obscuridad y el miedo, por el brillo intermitente de las llamas y por el estado soñoliento del espectador.

El médico aprovechó un respiro para acercarse á la puerta de la casa y aporrearla con el puño del látigo.

El alfarero no quiso abrir hasta que encendió una luz; y este retraso, dadas las peligrosas circunstancias del momento, se lo censuran algunas gentes con dureza. Yo no me atreveré á censurarlo mientras no conozca mi propio valor en circunstancias análogas.

El doctor rugía y llamaba desesperadamente; y hasta lloraba de espanto, según confesión del alfarero, cuando éste abrió la puerta.

— ¡Cierra! — gritó el doctor. — ¡Cierra!

Ni siquiera pudo decir: *Cierra la puerta*. Le faltaron alientos para ello.

El alfarero cerró, y el recién llegado tuvo que sentarse antes de subir la escalera.

—¡No sé, no sé lo que *son!* — dijo el médico desplomándose sobre la silla y recalando la palabra *son*. — No sé lo que *son*...

El alfarero quiso darle *whisky*; pero el doctor se negó á que se llevara la luz, y pasó aún mucho tiempo antes de que pudiera subir la escalera.

Cuando se extinguió el fuego de la calle, se acercaron las ratas al coche y la emprendieron con el caballo muerto; lo arrastraron á lo largo del muro hasta el tejaz, y allí lo devoraron hasta saciarse, sin que nadie se atreviera á molestarlas...

II

Al día siguiente llegó Redwood á casa de Bensington á las nueve de la mañana, llevando en la mano la segunda edición de tres periódicos de la noche anterior.

Bensington se hallaba sumido en profundas meditaciones sobre las páginas de la novela más sensacional que el bibliotecario de Brompton Road había podido encontrarle. Al entrar su amigo levantó la cabeza y preguntó:

—¿Hay algo nuevo?

—Dos hombres heridos por las avispas.

—¿Dónde?

—En los alrededores de Chartham.

—¡Debían permitirnos quemar aquel maldito avispero! Ellos mismos tienen la culpa de lo que les pasa.

—Sí, señor, ellos tienen la culpa — dijo Redwood.

—¿Qué hay sobre la venta de la granja?

—La agencia de arriendos traga que es una

bendición... Dice el agente que lo primero es la casa, su propia casa, y no quiere comprender que es preciso tomar una medida decisiva... Yo dije en las oficinas que el asunto era de vida ó muerte. ¿Y sabe usted lo que me contestaron? ¡Que por qué no dábamos los otros cinco mil francos!... Le digo á usted que antes de ceder á lo que pretende aquel imbécil, preferiría vivir con el mundo lleno de avispas. Le aseguro á usted, que...

Redwood interrumpió bruscamente el discurso tal vez porque lo poco delicado de las palabras que iba á pronunciar, pugnaba con la hermosa sentencia que le bullía en el magín.

Bensington replicó:

—Es que el día menos pensado puede ocurrir que una de esas avispas...

—Las avispas no tienen peor idea de la utilidad pública que una agencia de arriendos — interrumpió Redwood.

Y volvió á su interminable perorata. Habló de las agencias, de los procuradores y de otras gentes de la misma estofa, diciendo que muchas de esas personas hablan de negocios y cálculos según les parece, y añadió:

—De tantas cosas torcidas como hay en este torcido mundo, la que me parece más deforme y contrahecha es el atribuir á un doctor ó un soldado el valor, la virtud y la honra, y que, en cambio, de un procurador ó de un agente de

arriendos no podamos esperar otra cosa que un imbecilidad grosera, voraz y formidable.

Redwood, altamente excitado, se aproximó á la ventana y se quedó un instante como distraído con el movimiento de la calle.

Bensington había dejado la sensacional novela sobre la mesita que le servía para sus experimentos, cruzó ambas manos, y quedó mirándose las con profunda atención.

Pasado un momento, dijo:

—Y, dígame usted, Redwood, ¿se habla mucho de nosotros?

—Sí... Es decir, menos de lo que yo esperaba.

—¿Y no nos denuncian?

—No, señor... pero tampoco apoyan los periódicos lo que yo indico que debe hacerse... Ya sabe usted que he escrito á *The Times* historiando todo el asunto.

—Nosotros recibimos *Daily Chronicle* — dijo Bensington.

—Sí. Pero *The Times* publica sobre esta cuestión un larguísimo artículo, muy bien escrito por cierto, proclamando el *statu quo*. El artículo no lleva firma; pero parece escrito por persona importantísima. Nada de aspavientos, nada de excitaciones violentas; se llenan columnas y columnas sin dar aparentemente al asunto la menor importancia; pero ¡hay que leer entre líneas, amigo mío! Y leyendo entre líneas se ve muy claro que *The*

Thimes no quiere empequeñecer la cuestión y cree que se debe hacer algo en seguida. ¡Como que en el artículo se ve muy bien la mano de algún encumbrado político!

—Y esa enormidad se irá extendiendo mientras tanto en toda clase de formas y de un modo desagradable — dijo *Bensington* muy preocupado.

—Eso es: de un modo desagradable.

—Sería cosa de maravillarse, si en lo de las ratas hubiera tenido razón *Skinner*.

—¡No, no; eso sería ya demasiado! — replicó *Redwood* yendo á colocarse junto á la silla de *Bensington*, y luego añadió bajando mucho la voz y señalando la puerta de la habitación. — ¿Qué dice ella?

—¿Quién? ¿mi prima? No sabe ni media palabra ni supone que esos hechos tengan relación alguna con nosotros; no quiere ni leer los artículos, y cuando tropieza con algo que trata de avispa gigantes, dice que no tiene paciencia para leer el periódico.

—Es una fortuna para nosotros.

—Supongo que su señora de usted...

—Le pasa lo que á su prima *Juana*; ahora está atareadísima con su hijo; ya sabe usted que ella es la que se cuida de él.

—¿Sigue creciendo?

—Extraordinariamente. Calcule usted: cuarenta y una onzas en diez días; pesa ya cerca de vein-

tiocho kilos y aun no tiene más que seis meses... ¡Es una cosa alarmante!

—¿Pero está fuerte y bueno?

—Está como un toro; la nodriza lo tiene á veces que dejar, porque le muele el cuerpo á patadas... Es cosa que hará época en los anales del desarrollo físico... Ha habido necesidad de hacerle vestidos nuevos porque todos se le han quedado pequeños... El otro día se le rompió una rueda del cochecillo en que iba y hubo que llevarlo en el carro de una lechera, como usted oye, é inútil es decir que fué el asombro de todo el mundo, de un gentío inmenso... A *Georgina* ha sido necesario trasladarla á la cuna del niño y poner á éste en la cama de *Georgina*. Su madre está verdaderamente asustada, y dice que esa manera de crecer no es natural ni puede ser saludable. Antes confiaba en *Winkles*, pero ahora, ni por pienso... En fin, ya lo sabe usted.

—Yo estaba en la inteligencia de que había usted disminuído la dosis.

—Traté de hacerlo.

—¿Y qué resultó?

—Que el niño ahullaba: los niños tienen, ordinariamente, el grito agudo, penetrante, como debe de ser, y como antes lo tenía; pero desde que ha tomado la heracleoforbía...

—¡Hum! — exclamó *Bensington* contemplándose las manos con más resignación que antes.

—Y ello es que la cosa se ha de saber al fin y al cabo — dijo Redwood. — Ya hay personas que desean conocer al muchacho y saber lo que hace. Y el caso es que empiezan á relacionar este fenómeno con el de los pollos y las avispas, y que todo el mundo gira ya en torno de mi mujer, la cual no sé qué dirá cuando se dé cuenta...

—Es muy difícil trazar un plan — exclamó Bensington quitándose las gafas y limpiándolas con cuidado. — muy difícil — y añadió luego con gravedad. — Esa criatura es una prueba concluyente de nuestro triunfo ¡pero qué prueba! Nosotros, hombres de ciencia, si es que yo puedo llamarme también así, trabajamos siempre en busca de un resultado teórico, puramente teórico; pero en esta ocasión, aunque incidentalmente, hemos puesto en actividad fuerzas reales, fuerzas nuevas... ni nosotros debemos investigarlas, ni creo que nadie deba hacerlo... Prácticamente, amigo Redwood, la cosa está fuera de nuestro alcance; no hacemos más que suministrar los materiales...

—Eso es — dijo Redwood volviéndose hacia la ventana, — nosotros suministramos los materiales y otros realizan las experiencias.

—Pues mientras dure toda esa confusión que reina en Kent, yo no me hallo dispuesto á molestar más á nadie.

—Eso será en el supuesto de que no nos molesten á nosotros...

—Naturalmente, porque si se empeñan en fastidiarnos con procuradores y abogaduchos de mala muerte y con obstrucciones legales ó con majaderías, ¡le aseguro á usted que hasta que tengan un sinnúmero de especies de bicharracos como esos!... En fin, Ya sabe usted, Redwood, que todas las cosas pueden encenegarse.

—Sí, sí...

Y Redwood trazó en el aire una línea muy retorcida.

—Nuestro interés descansa ahora en ese muchacho — dijo Bensington.

Redwood se volvió hacia su ilustre colaborador y le reguntó:

—¿Y qué piensa usted? Usted puede ver el asunto con más imparcialidad que yo. ¿Qué hago con el chiquillo?

—Alimentarle, nutrirle bien.

—¿Con heracleoforbia?

—Con heracleoforbia, sí, señor.

—Entonces, seguirá creciendo...

—Según mis cálculos, deducidos del crecimiento de las avispas y de los pollos, crecerá hasta alcanzar una estatura de treinta y cinco pies. Esa es la proporción — contestó Bensington.

—Pero ¿qué va á hacer ese gigante con treinta y cinco pies de estatura? — exclamó Redwood, asustado.

—En eso precisamente estriba todo el interés del caso.

—¡Pero es aterrador!... Digo que es aterrador pensar en vestirle... Y cuando haya llegado el límite de su crecimiento tendrá que pasarse la vida solitario, como un Gulliver en medio de un mundo de pigmeos — observó Redwood.

Bensington miró á su colega por encima de las gafas y dijo:

—¿Por qué ha de pasarla solitario?...

Y luego, con voz sombría, repitió la frase interrogativa, recalando las palabras:

—¿Por qué ha de pasarla solitario?...

—¿Por qué? — replicó Redwood. — ¿Pues qué se propone usted?

—Digo — repitió Bensington con la satisfacción de quien ha pronunciado una gran sentencia, — digo, que por qué ha de hacer el niño vida solitaria... ¡Es cosa que no puedo comprenderla!

—Entonces, ¡supone usted que se puedan criar otros niños como él!...

—Y al suponerlo no supongo nada que vaya más allá de mis investigaciones.

Redwood empezó á pasear por el cuarto, diciendo:

—Sí, naturalmente... Se podría...

Pero se interrumpió bruscamente y se acercó á la ventana, murmurando:

—¡Calla! ¿qué ocurre?

Bensington se hallaba embebido en altas especulaciones.

—Lo que más me interesa de todo esto, amigo Redwood, es pensar que *su* cerebro, según mis cálculos, se alzaría treinta y cinco pies sobre el nivel ordinario de la cabeza humana.

Luego, observando que su amigo no le atendía, preguntó:

—¿Qué pasa?

Redwood, asomado á la ventana, miraba atentamente un cartelón que se extendía sobre un coche de una empresa periodística.

—¿Qué ocurre? — repitió Bensington levantándose.

Redwood soltó una brusca exclamación.

—Pero... ¿qué es ello?

—Nada, que hay que comprar un periódico — respondió Redwood dirigiéndose á la puerta.

—¡Un periódico! ¿Para qué?

—Un periódico, sí, inmediatamente... He visto algo, he leído algo de *ratas gigantes*...

—¿Ratas?

—Sí, ratas — dijo Redwood excitadísimo. — Skinner, después de todo, tenía razón...

—¿Y qué opina usted de eso?

—¡Pero, hombre de Dios! ¿Qué diantre voy á opinar sin haber visto aun el periódico? ¡Ahí es nada! *Ratas gigantes*... ¡No faltaba más sino que se lo hubieran comido!...

Redwood buscó el sombrero y, no encontrándolo, decidió salir sin él.

Bajaba los escalones de dos en dos, y desde la misma escalera oyó el agitado bullir de las gentes y el vocear de los vendedores de periódicos, diciendo:

—¡Horrible suceso de Kent!... ¡Horrible suceso en Kent!... ¡Con todos los detalles de un médico comido por las ratas!... ¡Horrible suceso en Kent!... ¡Un médico despedazado por las ratas en Stchewpendous!...

III

Cossar, el conocido ingeniero civil, encontró en la puerta de la habitación de Bensington á los dos distinguidos profesores: uno de ellos, Redwood, tenía en sus manos el periódico, húmedo aún, y el otro, Bensington, empinándose cuanto podía, leía con avidez por encima del hombro de su compañero.

El ingeniero Cossar era alto, flaco y desgarbado: parecía que la casualidad se había encargado de adherirle los remos al tronco, y sus facciones parecían las de una estatua no concluída y abandonada en el taller por imposibilidad de darle expresión: la nariz parecía querer írsele por un lado y su mandíbula inferior sobresalía más que la superior. Es difícil que nadie, absolutamente nadie, lo hubiera juzgado guapo. Respiraba de una manera ruidosa: el cabello se le escapaba de la cabeza como si marchara en línea recta tocando en el casco tangencialmente, y su voz, que dejaba oír poquísimas veces, tenía un registro bastante alto y un matiz así como de amarga protesta, que

no dejaba de notársele nunca. Vestía americana gris muy ceñida al cuerpo y sombrero de copa.

Se bajó atropelladamente del coche al llegar frente á la casa de Bensington, metió su manaza en el bolsillo del pantalón, pagó al cochero y subió á escape los escalones, extrujando el suplemento extraordinario en la actitud de Júpiter Tonante.

—¿Y Skinner? — preguntaba á la sazón Bensington sin fijarse en la llegada de Cossar.

—Nada dicen de él — contestó Redwood sin dejar de leer. — ¡Tendría, sin duda, el sino de ser comido por las ratas! Quizá le haya pasado lo mismo á su mujer... ¡Esto es espantoso!

Y luego dijo al fijarse en el recién llegado:

¡Hola! aquí tenemos á Cossar.

—¿Es esta la obra de usted? — exclamó Cossar con voz de trueno y agitando el periódico. — Pues bien ¿por qué no la destruyen ustedes ó detienen sus efectos? ¿A quién se le ha ocurrido la majadería de vender la granja?... ¡Quemarla, quemarla de cabo á rabo es lo que se necesita!...

—Pero ¿qué se va á hacer? ¿Por qué?...

—¿Qué se va á hacer? Ir ahora mismo á casa de un armero... ¿Por qué? Por escopetas. Allí hay un almacén de ellas... ¡Pero escopetas grandes, de gran calibre como para cazar elefantes! ¿Comprenden ustedes? Necesitamos ocho, y muchas municiones... ¡Lo dicho: no se compra una escopeta

sin municiones! Se alquila un coche y se llevan... ¿Cuál es el sitio peligroso? ¿Urshot? Pues bien, se transportan á la estación de Charing-Cross, y en el primer tren que salga después de las dos... ¿Han comprendido ustedes? ¡Perfectamente! ¿Licencias? Se sacan ocho de la Administración de Correos: licencias para uso de escopetas, ¿eh? Y no hay que tomar la cosa á broma... ¿Que para qué son las escopetas? Para las ratas... ¿Qué duda cabe? Y escopetas como para elefantes, porque las ratas son inmensas... ¿Qué más?... Usted, Besington, guíeme á la estación telefónica: quiero avisar á cinco hombres de Ealing. ¿Que por qué han de ser cinco? Porque son los que necesito... ¿Adónde va usted, Redwood? ¿Por el sombrero? ¡Vamos, hombre, qué tontería! Tome usted el mío: lo que necesitamos son escopetas, y no sombreros... ¿Llevan ustedes dinero? ¿Llevan bastante? Bien, perfectamente... ¿Dónde está el teléfono?

Bensington, aturdido, se volvió humildemente para guiar al tempestuoso Cossar, el cual, cuando hubo terminado la conferencia, la emprendió de nuevo con el sabio.

—Y ahora debemos hablar de las avispas — dijo, agitando sus largos brazos.—Para éstas azufre y nitro, es lo mejor, y luego yeso... Usted, Besington, que es químico: ¿dónde encontraremos azufre por toneladas, en sacos que no sean de incómodo transporte?... ¿Que para qué?... ¡Dios

nos bendiga! Para abumar el avispero y asfixiar á los animaluchos... Supongo que lo mejor será azufre, ¿eh?... Usted es químico...

—Sí, azufre.

—¿No hay otra cosa mejor? Perfectamente... Usted se encarga de este asunto... Compre usted todo el azufre que pueda... Y nitro para que arda bien... ¿Que adónde hay que mandarlo? A Charing-Cross. Vigile usted para que no se pierda un minuto: á Charing-Cross en seguida... Y con el azufre, usted... ¿Falta algo?

Cossar quedó un momento pensativo.

—El yeso, pero yeso de buena calidad. Ya sabe usted: para tapar agujeros, grietas, nidos... Esto lo haré yo.

—¿Cuánto? — preguntó Besington.

—¿Cómo cuánto? ¿De qué?

—De azufre.

—Una tonelada: ni un milígramo menos.

Besington extendió resueltamente su mano trémula, entre cuyos dedos temblaban las gafas, y dijo:

—Está bien.

—¿Lleva usted dinero? — preguntó el implacable Cossar. — Hay que llevar cheques... cheques á la vista. ¿Adónde vive su banquero de usted?... Perfectamente... A casa del banquero: se detiene usted un momento y que le dé mil francos...

Cossar se volvió á quedar meditabundo. Luego, añadió con la explosión de una bomba:

—¡Manos á la obra! Si dejamos el asunto en poder de los agentes de la autoridad, se ha perdido todo... ¿Falta algo más?... Nada.

Habían llegado en aquel momento á la puerta de la calle. Cossar extendió el brazo y hizo señas á un cochero.

—¿Coche, señor? — preguntó el automedonte.

—¡Naturalmente!...

Besington, sin sombrero, atravesó el portal y se dispuso á subir al carruaje.

—Creo — dijo con la mano puesta en la portezuela y echando una rápida ojeada á las ventanas de su cuarto, — me parece que debíamos decir algo á mi prima Juana...

—Tiempo tendrá usted de decírselo cuando volvamos — respondió Cossar empujando á Besington por la espalda. — Esos cinco auxiliares son listos, agudos, pero no hay que dejarlos que tomen iniciativas en nada... ¿Oye usted? En nada... ¿Y su prima Juana? En efecto, sí, sí... la conozco... ¡Al diablo con las primas Juanas! El país está infestado de ellas...

Cossar sacó su reloj, y volviendo á sus nerviosas meditaciones, calculó que aun le quedaba el tiempo justo para entrar en un restaurant y tomar alguna cosa, antes de buscar el yeso y dirigirse á Charing-Cross.

El tren salía á las tres y cinco minutos, y Cossar llegó á Charing-Cross á las tres menos cuarto, donde encontró á Bensington en acalorada discusión con dos agentes de policía y con el conductor del azufre á su lado; y á Redwood entre los equipajes, discutiendo también respecto de las municiones. Los empleados exigían no sé qué formalidades para dar salida á las mercancías; y los agentes no entendían de todo aquello, ni se creían con autoridad para resolver el conflicto.

Cossar resolló de una manera ruidosa. Veía que el tiempo venía justo para lo más esencial y tomó rápidamente una decisión. Buscó al jefe de la estación, que se hallaba en un sitio oscuro y apartado, le asió de un brazo, y empezó á recorrer con él todas las dependencias, dando órdenes en nombre suyo, hasta que todos los efectos quedaron metidos en los furgones, y luego se marchó él antes de que el jefe volviera en sí de su asombro y se percatara de que se había violado descaradamente la santa rutina que impera en las estaciones. Cuando Cossar desapareció, el jefe preguntó con cara risueña pero con el entrecejo fruncido:

—¿Quién era eso?

—Un caballero — le repuso un mozo, — viaja en primera.

—Bien: ya le haremos volver con todo lo que se ha llevado.

El jefe dijo esto con satisfacción, y cuando he-

rido como los murciélagos por la luz del día, volvió á su oscuro puesto en aquel digno retiro en que los altos funcionarios de Chering-Cross se guarecen de las indiscreciones del público, aún seguía sonriendo y con el entrecejo arrugado

Lo acaecido tenía todas las apariencias de un ataque á su omnímodo poder, y el jefe hubiera deseado que lo hubiesen visto los periodistas comodones que sin cesar critican la administración de los ferrocarriles.

IV

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

A las cinco de aquella tarde y abastecido en Urshot de todo cuanto necesitaba, el terrible jefe de la expedición marchaba con su impedimenta hacia Hickeybrow con la mayor tranquilidad, al menos en la apariencia. En Urshot había adquirido dos barriles de parafina y mucha leña, y de Londres había sacado muchos sacos de azufre, ocho escopetas con municiones en abundancia, tres fusiles para las avispas, un hacha, un pico, tres azadones, dos ovillos de cuerda, muchas botellas de cerveza, de Whisky y de agua de seltz, provisiones de boca y grandes paquetes de polvos venenosos para las ratas.

Todo esto había llegado en un furgón de mercancías excepto las armas y las municiones que llegaron por otra línea por disposición de Redwood, en unión de los cinco hombres que Cossar había designado, los cuales acudieron al llamamiento de éste desde Esling.

Constrastaba la satisfacción de Cossar al hacer sus compras con el pánico que reinaba en Urshot á causa de las ratas. Hallábanse cerradas las tiendas en este pueblo, y apenas si se veía un al-

ma por la calle. Aunque Cossar llamó á la puerta de varios establecimientos, no le abrieron sino alguna que otra ventana alta, por donde tuvo que verificar sus compras. El vehemente expedicionario consideró que el sistema de establecer relaciones comerciales por las ventanas altas de los establecimientos, estaba perfectamente justificado en circunstancias semejantes. Por último, entre él y Bensington consiguieron disponer los carros para embutir en ellos las nuevas provisiones, y emprendiendo la marcha por un atajo, no tardaron en llegar á Hickeybrow.

Bensington, más bien muerto que vivo á medida que avanzaban, iba sentado en un carro junto á Cossar, con la escopeta entre las piernas. Todos iban á cumplir con su deber, según dijo Cossar, lo cual era altamente meritorio, porque en Inglaterra se hace rara vez lo que se debe hacer.

Cossar guiaba un carro y miraba alternativamente los pies de Bensington y sus propias manos en que llevaba las riendas. Cossar no había dirigido nunca un carruaje, pero en aquella ocasión dió pruebas de su habilidad, ejerciendo á entera satisfacción un cometido enteramente nuevo para él. Bensington reflexionaba, y se decía á sí mismo:

—¿Por qué no hemos de hacer todos lo que debemos? Me maravillo al pensar que yo no hago muchas cosas que estoy convencido de que me convendría hacer, es más, que necesito hacer...

¿Les ocurre esto mismo á los demás, ó es una cualidad esencialmente mía?

Y volvió á sumirse en profundas reflexiones acerca de la voluntad y de su fuerza: pensó en las múltiples puerilidades de la vida ordinaria y las cosas verdaderamente importantes que dejamos de hacer, en esas cosas halagadoras ó espléndidas que nos prohíbe gozar á veces ó la preocupación ridícula ó una influencia poderosa tan extraña como inconcebible... Su prima Juana entrañaba para él un problema tan importante como difícil de resolver... Después de todo ¿por qué había de estar supeditado á ella en el comer, beber y dormir y hasta en el salir y entrar? ¿por qué se había de abstener de ir á una ú otra parte en consideración á su prima Juana? y sobre todo ¿por qué esta misma consideración le hacía permanecer soltero? La verdad es que su prima Juana era para él un símbolo, pero un símbolo incomprensible.

La vista de la colina y del sendero que conducían á la granja llamó entonces la atención de Bensington, quien recordó aquel otro día espléndido, no lejano, pero olvidado ya entre tantas emociones nuevas, en que el químico caminaba lentamente de Urshot á la granja para ver sus pollos gigantes... Es indudable que el destino juega con los hombres.

Era una de las tardes más calurosas de la canícula. No corría un soplo de viento, y había un

palmo de polvo en el camino. Se veía poca gente, y los ciervos del parque, que estaban fuera de las empalizadas, rumiaban tranquilamente.

Los expedicionarios vieron dos avispas inmensas en un matorral, fuera de Hickeybrow; y otra que volaba de un lado para otro, en el frontis de la tienda del especiero, á la entrada del pueblo, buscando sitio por donde colarse. Al dueño de la tienda se le veía dentro, acechando los movimientos de la avispa y convenientemente preparado.

El conductor de uno de los carros soltó las riendas, y volviéndose á Redwood le dijo que habiendo concluido su misión en aquel lugar, no seguiría adelante. Esta actitud fué inmediatamente seguida por los otros dos conductores; y el primero no sólo no quiso pasar de allí, sino que se opuso á que los caballos lo hicieran.

—Los caballos serían una excelente comida para las ratas — decía el rebelde.

Cossar meditó un momento sobre el conflicto, y luego, dirigiéndose á los suyos, exclamó:

—A ver, uno de vosotros; que descargue ese carro.

Un maquinista, hombrón de elevada estatura, cumplió la orden.

Cossar añadió dirigiéndose al carrero:

—No necesitamos de ti... Guiaremos nosotros.

—Usted puede hacer lo que guste — replicó el mozo, — pero yo necesito los caballos.

La discusión fué breve y acalorada. Cossar la cortó en seco, diciendo resueltamente:

—Los caballos irán adelante... Y si tratas de apelar á la fuerza, te advierto que puedo descargar el fusil en defensa propia.

Hizo que dos de sus hombres se encargaran de dos carros; y los carreros, malhumorados, apelaron á Redwood, quien les dijo:

—No tengan ustedes cuidado: han cumplido ustedes con su deber ante los amos. Pueden ustedes esperar en este pueblo hasta nuestra vuelta. Nadie tendrá que reprocharles nada, sabiendo que nosotros vamos armados... No queremos nada injusto ni violento, pues la situación es muy crítica... Estén ustedes descuidados, que si alguna cosa desagradable le ocurriera á un caballo yo lo pagaré.

—Eso es muy razonable — agregó Cossar, que raras veces prometía nada.

Todos se apearon y se echaron las escopetas al hombro. La expedición era de lo más extravagante que pueda verse por calles de un pueblo inglés, parecía un destacamento yanqui dirigiéndose al Oeste, en los antiguos días de los trastornos norteamericanos.

Empezaron á subir por el montecillo, y al llegar á la cumbre, descubrieron la granja experimental.

A pocos pasos de ellos vieron otro grupo de

hombres armados también con escopetas, grupo formado por los dos Fulcher, por un forastero, vecino de Maidstone, que estaba delante examinando el lugar con unos gemelos de teatro, y por otros varios.

Todos se volvieron á la llegada de la nueva partida.

—¿Ocurre alguna novedad?—preguntó Cossar.

—Las avispas, que van y vienen — respondió el viejo Fulcher; — pero no se distingue si llevan algo.

—La enredadera entra ya en el pinar — dijo el de los gemelos, — y esta mañana estaba aún bastante separada de él. ¡Es prodigioso! ¡Se la vé crecer mientras se la observa!

El forastero sacó un pañuelo y limpió muy despacio los lentes de los gemelos.

—Supongo que querrá usted bajar hasta allí—dijo Skelmersdale á Cossar.

—Sí... ¿Quiere usted acompañarme?

Skelmersdale pareció vacilar.

—Es cosa de toda la noche... — añadió Cossar.

—¡Ah! No, entonces no.

—¿Por qué? ¿Por las ratas?

—Esta mañana había una en el pinar, acechando, sin duda, conejos...

Cossar dudó de poder arrastrar consigo á toda la partida.

Bensington, al encontrarse ante la granja, se

sintió capaz hasta de calcular nuevamente la vigorosa fuerza de la heracleoforbía. Su primera impresión fué muy rara: la casa le pareció más pequeña de lo que él creía, ¡pero mucho más pequeña! luego observó que toda la vegetación entre la quinta y el pinar había crecido extraordinariamente.

El tejadillo del pozo asomaba apenas por entre un macizo de hierbas que no tendría menos de ocho pies de alto, y la enredadera se enroscaba al rededor de la chimenea avanzando hacia la altura sus fuertes y amenazadores zarcillos.

Sus flores eran vivamente amarillas, y á una milla de distancia, desde la colina, se distinguía algo así como manchas esparcidas por el oscuro verde de las hojas. Un hermoso tallo se había medido por entre los alambres del gran gallinero en que se verificaron los primeros misterios vitales de la heracleoforbía IV, y algunos zarcillos se habían abrazado al tronco de los pinos que estaban próximos.

Las ortigas eran también gigantescas, casi cubrían el techado del sitio donde Skinner solía aprear el carro.

Cuando los expedicionarios llegaron á la granja, el golpe de vista que ofrecían no dejaba de ser curioso: parecían una invasión de pigmeos asaltando una casa de muñecas olvidada en el rincón de un gran jardín.

Cossar y los suyos vieron el incansable ir y venir de los terribles insectos, desde la granja al avispero y desde el avispero á la granja. Una multitud de formas negras se entrecruzaban en el aire por encima del montecillo que se levantaba enfrente, á la salida del pinar, y á una de las avispas se la vió diferentes veces elevarse con rapidez increíble y caer con la misma rapidez sobre alguna cosa que no se distinguía desde el lugar en que se hallaban los observadores.

El zumbido de los insectos llegó á hacerse perceptible á más de media milla de la granja experimental. Una vez, uno de aquellos monstruos amarillos, se dirigió hacia los atrevidos cazadores de ratas, y se quedó zumbando, suspendido en el aire, y como observándolos; pero un disparo de Cossar, cuya bala no acertó á darle, le hizo retirarse. Hacia la derecha había otras cuantas avispas sobre unos huesos, probablemente restos del cordero que se habían llevado las ratas. Los caballos demostraron intranquilidad al aproximarse á los terribles animales; y como ninguno de los expedicionarios sabía guiar, hubo que poner un hombre al lado de cada caballo para poder adelantar algún camino.

Al acercarse á la casa, no vieron ni siquiera rastro de ratas. El edificio permanecía silencioso: todo estaba allí tranquilo, y sólo se oía, más ó me-

nos intenso, el murmullo que producía el zumbido de las avispas.

Metieron los caballos en el patio de la quinta; y uno de los criados de Cossar, que había visto abierta la puerta de la casa, entró resueltamente por ella.

Como todos se hallaban ocupados con los barriles de parafina, nadie notó la falta del atrevido y sólo se dieron cuenta de ella al oír dos disparos de fusil y el silbido de las balas.

Una de éstas atravesó la cubeta del azufre, astillándola en parte y esparciendo el polvo por el aire, Redwood, que tenía su escopeta preparada, disparó sobre una cosa de color gris que le pasó rozando. Al disparar vió un lomo ancho y peludo, un rabo largo y pelado, y las patas traseras de una enorme rata. Volvió á disparar, y notó que Bensington caía al suelo al doblar la rata el ángulo del edificio.

Tal fué el primer *encuentro*. Luego, prepararon todos sus fusiles; y durante tres horas ó más, arriesgaron valientemente su vida en la granja experimental, en la cual se sucedieron los disparos.

Redwood, sin hacer caso de Bensington, continuó la persecución, hasta que le hizo caer al suelo una verdadera lluvia de ladrillos, cemento y pedazos de madera podrida que hizo saltar una de sus balas al incrustarse en la pared. El sabio

se encontró sentado en el suelo, con la boca y las manos ensangrentadas y envuelto en el más imponente silencio.

Una voz gritó desde el interior de la casa:

—¡Quietos!...

—¿Qué hay? — preguntó Redwood.

—¡Por aquí! — volvió á gritar la voz.

Y luego añadió:

—¿La han cogido ustedes?

El sentimiento de la amistad se despertó momentáneamente en Redwood.

—¡Cómo! — exclamó. — ¿Está usted herido Bensington?

—A nadie debe culparse que no lo esté — respondió tristemente la misma voz.

Redwood comprendió que él había sido culpable; se olvidó de sus propias heridas y corrió á ayudar á su amigo, á quien encontró sentado en tierra y cargando tranquilamente su fusil.

Bensington exclamó:

—¡Buenas balas le hemos metido en el cuerpo, Redwood! El bicho saltó por encima de mí, atropellándome; pero ya le había yo descargado los dos cañones de mi escopeta.

El criado de Cossar, que se hallaba aún en el interior de la casa, apareció entonces diciendo:

—Yo le acerté dos veces, una en el pecho y otra en el costado.

—¿En dónde están los carros?—preguntó Cos-

sar, apareciendo por entre el espeso follaje que formaba la enredadera.

Pudo verse entonces, con gran admiración de Redwood, que no había ningún herido y que los carros se habían alejado más de cincuenta metros y estaban con las ruedas atascadas entre las matas enormes y las ramas de la enredadera que se extendían por toda la huerta de Skinner.

Los caballos habían dejado de piafar: á mitad de camino, en dirección á ellos, veíase la cubeta del azufre, rota y envuelta en el polvo amarillo que despedía. Redwood se la indicaba á Cossar, en tanto que éste preguntaba á gritos:

—¿Ha visto alguno de ustedes esa rata?

El criado contestó diciendo que él le había metido una bala en el costado y otra en la cabeza.

Mientras que casi todos se ocupaban en desatascar los carros, se acercaron dos hombres, uno de los cuales aseguró que él había dado muerte á la rata.

—¿La han cogido? — preguntó Cossar.

—Jim Bates dió con ella detrás de la empalizada, y yo la herí cuando dobló la esquina.

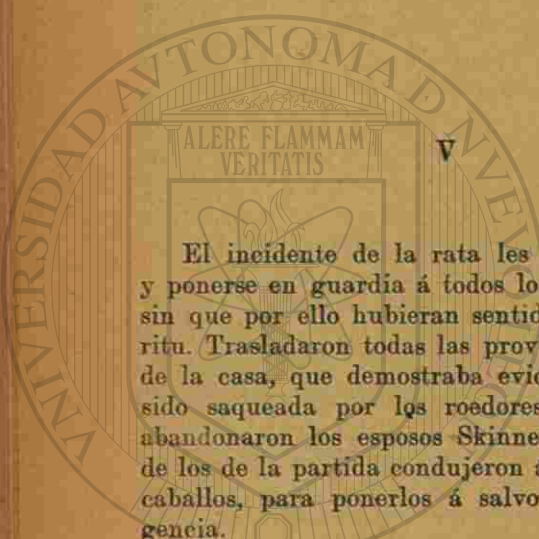
En cuanto se normalizó todo un poco y se tranquilizaron los ánimos, Redwood se fué á examinar el cuerpo del enorme roedor. El animal yacía de costado: sus largos dientes que sobresalían mucho de la mandíbula inferior, evidenciaban que el roedor estaba exánime: éste había perdido su

ferocidad y estaba íntegro: únicamente se veían en él dos agujeros redondos en cada lado del cuello causados por las balas.

Redwood reflexionó un rato contemplando la rata, y luego dijo:

—No hay duda de que han debido ser dos. Sí, no me cabe duda, y la que estos dicen, ha debido escapar... Tengo la seguridad de que mi bala fué la que dió con el animal en tierra.

Uno de los zarcillos de la enredadera, impelido por la fuerza misteriosa que impulsa á esta planta á buscar apoyo en todas partes, se inclinó suavemente sobre Redwood como queriendo ceñirse al cuello, lo que, notado por el sabio, le hizo retroceder instintivamente. Entretanto, el monotonó y terrible zumbar de las avispas seguía oyéndose y llenaba los espacios.



El incidente de la rata les hizo abrir el ojo y ponerse en guardia á todos los expedicionarios, sin que por ello hubieran sentido decaer su espíritu. Trasladaron todas las provisiones al interior de la casa, que demostraba evidentemente haber sido saqueada por los roedores después que la abandonaron los esposos Skinner, y dos hombres de los de la partida condujeron á Hickleybrow los caballos, para ponerlos á salvo de toda contingencia.

Arrastraron luego la rata muerta hasta el interior de la valla, y la dejaron en sitio que pudiera observarse desde el interior del edificio.

Pero al verificar esto, descubrieron una multitud de gigantescos cien-pies, que se dispersaron rápidamente, no sin que Cossar, destructor infatigable de la obra de Bensington, consiguiera matar algunos con sus botas y con la culata del fusil.

La enredadera pagó también su tributo á la destrucción: dos de los criados cortaron algunos de sus principales tallos, que eran cilindros enor-

mes, de dos pies de diámetro, y que obstruían gran parte de la granja.

En tanto que Cossar disponía la casa para que les sirviera de cuartel general, Bensington, Redwood y uno de sus ayudantes reconocieron cuidadosamente el gallinero y otras dependencias, buscando los agujeros de las ratas. Flanquearon con gran cautela las ortigas gigantes, que los amenazaban á cada paso con sus pinchos de una pulgada de longitud, y atravesaron después la empalizada, deshecha y roída, detrás de la cual se vieron sorprendidos por la enorme y negra boca de una madriguera, situada hacia el Oeste. Era una cavidad profunda y mal oliente, ante la que todos se colocaron formando un apretado cordón.

Redwood, mirando hacia el tejadillo del pozo, dijo:

—Confío en que saldrán...

—¿Y si no salen? — preguntó Bensington.

—Saldrán — contestó rotundamente Redwood.

Ambos quedaron silenciosos, meditabundos.

Luego dijo Redwood sentenciosamente:

—Tendremos que procurarnos una luz si hemos de penetrar en esa boca de lobo.

Los dos sabios y el ayudante tomaron por un sendero cubierto de blanca y menuda arena, y atravesaron el pinar; pero detuvieron sus pasos al ver de cerca los avisperos.

El sol se hundía ya por detrás del lejano mon-

tecillo, y su luz, bañando las alas de los insectos, parecía rodear de nimbos movibles los cuerpos de aquellos terribles monstruos, que ya se retiraban á sus celdas.

Los tres observadores contemplaban, ocultos detrás de corpulentos árboles, la retirada de los enjambres; y vieron cómo las avispas bajaban al suelo, recorrían pausadamente un pedazo de tierra y desaparecían.

Redwood hizo una seña á sus compañeros.

—Ahora, por unas cuantas horas — dijo, — permanecerán silenciosas en sus celdas... Parece un sueño: ¡es como si hubiéramos vuelto de un salto á la niñez!...

Después continuó diciendo, siempre pensativo:

—No debemos abandonar esos agujeros aunque la noche sea muy oscura. Pero la luz... ¡necesitamos la luz!...

—Esta noche será luna llena — observó el ayudante.

Volvieron á la granja para consultar con Cosar. El jefe de la partida opinó que se debía llevar á los avisperos el azufre, el nitrógeno y el yeso antes de que amaneciera.

Después de las disposiciones oportunas y de los gritos consiguientes para ordenar el transporte, no se volvió á hablar una palabra; y como el zumbido de las avispas iba ya debilitándose, el silencio no era interrumpido más que por las pisa-

das, por la fatigosa respiración de los hombres cargados y por el sordo ruido de los sacos al caer en tierra.

Todos trabajaban alternativamente en aquella tarea, menos Bensington, para quien resultaba demasiado pesada; éste se apostó, armado de un fusil, en el dormitorio de los Skinner, para vigilar desde allí la rata muerta.

Todos turnaban en llevar sacos de yeso y azufre y guardar las bocas de las madrigueras situadas detrás de los macizos de ortigas. Las antenas de las flores de aquella planta, próximas á verificar la misteriosa fecundación, abrían su envoltura descubriendo y lanzando el pólen; y la silenciosa quietud del lugar, era á menudo, interrumpida por el estallar de las antenas, que desparramaban ruidosamente los granos prolíficos, del tamaño de perdigones.

Bensington estaba sentado junto á la ventana en un duro sillón de crin, cubierto por una funda, el cual había dado cierto sello de distinción á la habitación de los Skinner durante muchos años.

El fusil descansaba contra el marco de la ventana, y los ojos de Bensington observaban ora el obscuro bulto de la rata muerta, ora los alrededores de la granja, sumiendo al sabio, según lo que veían, en curiosas y variadas meditaciones.

Fuera de la casa se percibía un fuerte olor á parafina, que provenía de un barril abierto, olor

que se mezclaba con otro menos desagradable, viniendo de los tallos machacados de la enredadera.

De vez en cuando, volvía Bensington la cabeza hacia el interior del dormitorio, y entonces, los distintos y penetrantes olores de la cerveza, el queso, las manzanas podridas y el calzado viejo de los antiguos colonos, traían á la memoria del sabio el recuerdo de los desaparecidos Skinner.

Una vez se quedó mirando por algún tiempo el dormitorio, cuyos muebles estaban en completo desorden, tal vez á causa de alguna rata rebuscadora, pero una chaqueta colgada de una percha, una navaja de afeitar, algunos pedazos de papel y una pastilla de jabón, más dura que la piedra por falta de uso, atestiguaban la personalidad característica de Skinner.

En el pensamiento de Bensington se fijó de nuevo la idea de que el guarda había sido muerto y devorado por aquel monstruo que se esfumaba allá abajo en la obscuridad del crepúsculo que ya desaparecía. ¡Y pensar que un sencillo descubrimiento físico era la causa de tal trastorno! Cierto es que él se encontraba allí en su amada Inglaterra, pero ¡qué demonio! también se encontraba en grave riesgo, con un fusil en la mano y en una casa semiarruinada, desagradable y sin comodidad alguna, y entonces se dió la cuenta de cómo se había trastornado el orden del universo para

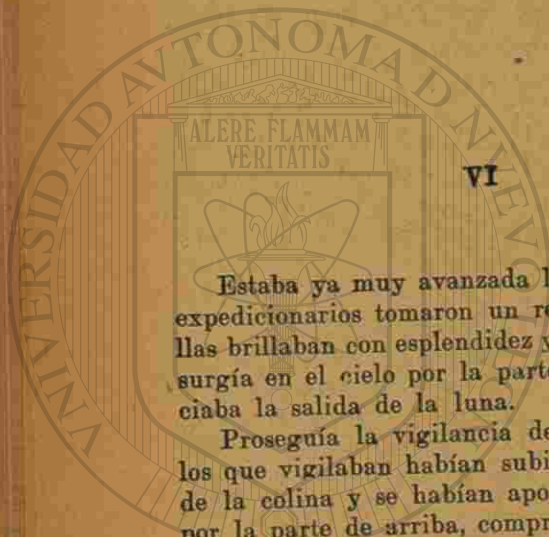
él. Había hecho las pruebas de su descubrimiento *sin decir de ello una palabra á su prima Juana*. ¿Qué pensaría ella de él?

Bensington trató de adivinar el estado de ánimo de su prima, y desistió de ello. Presentía, sin embargo, que estaba separado de ella para siempre; que no volverían á verse más. Comprendió que había dado un paso extraordinario, anómalo, y entrado en un mundo inmenso y totalmente nuevo. ¿Qué otros monstruos esconderían aquellas sombras tan densas y tan profundas?

Los aguzados y negros pinchos de las ortigas se elevaban y dibujaban en el cielo: todo permanecía en silencio y Bensington se extrañaba de no oír las voces ni los pasos de sus compañeros al doblar la esquina de la casa. La sombra del tejadillo, bajo el cual estaban los carros, se ennegrecía con negruras de abismo.

Tres detonaciones hicieron vibrar de pronto el aire: luego se oyó un grito. Bensington sacó el cuerpo fuera de la ventana. Sonó un cuarto disparo: por fin, tras un corto silencio, vió surgir de la obscuridad dos hombres y oyó gritar á Redwood:

— ¡Ya tenemos otra rata, Bensington: ya está en el saco!



Estaba ya muy avanzada la noche cuando los expedicionarios tomaron un refrigerio. Las estrellas brillaban con esplendor y cierta claridad que surgía en el cielo por la parte de Oriente, anunciaba la salida de la luna.

Proseguía la vigilancia de los agujeros, pero los que vigilaban habían subido por la pendiente de la colina y se habían apostado cerca de ellos por la parte de arriba, comprendiendo que aquel era el mejor sitio para poder disparar.

Acurrucáronse sobre la hierba echando algunos tragos de whisky en tanto que Cossar, Redwood y Bensington se hallaban en la casa discutiendo acerca de lo que convenía hacer.

La luna apareció á eso de la media noche, y tan pronto como alumbró valles y colinas, todos, excepto los que acechaban los agujeros, se marcharon hacia el avispero dirigidos por Cossar.

Fácil, facilísima era la recorrida del camino; pero aunque facilísima, resultaba peligrosa, aunque no mucho más que tratándose de un avispero

común. No hay duda de que existía peligro y hasta peligro de muerte.

Esparcieron, al llegar, el azufre y el salitre, atiborrando los agujeros, y haciendo después largos regueros, las prendieron fuego, y echaron á correr todos, menos Cossar, pasando por entre los pinos, huyendo del peligro instintivamente; pero al observar que su jefe no les seguía, se detuvieron á cien metros de distancia en una quebrada del terreno que les brindó protección.

Durante uno ó dos minutos interrumpió la calma de la noche un zumbido sordo, que llegó á hacerse agudo y penetrante como un rugido, pero que fué bajando de tono progresivamente hasta extinguirse por completo y quedar todo en silencio nuevamente.

Bensington dijo á media voz:

Renació la tranquilidad en los ánimos.

—¡Se acabó!

La cumbre de la colina, por encima de los arbustos que formaban las copas de los pinos con su sombra, brillaba como de día pero con blanca plateada.

El yeso de los agujeros blanqueaba igualmente á los rayos de la luna.

Cossar se unió entonces á la partida con paso tranquilo, y dijo:

—Hasta este momento...

Le interrumpió una detonación.

El disparo había sido hecho cerca de la casa.
—¿Qué será eso? — preguntó Bensington preocupado.

—Alguna rata que habrá asomado la cabeza por alguna parte — dijo un ayudante.

—¡Y nosotros que hemos dejado los fusiles allá arriba! — exclamó Redwood.

—Sí, con los sacos.

Todos subieron de nuevo á la colina. Bensington iba diciendo para sí:

—Deben de ser las ratas...

—¡Qué duda cabe! — respondió Cossar royéndose las uñas.

Se oyó otro disparo.

—¡Hola, hola! ¡Parece que menudean! — dijo uno de la partida.

De pronto se oyó un chillido, al cual siguieron dos detonaciones más, luego, otro chillido, un alarido terrible y tres disparos; después el ruido especial que hace la madera que se raja. Entonces se observó alguna confusión hacia la parte de las madrigueras, é inmediatamente se oyó otro aullido salvaje.

Todos corrieron á buscar sus armas: sonaron aún otros disparos.

Bensington se encontró en el pinar con un fusil en las manos, después de haber titubeado mucho y de haber querido retroceder varias veces. Es verdaderamente curioso que el pensamiento

más saliente del insigne químico fuera en aquel instante su prima Juana y su deseo más ardiente que la prima Juana le pudiera ver en aquella situación. Los deformes pies del sabio, encerrados en sus singulares botas acuchilladas, volaban, más bien que corrían, dando pasos descomunales, y su rostro iba descompuesto por una mueca extraña, que le remangaba la nariz pero le mantenía en su sitio los espejuelos. Llevaba la escopeta en el seguro, pero con el dedo puesto en el gatillo y presentando el arma recta.

Uno de los ayudantes que habían quedado de guardia en las madrigueras, salió huyendo y se incorporó al grueso de la partida.

—¡Hola! — dijo Cossar, cogiéndole por un brazo. — ¿Qué pasa? ¿Qué ha sido eso?

—Que salen muchas á la vez — respondió el hombre.

—¿Ratas?

—Sí, han salido lo menos seis...

—Y Flack, ¿dónde está?

—Abajo.

—¿Qué dice? — preguntó Bensington, que llegaba jadeante; pero no le hicieron caso.

—¿Está abajo Flack? — preguntó Cossar.

—Sí, se ha caído... Salen muchas ratas, una tras otra.

—¿Cómo? — interrumpió Bensington.

—Y atacan con ímpetu — siguió diciendo el

ayudante.—Yo he disparado dos veces la escopeta.

—Pero, ¿has abandonado á Flack?

—Es que nos perseguían las ratas...

—Ven — dijo secamente Cossar, — ven con nosotros y llévanos adonde está Flack.

Todos echaron á andar hacia las madrigueras. Por el camino dió el hombre más detalles acerca del terrible encuentro, y toda la partida se agrupó ansiosa á su alrededor, excepto Cossar, que era el guía.

—¿Adónde están?

—Allá detrás, en sus cuevas... Yo corri... ¡Nos atacaron furiosamente!...

—¿Qué quieres decir? ¿Las seguiste?

—Bajamos á las cuevas... Las vimos salir y les cortamos el paso... Anduvieron de un lado para otro, como conejos... Cuando disparamos, se pusieron furiosas y nos atacaron... Entonces huimos...

—¿Cuántas eran?

—Seis ó siete.

Cossar condujo á los expedicionarios hasta el ángulo del pinar y allí se detuvo.

—¿Cree usted que atacaron á Flack? — preguntó uno de la partida.

—Sí, una de ellas le atacó.

—¿Cómo había de disparar? No podía...

—¿Estamos todos preparados? — preguntó Cossar.

Un significativo y general movimiento le dió á entender que sí.

—Pero Flack... — dijo uno.

—¿Cree usted que Flack?... — añadió otro.

—Tenemos que buscarle — agregó Redwood.

—No hay tiempo que perder — dijo Cossar.

Y luego, poniéndose de nuevo en marcha, gritó:

—¡Flack!...

La partida, guiada por su jefe, avanzó hacia las madrigueras, quedándose un poco retrasado el compañero de Flack. Atravesaron el espacio entre el pinar y el jardín de la casa, cubierto de enormes hierbas, y bordearon el cuerpo de la segunda rata muerta. Marchaban en línea dispuestos al ataque, apuntando silenciosamente para disparar sin perder momento, encorvados, haciendo á la luz de la luna la más extraña figura del mundo. A los pocos pasos encontraron el fusil del fugitivo.

—¡Flack! — gritó Cossar. — ¡Flack!

—Por allí corría, junto á las ortigas, cuando cayó — dijo el compañero del desaparecido.

—¿En dónde? — preguntó Cossar.

—Por aquí, por aquí...

—Pero ¿en dónde cayó?

El hombre vaciló un momento; luego anduvo á través de la obscuridad un corto espacio, y añadió volviéndose:

—Me parece que fué aquí...

—Sí... Pero aquí no se vé nada...

—Ni siquiera el fusil — dijo una voz.

—Deben de haberlo arastrado á las madrigueras.

—Pero ¿y el fusil?

Cossar soltó un taco.

—¿Es posible que todo haya desaparecido? — dijo.

Luego adelantó hacia el montecillo que ocultaba las bocas de las madrigueras, y se detuvo, soltando otro taco aún más enérgico, que revelaba el estado de su ánimo.

—¿Sí le habrán arrastrado hasta el interior de las madrigueras?

Todos quedaron pensativos por algunos instantes. Los espejuelos de Bensington brillaban como diamantes, y parecían estar dotados de una movilidad extraordinaria. Los rostros de los expedicionarios se hundían unas veces en la sombra, ó aparecían fuertemente iluminados otras, cuando se volvían hacia la luna. Todos hablaban, pero en frases cortadas é incoherentes, asaltados por ideas y preocupaciones nuevas que no salían completas de sus labios.

Cossar recobró repentinamente su actividad: movía nerviosamente las piernas, iba y venía, y daba órdenes secas, terminantes.

—Se necesitan luces... ¡A ver!... ¡Luces!...

Todos se dirigieron á la casa, excepto Cossar. También eran necesarios los farolillos de los

carros, que podían prestar un servicio excelente.

Bensington aprovechó aquella orden y tomó el sendero que conducía al pozo. A los pocos pasos, volvió la cabeza y vió la gigantesca figura de Cossar en actitud pensativa hacia el lado de las madrigueras. Bensington se detuvo, medio vuelto, contemplando con admiración al animoso ingeniero: todos se habían separado de éste, pero hay que advertir que él solo se bastaba para cuidar de su persona.

De pronto, vió Bensington algo que le hizo exhalar un grito: tres ratas habían salido de entre las enormes hojas de la enredadera y se dirigían hacia Cossar. Este permaneció inmóvil y descuidado durante tres segundos. Pero, de repente, le vió Bensington moverse con una rapidez increíble: no disparó su fusil, pues por lo visto ni había tenido tiempo de apuntar, ni aún de pensar en ello; pero el químico, que le observaba sin perder uno sólo de sus movimientos, vió que asía el arma por el cañón, que la levantaba en alto, y que con la culata descargaba un vigoroso golpe sobre la cabeza del monstruo, que cayó patas arriba.

La silueta de Cossar desapareció un instante entre las matas; luego surgió de nuevo y corrió hacia otro de los monstruos, enarbolando el terrible fusil. Un grito débil llegó á oídos de Bensington.

ton, y vió que las dos ratas que quedaron, se precipitaron como flechas hacia los agujeros.

La lucha se había desarrollado en esa penumbra indecisa que envuelve los objetos sin determinarlos; así es que las tres ratas, exageradas en su tamaño por la engañosa claridad de la luz, parecían monstruos inmensos, y Cossar, que á veces no se podía distinguir, aparecía entonces de colosal corpulencia. Los roedores, ora daban saltos terribles, ora corrían con velocidad inconcebible, como si estuvieran provistos de ruedas.

Todo aquello pasó en medio minuto, sin que nadie, excepto el asombrado Bensington, lo viera: los otros seguían andando en dirección á la casa. El sabio, después de unos segundos de indecisión, se lanzó hacia el ingeniero, en el momento mismo en que las ratas desaparecían.

Bensington llegó hasta las madrigueras. A la luz de la luna pudo ver que el rostro de Cossar, acusaba una completa calma.

— ¡Hola! — dijo el ingeniero. — ¿Ya de vuelta? ¿Adónde están las luces? Ahora han entrado las ratas en sus agujeros. A una le he deshecho la cabeza al pasar por mi lado: véala usted, ahí está...

Y señalaba una masa negra con su largo y huesudo índice.

Bensington le miraba absorto al oírle hablar con aquella tranquilidad.

A ambos les pareció que las luces tardaban un siglo en llegar. Por fin, aparecieron hasta tres, una detrás de otra, seguidas de unas figurillas pequeñas de hombres y de unas sombras inmensas. El grupo parecía algo que se inflamaba en el fantástico panorama alumbrado por la luna.

Los que llegaron iban diciendo:

— ¡Flack!... ¡Flack!...

La figura de Cossar parecía que se agigantaba por momentos y la admiración de todos llegó al colmo cuando vieron desaparecer las botas del ingeniero por la negra boca de la madriguera central.

Cossar se metió á gatas por el agujero, llevando á rastras dos fusiles, uno á cada lado, que pendíanle del cuello: seguía su más fiel ayudante, encorvado y levantando un farol por encima de la cabeza. Parecían seres de algún cuento fantástico ó de algún sueño maravilloso.

Arriesgadísima era la empresa, pero de éxito infalible según Cossar. En tanto que las ratas no se presentaran de frente, no había que temer nada, y si se presentaban buscando la salida del agujero, denunciaría á distancia su presencia el brillo de sus ojos, y Cossar podría colocar con seguridad una bala entre ojo y ojo dejando muerto á su enemigo.

Podría ocurrir que Cossar errase el tiro y que las ratas se le echaran encima, pero el ingeniero

se desentendió de aquella observación é insistió enérgicamente en realizar su proyecto diciendo que el procedimiento podía ser algo molesto pero que era de resultado seguro.

Bensington observó que cuando el ayudante se metió en el agujero detrás de Cossar, llevaba liada una cuerda en el cuello, y supuso que fuese para extraer de la cueva las ratas que se mataran: vió que también llevaba en una mano el sombrero de seda de Cossar. ¿Para qué lo llevaba? ¿Quién sabe! Quizá para recordarle algo, cualquier cosa...

En las bocas de las cuevas contiguas se apostaron grupos de cazadores, cada uno con su farol proyectando su luz sobre las madrigueras. Los que formaban dichos grupos se pusieron de rodillas apuntando á la entrada de los agujeros, dispuestos á disparar.

Los segundos parecían horas en aquella situación: de pronto se oyó un trueno sordo, profundo, como la explosión de una mina. Cossar había roto las hostilidades y los nervios de todos se pusieron rígidos.

Oyéronse otras dos detonaciones.

Las ratas habían intentado una salida, pero dos de ellas habían caído á la acertada puntería de Cossar. Momentos después, el ayudante que seguía al ingeniero tiraba de la cuerda.

—Han muerto alguna — dijo Bensington, — y por eso tiran de la cuerda.

Esta iba entrando poco á poco y desapareciendo por el agujero cual si, animándose de pronto, se hubiera convertido en monstruosa serpiente, hasta que, al fin, se detuvo.

Y al extraño movimiento de la cuerda sucedió una larga pausa.

Luego surgió del fondo de la madriguera algo que le pareció á Bensington un monstruo quimérico, y que cuando pudo distinguírsele bien resultó ser el ayudante de Cossar, que salía de espaldas. Tras él, y formando en la tierra profundos surcos, aparecieron las botas del ingeniero, y, por fin, éste salió también al aire libre.

Sólo una de las ratas quedaba viva; y esta infeliz, condenada á sufrir la misma suerte que sus compañeras se agazapó en el más oculto rincón de la madriguera, y allí se mantuvo hasta que Cossar, el hombre-hurón, volvió á internarse en la cueva y dió fin del monstruo, no saliendo hasta estar seguro de que había acabado con los terribles huéspedes de la granja.

—Esto se ha concluido — dijo al más próximo de sus aterrados compañeros. — Se acabó... Y si no hubiera tenido la cabeza llena de barro, bien sabe Dios que me habría desnudado hasta la cintura... Porque, toque usted, Bensington, cómo me cala el sudor toda la ropa... Sólo un buen trago de whisky me puede preservar ahora de un enfriamiento...

Aquella maravillosa noche, hubo momentos en que Bensington se creyó destinado por la Naturaleza á una vida de aventuras fantásticas; sobre todo, una hora después de haberse echado al colete una regular cantidad de whisky.

— Hay que irse preparando para volver á Sloane Street — dijo confidencialmente al corpulento, distinguido y sucio ingeniero.

— ¿Quiere usted volver allá, eh?

— ¡Oh! No es que tenga ningún miedo — respondió el sabio, aunque al mismo tiempo movió la cabeza de un modo muy raro y particular.

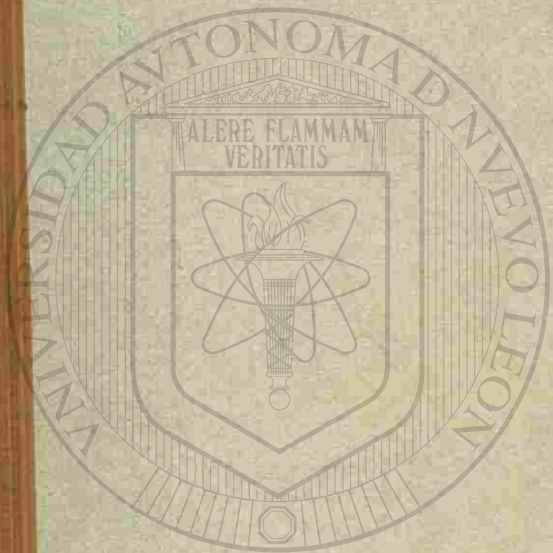
La tarea de arrastrar las siete ratas muertas hacia la hoguera donde debían desaparecer los restos de tan dañinos animales, fué muy pesada. Bensington sudaba á chorros y Cossar le dijo inmediatamente que el whisky era lo único que podía salvarle, como á él, de un enfriamiento peligroso, casi inevitable.

Luego cenaron los valientes cazadores de ratas. Aquello pareció una cena de bandidos, devorada junto al viejo hogar de ladrillo en que habían mantenido sus discusiones los honrados Skinner. Las ratas colocadas en línea, aguardaban la ejecución de la sentencia ó sea el auto de fe.

Aun no había pasado media hora, y ya Cossar estaba en pie, dando órdenes y recomendando la mayor actividad para lo que todavía quedaba por hacer.



Cacería de ratas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

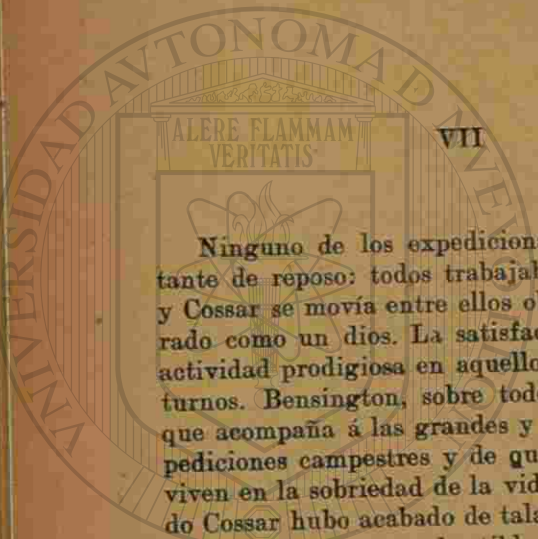
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Nada, nada — decía, hay que limpiar y asegurar todo esto, sin desorden, sin escándalo... ¿Estamos?

Y excitó luego á la destrucción de todo lo que pudiera perjudicar.

La partida reanudó sus trabajos. Cortaron y astillaron cuantas ramas de enredadera había en la casa; talaron todas las hierbas, matas arbustos en que se veían los efectos de la heracleofobia, y los amontonaron formando una pira digna de las ratas, cuyos cuerpos rociaron de parafina.

Bensington trabajaba como un pulcro y sencillo destripaterrones. A las dos de la madrugada se sentía de muy buen humor y con una maravillosa energía; tanto que, cuando en la obra de destrucción manejaba el hacha, todos procuraban apartarse de él y guarecerse en alguna parte. Poco después hubo de convertirse en un simple espectador, por la momentánea pérdida de sus gafas, que encontró, por último, en un bolsillo de su americana.



Ninguno de los expedicionarios tuvo un instante de reposo: todos trabajaban arduamente, y Cossar se movía entre ellos obedecido y considerado como un dios. La satisfacción igualaba á la actividad prodigiosa en aquellos trabajadores nocturnos. Bensington, sobre todo, sentía la delicia que acompaña á las grandes y bien ordenadas expediciones campestres y de que no gozan los que viven en la sobriedad de la vida sedentaria. Cuando Cossar hubo acabado de talar y arrojó el bacha para transportar combustible, el inventor de la heracleofobia iba de un lado para otro diciendo á todos que se habían portado como *excelentes camaradas*. Aún consiguió mantenerse firme por algún tiempo; pero, á la postre, se rindió á la fatiga.

Dispuesto ya todo, actuó la parafina. La luna, apagando su luz, con todo su cortejo de estrellas, brillaba débilmente en su punto más alto del firmamento. La aurora comenzaba á anunciarse en el horizonte.

—Quémenlo ustedes todo — dijo Cossar, —

quemem hasta el suelo, que quede bien limpio... ¿Estamos?

Bensington se alarmó al ver al ingeniero, tan delgado y ojeroso, á los débiles resplandores del día. En verdad que su aspecto era para producir alarma, pues aún aumentaba su lividez la tea que ardía en su mano.

—¡Fuera todo el mundo! — gritó una voz.

Bensington sintió que le cogían por un brazo y que le arrastraban.

De pronto, pobló el aire un tumultuoso chisporroteo: una llama roja y opaca comenzó á lamer la base de la inmensa pira; y luego, tomando tonos azulados, fué subiendo hoja por hoja y rama por rama hasta invadir las descomunales ortigas. El trino de los pájaros se mezcló un instante al chisporroteo de la leña.

Terminada su obra, los cazadores recobraron los fusiles que habían dejado en la cocina de Skinner, y se alejaron de la casa: Cossar los siguió poco después lenta y majestuosamente. Cuando estuvieron á cierta distancia, se detuvieron para ver desde allí la granja experimental. Todo crujía en aquel empírico laboratorio de Bensington: las llamas y el humo fluían de todas partes y se precipitaban por todos los huecos del edificio y por las hendiduras del tejado. Una gran columna de humo en cuyo centro flameaban rojas llamaradas y de las que partían chispas que parecían cohetes,

se elevaba á gran altura y semejaba á un gigante que se levantara de pronto desperezándose y levantando los brazos hasta las nubes. El incendio empalidecía los vagos resplandores del sol que empezaba á verse en el horizonte.

Los vecinos de Hickleybrow observaron la colosal humareda y corrieron á la cumbre de la colina, á medio vestir muchos de ellos, con objeto de recibir á los expedicionarios. La columna de humo se ensanchaba detrás de ellos como un hongo fantástico, retorciéndose en caprichosas espirales, subiéndolo siempre hacia el cielo y empujándolo todo.

Los autores de la hecatombe, á cuyo frente iba Cossar, iban hacia Hickleybrow por la senda que tantas veces había seguido Skinner: eran ocho figuras negras, fatigadas que cruzaban con lentitud el prado llevando los fusiles al hombro.

Cuando Bensington fijó su mirada en la granja creyó percibir en su cerebro el eco de aquella fórmula tan familiar para él.

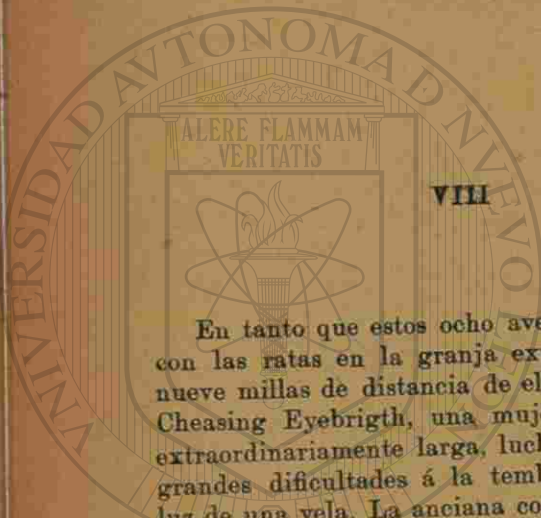
— ¿Ha encendido usted hoy? ¿ha encendido usted hoy?

Luego recordó los incendios formidables de la Roma antigua, y dijo para sí:

Hoy hemos encendido en Inglaterra una vela como ningún hombre la había encendido ni la encenderá — y siguió pensando.

¡Vaya un hombre el tal Cossar! Bensington lo

miraba por la espalda y sentía orgullo por haber tenido en su mano aquel extraño sombrero de seda del héroe. Sí, se sentía orgulloso, aunque él fuera un investigador eminente y el ingeniero no se dedicara á otra cosa que á la aplicación de las ciencias. Después cayó en la cuenta, el exclamado sabio, de que iba tiritando y bostezando de una manera horrible, y tuvo deseos de verse otra vez calentito entre las sábanas de aquella tranquila cama de Sloane Street. (Hay que advertir que aún no había vuelto á pensar en su prima Juana). Sus miembros por lo blandos, parecían hechos de algodón en rama y, en cambio, sus pies le parecían de plomo. Hubiera dado cualquier cosa porque alguien le hubiera obsequiado en Hickleybrow con una taza de café caliente... Hacía treinta y tres años que no había pasado una noche en claro.



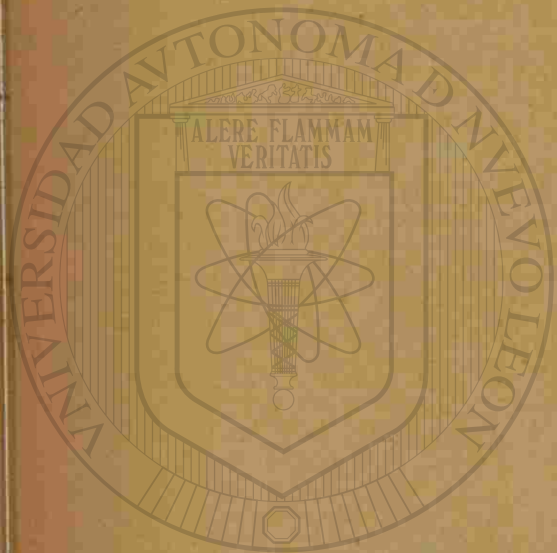
En tanto que estos ocho aventureros luchaban con las ratas en la granja experimental, allí, á nueve millas de distancia de ellos, en la aldea de Cheasing Eyebrighth, una mujer vieja, de nariz extraordinariamente larga, luchaba, á su vez con grandes dificultades á la temblorosa y oscilante luz de una vela. La anciana cogió con rígida mano una de esas herramientas que sirven para abrir latas de conservas, en tanto que con la otra oprimía una caja de heracleoforbia, caja que se había propuesto abrir aunque para conseguirlo tuviera que perder la vida. La vieja, infatigable, se esforzaba, gruñendo á cada esfuerzo que se veía obligada á hacer, mientras que á través de un ligero tabique, se dejaba oír la voz del niño de los Cad-dles.

—¡Bendita sea la pobreza del Arte! — exclamó la anciana, que no era otra que la mujer de Skinner, y mordiéndose el labio inferior con el

único diente que le quedaba, exclamó haciendo un esfuerzo decisivo:

—¡Arriba!

Y en el acto ¡Dios santo! un nuevo refuerzo del alimento de los dioses, extendió sus gigantescas fuerzas por el mundo.



CAPITULO CUARTO

LOS NIÑOS GIGANTES

I

Por algún tiempo tenían que dar señales de vida, con sus naturales consecuencias, los residuos que quedaron del foco en aquella famosa granja experimental que pereció á manos del ingeniero. La gran fuerza de la heracleofobia se manifestó en las matas, setas y hongos de los alrededores de la quinta; pero hemos de consignar, como leales narradores, que las dos gallinas que escaparon de la mantanza de Hickleybrow, quedaron solteronas por toda su vida, causando la admiración de todo el que las veía y viviendo en medio de una celebridad infecunda. A los lectores, que sin duda

están ansiosos de conocer detalles acerca de este asunto, les recomendamos con interés las colecciones de los periódicos de aquel tiempo, y muy especialmente del *Recording Angel*. Nosotros debemos atender exclusivamente al sabio Bensington, que fué la causa y el centro de todo aquel desbarajuste.

Nuestro sabio había vuelto á Londres para encontrarse hecho un hombre entero y ruidosamente célebre. Todo el mundo había modificado en una noche sus ideas respecto á él: la prima Juana lo sabía todo; el público lo sabía también todo; los periódicos lo sabían todo, y algo más.

Claro es que la primera entrevista con la prima Juana parece que debería ser terrible; pero no lo fué tanto como lo parecía. La buena mujer, tuvo al fin que deponer su intransigencia ante los hechos, y hubo de aceptar el alimento de los dioses como algo natural é incontestable. Sin abandonar su acostumbrada insolencia, vistió sus modales con cierta corrección y sirvió en lo sucesivo á Bensington por deber: desaprobaba como siempre, pero ya no prohibía. La fuga de Bensington — como ella la llamaba — la había conmovido mucho; de tal modo, que se empeñó en curar á Bensington de un catarro que el sabio no tenía, y de una fatiga que ya había olvidado aquél hacía mucho tiempo. Con tal motivo, la prima Juana le compró un traje interior de lana, muy higiénico,

un traje especial, de nueva especie, que en parte podía volverse del revés y en parte no; por lo cual, para un hombre distraído era tan difícil entrar en aquella ropa como entrar en sociedad. Pero Bensington, con su nueva é inesperada libertad de acción, siguió desenvolviendo su poderoso elemento de la historia humana, el alimento de los dioses.

El espíritu público, con su clásico instinto de selección, le había señalado como único responsable, motor y promovedor de la nueva maravilla. Las gentes no quisieron saber nada de Redwood, y dejaron que Cossar continuara su natural impulso hacia la obscuridad.

Antes de que Bensington pudiera percatarse de todas estas cosas, el público ya le había analizado y disecado mil veces: su calva, su color casi rojo y sus gafas de oro, habían llegado á ser del demonio de la nación. Jóvenes resueltos, provistos de hermosas máquinas fotográficas, invadían la tranquila morada del sabio, de vez en cuando, dejando las habitaciones llenas de humo denso é irrespirable, y corriendo luego á llenar los estantes de los almacenes y las columnas de los diarios con fotografías de Bensington de cuerpo entero, de Bensington con su americana número 2 y de Bensington con sus famosos zapatos acuchillados.

Otras personas de diferentes sexos y edades, entraban resueltamente á referirle cosas extrañas del maravilloso *boomfood* (así fué como le llamó

á la heracleofobia el *Punch* y así continuaron llamándola los demás periódicos), y luego salían á contar sus propias figuraciones como si fueran advertencias y dichos de Bensington.

El asunto se convirtió en una verdadera obsesión para el popular humorista Broadbeam. Este veía en la cosa algo maldito, que no podía comprender, y pretendía ingeniándose en hallar su lado ridículo, dar, un golpe mortal al descubrimiento haciendo que prorrumpiera en risa el respetable público. Andaba por los clubs mostrando su abrutada corpulencia y diciendo al primero que podía coger por las solapas de la levita:

—¿Sabe usted?... Estos hombres de ciencia no tienen chispa de gracia... ¡Es indudable que la ciencia matará el buen humor!

Los chistes que se le ocurrieron á Broadbeam á costa de Bensington llegaron á ser sangrientos.

Una agencia periodística envió al sabio un largo artículo de un semanario, cuyo artículo se titulaba *Un nuevo terror*, y junto con él una carta en que se le ofrecía un centenar de ejemplares por cinco duros. Bensington recibió hasta la visita de dos encantadoras jóvenes, las cuales, después de tomar té en su compañía, con indecible indignación de la prima Juana, le enviaron sus álbums para que los firmara. El gran químico, no tardó en acostumbrarse á ver escrito su nombre en todas partes y discutido el *boomfood* del modo

más absurdo, y tuvo que resignarse á leer multitud de artículos, cuyos autores, completamente desconocidos para él, suponían ser de la intimidad del sabio, quien tuvo que sepultar en su pecho las ilusiones que había concebido respecto á la fama, en lo que esta tenía de agradable, ilusiones que había acariciado en su época de obscuridad. En el espíritu público no asomó, en los comienzos, ni el menor síntoma de hostilidad, excepción hecha del humorista Broadbeam. Hasta pareció chistoso que se pudiera escapar otro poco de heracleofobia, pero á nadie se le había ocurrido que aquel grupo de *bebés* desarrollados que empezaba á manifestarse, creciera del modo que debía esperarse del alimento de los dioses.

Lo que más divertía al público después de una discusión ó de un artículo tratando del *boomfood*, era una serie de caricaturas políticas, y, puesto que el alimento tenía tanta fuerza, todos hubieran querido ver nutrir con el *boomfood* el tesoro nacional y algunas exposiciones, á la manera que se habían nutrido las avispas muertas y las gallinas supervivientes; todo lo demás le tenía sin cuidado al público: para que le interesara, era necesario hacerle fijar la atención en las remotas consecuencias del hecho, y aun así, su entusiasmo no pasaba de cierto punto. El público, como todo el mundo sabe, es un glotón de novedades, pero es voluble y se cansa pronto de lo nuevo, va en

busca de lo novísimo y desea nuevas cosas en que saciar su insaciable curiosidad.

Entre el público había, sin embargo, dos personas que veían más lejos que los demás y que se asustaban de las consecuencias que pudieran derivarse de aquella revolución. Una de aquellas personas era el joven Calerham, primo del conde de Pewterstone y uno de los políticos de más porvenir, quien á riesgo de pasar por cándido publicó en el *Nineteenth Century and After* un artículo extenso, en el cual proponía la total supresión del *boomfood*. La otra persona era Bensington, que á veces le decía á Cossar:

— Parece que aun no se han dado cuenta exacta...

— No, no se la dan — contestaba maquinalmente el ingeniero.

— ¿Acaso nos la damos nosotros? ¡Cuando pienso en lo que esto significa!... Ese chiquitín de Redwood y los tres de usted... ¡Vamos, es cosa terrible pensar que lleguen á crecer hasta tener cuarenta pies de estatura! ¿Cree usted que debemos seguir adelante?

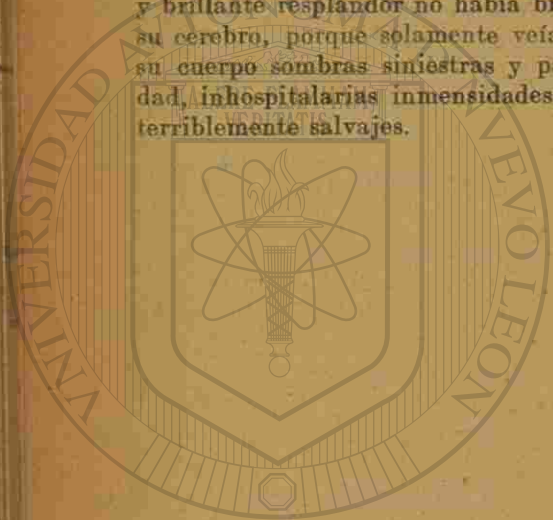
— Sí, adelante, hasta el fin — gritó Cossar como no lo había hecho nunca. — ¿Pues qué? ¿Acaso hemos venido al mundo para ser holgazanes? ¡Adelante! Los resultados son serios, enormes é indiscutibles. ¡Querer destruir el gran éxito de la vida de usted! ¡Eso sería perverso, sería inicuo!

Bensington seguía trabajando en su laboratorio, menos por propia voluntad que por excitación ajena. Era de carácter pacífico. Verdad que se trataba de un descubrimiento maravilloso, pero...

Bensington había adquirido varias pequeñas posesiones cerca de Hickleybrow á razón de noventa libras esterlinas la hectárea, y esta era la única ventaja seria que había deducido de sus especulaciones químicas: por lo demás se había hecho famoso, muy famoso, y el serlo significa algo que está muy por encima de muchas satisfacciones.

La costumbre de la investigación había arraigado en él con fuerza, y eran muy raros los instantes en que otra cosa que dicha costumbre lo impulsara al trabajo. Aquel hombre, de corta estatura, con sus gafas montadas en oro y sus rotos zapatos de paño, sentado en su sillón y colocando las pesas con lentitud en los platillos de una balanza, sentía á veces en su cerebro el centelleo de sus visiones de adolescente; veía con fugaz claridad resurgir la semilla depositada en su mente en aquellos lejanos tiempos, y veía también, como si fuera en el cielo y á través de las grotescas figuras del tiempo presente, un mundo futuro de gigantes, con todas las cosas gigantes que el porvenir guardaba escondidas, pero vagas y espléndidas como esos magníficos palacios que se columbran á lo lejos bañados por un brillante rayo

de sol. Y se figuraban entonces que aquel lejano y brillante resplandor no había brillado nunca en su cerebro, porque solamente veía cernerse sobre su cuerpo sombras siniestras y pavorosa obscuridad, inhospitalarias inmensidades y objetos fríos, terriblemente salvajes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Entre tan complejas y tan confusas ocurrencias como envolvieron la vida del sabio, sobresalió una figura notable que llegó á ser algo así como el movimiento director de todas esas exterioridades á los ojos de Bensington: aquella figura fué el doctor Winkles, aquel que sirvió á Redwood de instrumento para propinar á su hijo el celebrado alimento de los dioses.

Era evidente que, mucho antes de estallar la revolución heracleoforbiana, Winkles había sentido ya un grandísimo interés por los polvos que Redwood le diera, y euando las fenomenales avispas empezaron á llamar la atención y á producir el terror público, el joven doctor comprendió la realidad, pues era hombre cuyos méritos y brillante porvenir se reflejaban en su aspecto, en sus costumbres y en la moral de sus actos. Winkles era alto, rubio y de ojos claros y penetrantes; tenía las facciones regulares y musculosas, llevaba la cara afeitada, andaba derecho como un huso, y

evidenciaba en sus actos una energía nada vulgar. Usaba larga levita, corbata negra y gruesa cadena de oro, las cuales, con el sombrero de seda, le daban aspecto de verdadero sabio, de sabio más profundo que los demás sabios de la humanidad. Después del formidable estallido que produjo el alimento de los dioses, tomó Winkles tal aire protector para con Bensington y Redwood, que hasta el insigne inventor de la heracleoforbía creyó que el verdadero autor de la revolución científica había sido Winkles.

Cuando Bensington indicó algo acerca de los peligros del descubrimiento, Winkles dijo:

—Estas cosas no son más que meros accidentes... El descubrimiento lo es todo: convenientemente desarrollado, bien manejado y vigilado, el descubrimiento de *nuestra* comida es indudablemente portentoso. Hay que concretar la atención en él, sin distraerla para nada ni descansar un momento.

Winkles no creía que nadie debiera descansar: se pasaba el día en casa de Bensington, quien, desde su ventana, veía llegar el carruaje de Winkles á lo largo de Sloane Street: pocos segundos después el singular doctor entraba en el cuarto con un rollo de papelotes, noticias, informes y curiosidades.

—Bien, muy bien — decía. — ¿Cómo va eso? ¿Adelantamos mucho?

Y luego se metía de lleno en la comidilla eterna:

—Ya ve usted, amigo Bensington... Caterham ha dado una conferencia sobre la heracleoforbía en la Asociación Religiosa.

—¡Cielo santo! — exclamaba Bensington. — Pero ese caballero es primo de un ministro, ¿no es verdad?

—Sí, sí, así es. Caterham es un joven inteligentísimo... Algo reaccionario, ¿entiende usted? bastante reaccionario... Pero, en fin, eso no obsta para que sea inteligentísimo... Está absolutamente dispuesto á sacar partido de *nuestro* descubrimiento, y habla de *nuestro* propósito de usarlo en las escuelas elementales...

—¿*Nuestro* propósito de usarlo en las escuelas elementales?—preguntó con asombro Bensington.

—Sí... Dije algo de esto el otro día en la Politécnica, así, como de paso... Traté de hacerles ver claramente que la cosa era muy buena, á pesar de los primeros accidentes, que no es posible que se reproduzcan... Ya sabe usted que esto sería un gran paso... Pues bien, Caterham parece haber recogido lo que yo dije...

—Pero... ¿qué es lo que usted dijo? — preguntó Bensington.

—Nada de particular... y, sin embargo, ya ve usted cómo lo toman en serio. El dijo que ya se ha gastado bastante dinero en escuelas, y sacó á

relucir historias antiguas sobre ciertas lecciones de piano... Dijo, además, que está bien que se dé a los niños una educación adecuada a sus condiciones; pero que eso de nutrirlos con un alimento como la heracleofobia sería hacerles perder por completo el sentido de las proporciones. Y luego preguntó qué ventaja puede traer el hecho de que los pobres crezcan hasta treinta y seis pies de altura... ¡Esto quiere decir que él sabe ya, perfectamente, que los muchachos llegarían a tener treinta y seis pies de estatura!

—Y los tendrán — dijo gravemente Bensington, el cual añadió:

—Pero ¿nadie dijo nada?

—Sí, yo dije algo...

—¿Usted?...

—Sí... yo dije que aún serían más altos...

Pero él me interrumpió preguntando si el ser más grandes los haría mejores y más felices... El punto es interesante, ¿no es verdad? Preguntó que si en estas condiciones serían también más respetuosos hacia el principio de autoridad. ¡Es curioso que tanto se preocupen ciertas personas de la justicia en el porvenir! Añadió que costando hoy tanto de mantener a una criatura ¿qué sería si ésta aumentaba tanto de volumen? ¿Qué le parece á usted? De una sencilla observación mía hace Caterham un capítulo serio y llega hasta calcular que un par de pantalones para un muchacho de

veinte pies de estatura costarían diez libras. ¡Es muy especial ese Caterham! Dice que el contribuyente tendría que tributar en proporción... que todo padre tendría derecho á que le criaran sus hijos; que el coste del material de las escuelas tendría que estar en relación con el tamaño de las cosas como éste con la estatura de los muchachos, etc., etc.; y todo, ¿para qué? ¡para formar un proletariado de gigantes, y de gigantes hambrientos! Caterham acabó diciendo que, aunque no se realizara el hecho, no cambiaría el aspecto de la cuestión, y que el alimento es nocivo y perverso, porque, si una vez se ha desparramado y ha producido las consecuencias que todos sabemos, lo mismo puede ocurrir en lo sucesivo, dando origen á males sin cuento.

—En eso tiene razón, por desgracia — dijo Bensington interrumpiendo á Winkles: éste continuó:

—Por último: Caterham propone la formación de una sociedad cuyo fin sea la conservación de las proporciones naturales de las personas y de las cosas.

—¿Y qué se propone con ello? — preguntó Bensington.

—Promover algún escándalo con dicha sociedad, según creo yo. Quieren hacer ver que la heracleofobia es una fabricación ilegal, ó, por lo menos, que es ilegal su fabricación. Yo he evita-

do algo encaminado á demostrar que las ideas de Caterham son exageradas, pero crea usted que poco ó nada le habrá perjudicado mi oposición: si- gue sumando prosélitos de una manera pasmosa, y figuran entre éstos la «National Temperance Association» que ha ordenado á sus individuos la sobriedad en el crecimiento.

—¡Hum! — exclamó Bensington frotándose la nariz, — me parece natural esa revolución después de lo que ha ocurrido, porque el hecho, no ha dejado de ser aterrador.

Winkles paseó un rato por la estancia en ademán pensativo, y luego se marchó: era evidente que le bullía algo en el cerebro que se proponía madurar y exponer.

Otro día en que se hallaban reunidos Bensington, Redwood y Winkles, les dejó ver un chispazo de lo que pasaba en su interior.

—¿Cómo va eso? — preguntó al entrar. — ¿Qué hay de nuevo?

—Estamos extendiendo una especie de informe para la Academia.

—¡Ah, ya! pero ¿es que deben ustedes?...

—¿Qué es lo que cree usted que debemos?

—Decía si ustedes creen que deben hacer público eso.

—Naturalmente: no vivimos en los tiempos medievales.

—Es verdad; pero...

—Opino en esto como Cossar, que tiene ideas matematicamente excelentes acerca del verdadero método científico.

—Sí, en la generalidad de los casos tiene razón Cossar; pero este caso es muy excepcional.

—A pesar de serlo — dijo Bensington, — estamos decididos á exponer ante la Academia todo el asunto, de la manera más exacta y apropiada.

En otra ocasión insistió Winkles diciendo:

—Considere usted, amigo Bensington, que la heracleoforbia es un descubrimiento excepcional desde muchos puntos de vista.

—No importa — le replicó Redwood.

—Y que esa clase de conocimientos puede acarrear graves abusos y hondas perturbaciones, como dice Caterham.

Redwood guardó silencio.

—Además, pueden ocurrir descuidos lamentables — siguió diciendo Winkles. — Si nombráramos una comisión, formada por hombres de confianza, que inspeccionara la fabricación del *boom-food* ó de la heracleoforbia, como debemos denominar al alimento, podríamos...

El doctor se detuvo, y Redwood, que estaba muy contrariado, hizo como que no había comprendido el alcance de aquellas palabras.

Fuera de las caras de Redwood y de Bensington, pasaba Winkles por autoridad en lo referente al alimento de los dioses, por más que sus co-

nocimientos en la materia fuesen bastante incompletos. Escribía cartas acerca de la heracleoforbia, redactaba artículos y sueltos defendiéndola, y asaltaba muy á menudo las sociedades científicas con objeto de perorar sobre la famosa substancia, llegando á encontrarse, á los ojos del público, identificado con ella: hasta llegó á publicar un folleto titulado *La verdad sobre el boomfood*, en el cual trató de atenuar lo ocurrido en Hickleybrow hasta reducirlo á la nada. Afirmó que era un absurdo creer que el alimento de los dioses hiciera crecer al hombre hasta treinta y seis pies de altura: aquello era una exageración evidente; el *boomfood* los haría un poco mayores, pero nada más.

Era indiscutible que Winkles se afanaba por ayudar al sabio en la preparación de la substancia, y aun por corregir, si era posible, la fórmula hallada por el insigne químico; quería tomar parte en todo lo que se relacionaba con la heracleoforbia, y decía continuamente que el descubrimiento era maravilloso y constituiría la gloria del inventor si éste hallaba apoyo de alguna manera. Por fin, un día abordó Winkles resueltamente la cuestión y preguntó á Bensington cómo preparaba la heracleoforbia.

—He pensado — le contestó Redwood — en todo cuanto usted me dijo.

—¿Y qué? — preguntó Winkles.

—Que creo, efectivamente, que divulgar su

conocimiento puede dar origen á abusos... Usted mismo lo dijo...

—¿Va usted á explicarme á mí mismo lo que hablamos?

—Naturalmente... ¿Por qué no?

Winkles estuvo todo aquel día reflexionando, y cuando volvió á ver á su maestro le dijo:

—He pensado, mi respetable amigo, en que estoy administrando á su hijo de usted unos polvos cuya composición y naturaleza desconozco... Y que eso puede acarrearle alguna grave responsabilidad...

Redwood se quedó pensativo, y Winkles añadió, cambiando de conversación:

—Ya sabe usted que á la sociedad formada contra el *boomfood* pertenecen millares de individuos. Caterham la representa, como el más elocuente, y han formado comisiones de propaganda y de resistencia... es decir, que lo han tomado en serio, y hasta pretenden que se prohíba legalmente la preparación de la heracleoforbia sin licencia especial, y que se castigue á quien la administre á quienes no cuentan más de veintiún años de edad. La sociedad constituida para la conservación de la estatura normal del hombre tendrá de representante en el Consejo á Mr. Harrison, que ha escrito, como usted sabe, un ensayo sobre el *boomfood*, llamándolo vulgar é inarmónico, con aquella «Revelación de Humanidad» que hallamos en

las doctrinas de Comte, lo cual demuestra lo perverso que es... Dice que no hay nadie que comprenda á Comte...

—¿Pero usted no piensa decir?... — interrumpió alarmado Redwood.

—Es indudable que no harán nada, pero la opinión pública será siempre opinión pública, y los votos serán siempre votos... Todo el mundo ve que se hallan ustedes ocupados en algo que revolucionaria y perturba, y es cosa sabida que el instinto humano se opone á cuanto significa una perturbación. Sin embargo la idea de Caterham de que los hombres lleguen á tener treinta y seis pies de estatura no es muy aceptada: las gentes se resisten á creer que un individuo no pueda entrar fácilmente en una iglesia, en una sociedad, en un teatro, en cualquier institución ó lugar formado para reunir á los hombres... Pero esto no evita el hecho de que estén intranquilos y temerosos, porque, después de todo, ven algo más que un descubrimiento ordinario.

—Lo mismo ocurre — dijo Redwood — en todos los descubrimientos y en todas las invenciones.

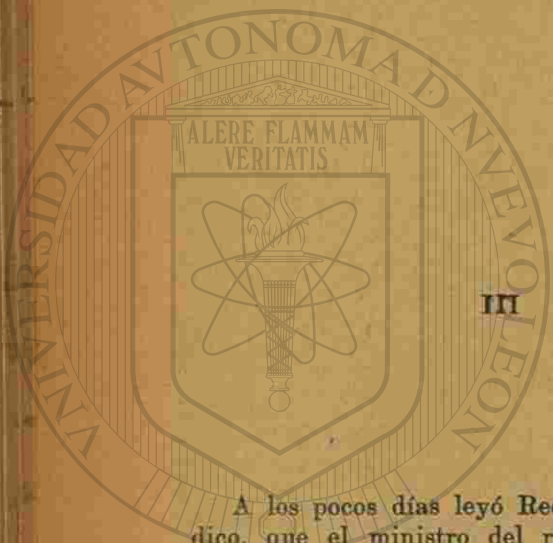
—Sí, pero aquí se trata de una obstinación muy digna de notarse... Caterham sigue marchando sobre el tema de que pueda haber otro descuido como el de la granja. Yo digo que no, y que no... Pero, ¡vaya usted á saber!...

Winkles se puso á dar vueltas por el cuarto

pensando en si daría suelta á su secreto; pero debió de pensarlo mejor, pues á los pocos segundos salió de la habitación y de la casa de Bensington.

Este y Redwood se quedaron mirándose silenciosamente. Luego, dijo Redwood con voz nerviosa:

—Pues bien, pongámonos en lo peor. Y ya puestos en lo peor, le aseguro á usted que le doy la heracleofobia á mi chico con mis propias manos.



A los pocos días leyó Redwood en un periódico, que el ministro del ramo había ofrecido nombrar una comisión que estudiara el asunto del *boomfood*. Redwood se dirigió á casa de Bensington con el periódico en la mano.

—Yo creo — dijo en cuanto hubo entrado — que Winkles nos está perjudicando en esta cuestión. Es indudable que le está haciendo el juego á Caterham, pues no deja de hablar por todas partes, y si sigue de ese modo, va á concluir por perjudicar mucho nuestras investigaciones. Harto preocupado me tiene mi hijo para que ahora...

Bensington manifestó, de igual modo, que no estaba conforme con la campaña que había emprendido Winkles.

—¿Se ha fijado usted en el empeño que tiene en denominar *boomfood* á la *hēraclēoforbīa*? — dijo Redwood.

—Sí que me he fijado en ello, y maldita la gracia que me hace ese nombre.

—Pero ese nombre demuestra lo que significa el asunto para Winkles.

—¿Por qué se ocupará tanto en estas cosas, en las que, después de todo, nada tiene que ver?

—Sí, pero á él le gusta el bulle bulle y el hablar sin tón ni són. Nada tendrá que ver con nuestras cosas, pero todo el mundo acabará por creer que son obra suya, y eso es lo que él persigue.

—Pero si esta agitación tomara carácter serio...

—Mi hijo seguirá tomando el alimento, y aun en el peor de los casos...

Redwood fué interrumpido por la entrada en la habitación de alguien que llegó dando saltos: era Winkles que entró frotándose las manos.

—Doctor — le dijo Bensington, — le agradecería á usted que no entrase en mi cuarto, sin previo anuncio.

Winkles se excusó cortésmente, y luego, volviéndose hacia Redwood, le dijo:

—Celebro encontrar á usted aquí.

—¡Ah! — exclamó Redwood, — ¿conoce usted ya lo de la comisión que va á designar el gobierno?

—Sí, lo conozco.

—¿Qué le parece á usted?

—Una idea excelente: eso calmará la excitación pública, hará luz en el asunto y le cerrará la boca á Caterham; por eso ha venido. El hecho es que...

—Que á mí me desagrada mucho eso del nombramiento de la comisión — dijo Bensington interrumpiéndole.

—Sin embargo — objetó Winkles, — no cabe duda de que ha de ser provechoso, se lo aseguro á usted. Creo que no habré cometido ningún abuso de confianza, pero yo...

Redwood hizo un gesto bastante significativo.

—Pero yo puedo dar luz en el asunto y facilitar la cuestión... Se puede declarar que el alimento es analizable, y, más que nada, que no volverá á ocurrir con él otra catástrofe parecida á la de Hicklebrow, que es precisamente lo que se necesita; darle al gobierno seguridades. Ahora bien: yo pudiera hablar con más confianza y con más seguridad, si supiera... pero justamente me ocurriré en este momento algo que necesito consultar con ustedes. Me encuentro ante una seria dificultad, y ustedes pueden sacarme de ella.

Redwood se sonreía con íntima satisfacción.

—La cosa es enteramente confidencial.

—Siga usted y no se preocupe de ello — dijo Redwood.

—Me han encargado hace poco de un niño, del hijo de un elevado personaje.

—Veo que prospera usted — dijo Redwood.

—Pues todo mi éxito lo debo á su hijo de usted, amigo Redwood. Sin embargo, no puedo ocultar la antipatía que le tengo al uso de esos polvos, lo cual no obsta que personas de gran inteligencia deseen... Pero hay que ir con mucho tino, ya lo sabe usted, y en el caso de Su Alteza, es decir, de este nuevo cliente mío... La iniciativa ha partido del padre: yo no me hubiera atrevido nunca.

Redwood creyó notar que el doctor no se atrevía á expresarse con claridad, y le dijo:

—Yo estaba en la creencia de que usted abrigaba dudas respecto á si convenía ó no administrar esos polvos.

—Sí, pero dudas pasajeras.

—¿Entonces no renunciará usted á dárselo?

—¿A su hijo de usted?... no, de ningún modo.

—Es que, en mi concepto, sería un crimen dárselos de dar.

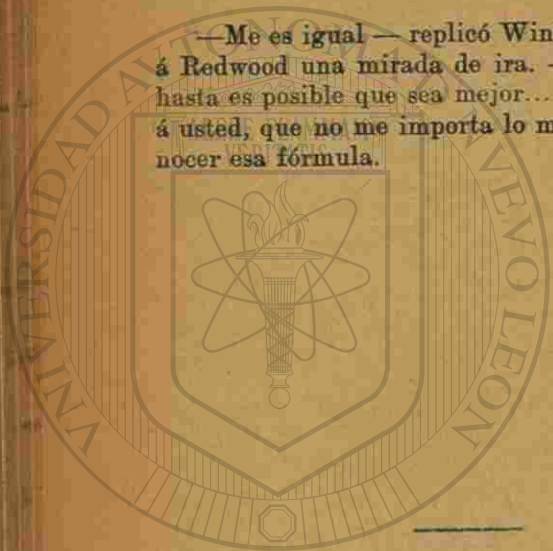
—Crimen que no cometeré por nada del mundo.

—En ese caso, tendrá usted los polvos.

—Quizá fuera mejor que me diese usted la...

—No, pierda usted cuidado, no hay fórmula: yo mismo le confeccionaré á usted los polvos.

— Me es igual — replicó Winkles — dirigiendo á Redwood una mirada de ira. — Me es igual, y hasta es posible que sea mejor... Puedo asegurarle á usted, que no me importa lo más mínimo no conocer esa fórmula.



IV

Cuando se marchó Winkles, Bensington se acercó á la chimenea, miró fijamente á Redwood y le dijo:

--¡ Su Alteza Serenísima!..

--¡ Su Serenísima Alteza! — repitió Redwood.

--Sí; es la princesa de Weser Dreiburg.

--¡ Nada menos que una prima de tercer grado, de...!

--Escuche usted, amigo Redwood... Es algo curioso lo que voy á decir, pero escúcheme. . . ¿ Cree usted que Winkles se da perfecta cuenta?..

--¿ De qué?

—De lo que hemos hecho.

Y Bensington añadió, bajando la voz:

—El comprende que esa familia, la familia de su nuevo cliente...

—Adelante — dijo Redwood.

—Ha estado siempre bajo... bajo...

—¿Bajo el término medio?

—Sí, eso es... Y que ha sido poco distinguida en todos sus aspectos... Y ese hombre va á producir ahora un personaje real, verdaderamente real, de gran tamaño... ¡De tamaño extraordinario! ¿No entrañará eso una traición al pueblo?

Bensington miró á su amigo, el cual describió un rápido signo con el índice y exclamó:

—¿Pero si ese hombre no sabe!... ¡Si ese hombre no sabe nada!... ¡Lo que se dice nada! Su vida de estudiante fué lo mismo: mucho acumular y almacenar en la memoria; pero, por lo demás... ¡nada! ¡Cuando digo que nada! Es Winkles y nada más, y no sabrá nunca nada que no esté relacionado con lo superficial de la existencia. Carece por completo de imaginación, y, por lo tanto, es incapaz para tener sabiduría... Nadie podría pasar por tantos exámenes, ni ir vestido como él va, ni obtener tanto éxito como médico, sin esa reconocida incapacidad... Ahí lo tiene usted sin haber adquirido la más remota idea de lo que se trata, á pesar de todo cuanto ha visto y oído... El ha conseguido un *bombo*, y esto es lo que se había

propuesto, y por eso ha logrado lo de la princesita... que para él es la mayor cantidad de *bombo* posible. El hecho de que Weser Dreiburg haya de tener una princesa de treinta y seis pies de estatura, que es un problema gigantesco, ni siquiera le ha entrado á Winkles en la cabeza... ¡Ni podía entrarle; eso es más claro que la luz del día!

—Eso va á originar en el país una revolución...

—¡Ya lo creo! Dentro de un año próximamente...

11

—En cuanto la gente se entere de que la princesita crece, y crece...

—Se empleará el sistema de ocultación, como siempre...

—Quizá... ¡pero es mucho para tenerlo oculto!

—Bastante...

—Estoy pensando en lo que se les ocurrirá hacer cuando llegue el caso.

—Nada, absolutamente nada...

—Pero se verán obligados á tomar alguna resolución...

—Puede ser que ella misma la tome.

—¡Ah!

—Tal vez la supriman... ¡no sería la primera vez que ocurriera!...

Redwood se echó á reír á carcajadas.

—¡Oh! La realeza superflua — dijo, — la princesita pujante... Tendrán que encerrarla en la to-

re más alta de algún viejo castillo de Weser Dreiburg, é ir abriendo los techos de los pisos superiores, á medida que vaya creciendo... Pero la verdad es que yo me encuentro en el mismo aprieto... Y Cossar lo mismo... ¡No está mal!

—Va á ser una revolución que ¡ya, ya! — dijo Bensington sin sentir la hilaridad de su compañero. — ¡Una revolución terrible!... Supongo, Redwood, que usted lo habrá pensado y reflexionado bien... ¿No cree usted que sería acertado avisar á Winkles y convencerle de que debe disminuir la dosis del alimento que le da á su hijo de usted? ¿No sería conveniente que nos conformáramos con el triunfo teórico?...

—¡Bah! — exclamó Redwood con acento desesperado. — Yo quisiera que viera usted á mi hijo cuando se retrasa algo la comida... No diría usted ahora lo que dice... Además... ¡alarmar á Winkles en estos momentos sería desastroso!... ¡Qué remedio nos queda! La marea nos ha cogido en alta mar y hay que nadar forzosamente hacia la orilla...

—Sí, es verdad, hay que nadar á la fuerza. Tenemos que nadar nosotros, y su hijo de usted, y los chiquillos de Cossar... ¡Todos, todos!... Ya lo estoy viendo. Y Cossar es de los que no hacen las cosas á medias: todo ó nada. Nada; hay que continuar haciendo heracleoforbia... Al fin y al cabo, aún nos hallamos en los albores del descubri-

miento... y han de seguir grandes novedades, quizás cosas monstruosas que yo ni siquiera puedo imaginarme...

Bensington dejó de contemplarse las uñas de sus dedos para mirar á Redwood por encima de las gafas.

—Hay momentos en que creo que Caterham tiene razón... ¡Esto va á destruir la proporción natural de las cosas, va á ser una verdadera dislocación de las magnitudes!... Pero ¿qué dislocación será esa?

—Dislójese lo que sea, mi chiquillo necesita el alimento, y lo tendrá — dijo Redwood con decisión.

En esto se hallaban cuando oyeron por la escalera los rápidos pasos de alguien que subía. Cossar entró en la habitación diciendo:

—¡Qué! ¿Hay novedades?

Acto seguido le dijeron lo de la princesita.

—¿Y qué? — exclamó Cossar con voz que pareció el estallido de una bomba. — ¿Y á eso llaman ustedes cuestión difícil? ¡Nada de eso! La princesa crecerá, crecerá como su hijo de usted, Redwood, y como los míos, y como todo el que tome el alimento... ¿Adónde está la dificultad? Todo va á pedir de boca... ¡Eso lo comprende cualquier chiquillo!

Redwood y Bensington trataron de explicarle lo que habían pensado, lo que hablaban en el pre-

ciso momento de llegar el ingeniero; pero no pudo contener su indignación:

— ¡Cómo! — gritó. — ¿Renunciar á ello? ¿No seguir el camino emprendido? ¡Pero si eso no tiene ya remedio! Y, sobre todo, ¿para qué están ustedes aquí? ¿Para qué está Winkles? Muchas veces he pensado para qué servía Winkles. Ahora ya lo sé: ¡es indiscutible, sí, es indiscutible! para administrar el alimento de ustedes... ¿Que hay trastornos? ¡Que los haya! ¡Que se trastorne el universo entero! ¿Y qué? Si está más claro que el agua... ¿Que el gobierno trata de atajarlo? Llegará tarde, como siempre: el Gobierno llega siempre tarde... Ustedes adelante, siempre adelante: ¡para algo habían de servir en este mundo!

— Pero ¿y el conflicto que esto supone? — objetó Bensington. — Yo no sé, amigo Cossar, si usted lo ha pensado bien...

— Vamos, Bensington — estalló Cossar, — usted ha debido nacer planta: una legumbre bien cuidada, y muy metida en su vaina... ¡A un hombre como usted, hecho para causar la admiración y el temor de la humanidad entera, no se le ocurre más que estar arrellanado en su sillón, regalándose á cuerpo de rey!... Pero ¿se ha figurado usted que está el mundo para que usted haga esa vida de vieja dormilona? Ya no hay remedio: es preciso seguir hasta el fin.

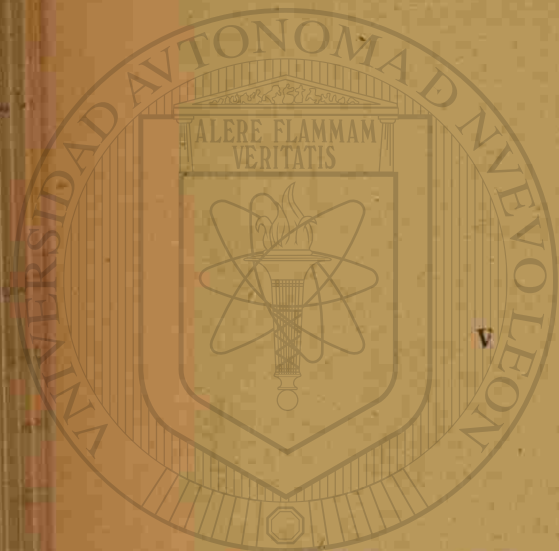
— Eso es lo que digo yo también — observó

Redwood. — Seguir hasta el fin, pero despacio, muy despacio...

— ¡Cómo despacio! De prisa, muy de prisa... ¡Que cunda, que se esparza por todo el mundo!...

Y luego añadió, describiendo una especialísima curva en el aire, parodiando los movimientos de Redwood, y dirigiéndose á éste:

— ¡Así, Redwood, así!...

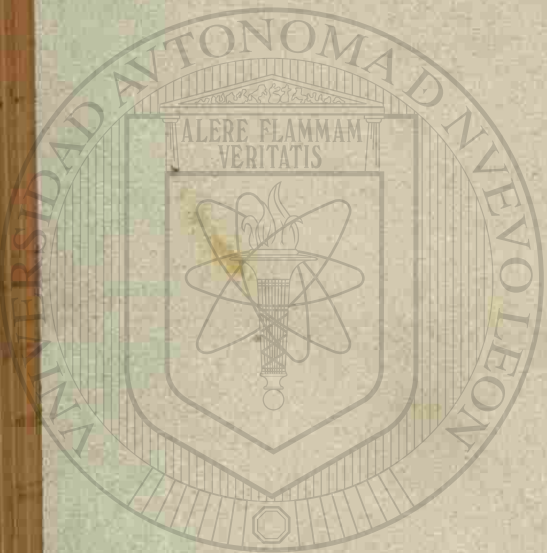


Debe de haber un límite superior en el orgullo de la maternidad; y á ese límite llegó la esposa de Redwood cuando su niño alcanzó el sexto mes de su existencia terrena.

Cuando al niño se le rompió el elegante cochecito de paseo, como ya hemos dicho anteriormente, y fué llevado en el carretoncito del repartidor de leche, el hijo de Redwood medía cuarenta y ocho pulgadas de alto, pesaba cincuenta y nueve libras y media, y podía sostener sesenta en sus manos.



El niño de Redwood



Al regresar á su casa aquella tarde, fué llevado al cuarto de recreo entre la cocinera y la doncella. Poco después de ocurrir esto fué cuando se hizo popular el descubrimiento. Un día volvió Redwood á su casa y se encontró á su señora profundamente engolfada en las páginas del *Atomo poderoso*. Al notar la presencia de su marido, la señora Redwood dejó la lectura y se echó en los brazos de aquél, llorando.

—Dime lo que *le has hecho* — dijo con voz entrecortada, — dime lo que *le has hecho*.

Redwood la cogió de la mano y la llevó á un sofá, mientras se preparaba á la defensa.

—Nada, hija mía, nada; pero te encuentro muy sobrecitada... Y de todo tiene la culpa ese cochecillo endeble, que no vale un ardite... Ya he encargado uno fuerte, muy fuerte, como los que usan los enfermos...

—¿Como los de los enfermos? — exclamó la desolada madre mirando á Redwood con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y por qué no?...

—Pero eso es como si el chico estuviera inválido...

—¡Bah! nada de eso, hija mía; eso es como si fuera un gigante... ¡Un gigante! Me parece que no tienes motivo para avergonzarte de él...

—Tú le has hecho algo, sí, tú le has hecho algo...

—Bien... Y aunque le hubiera hecho algo, ya ves que ese algo no ha trastornado su desarrollo— respondió Redwood con frialdad.

—Sí, sí... Ya lo sabía yo — dijo la señora del sabio retorciendo nerviosamente el pañuelo — ya lo sabía yo... ¿Qué le has hecho á nuestro hijo?

—Pero, vamos á ver: ¿le pasa algo malo al niño? ¿No está saludable y fuerte?

—Sí, le pasa algo... Es muy grande.

—Es el niño más hermoso y perfecto que ha nacido de mujer... ¿Qué hay de malo en él?

—Mira, fijate en su tamaño...

—Bien, ¿y qué? Mira tú á los demás y verás qué chiquitillos y endebles son... Nuestro hijo es el chico más hermoso... Y, además — siguió Redwood tratando de tranquilizar á su mujer, — ese desarrollo no seguirá así... Ya lo verás... Eso ha sido indudablemente un repentino impulso de la Naturaleza... Después se estacionará.

Redwood sabía perfectamente que el crecimiento seguiría su curso gigantesco. Y, en efecto, cuando el niño contaba un año escaso, ya medía cerca de cinco pies de estatura y pesaba cincuenta y cinco kilos, presentando el aspecto de los angelotes que hay en la iglesia de San Pedro, en Roma. Sus caricias y los afectuosos tirones y manotazos con que demostraba su inclinación á los visitantes de la casa, fueron el objeto de las conversaciones en West Kensington. Para andar por casa

hacía uso de la famosa poltrona con ruedas que sustituyó al carrito; y le servía de niñera una joven robusta y musculosa, que le sacaba de paseo en automóvil de ocho caballos de fuerza, hecho expresamente para él.

En cuanto hubo pasado el asombro que produjo la descomunal estatura del niño, las gentes empezaron á verle pasear á diario por Hyde Park, y en verdad que era hermoso. Jamás lloraba, llevaba siempre en la mano su enorme sonajero, y lanzaba gritos á los conductores de ómnibus y á los agentes de policía. Los conductores solían decir admirados:

—¡Ahí va el niño boomfood!

Y los pasajeros añadían:

—¡Qué sanote está!

—Mucho, y lo crían con biberón, según dicen, el cual ha sido construído para él expresamente y admite seis litros de leche.

—¡Está robustísimo!

Cuando su madre lo vió por primera vez en el automóvil y se convenció de que el niño seguía creciendo progresivamente y convirtiéndose en un verdadero gigante, tuvo un gran disgusto y dijo que no volvería á poner los pies en la habitación de los niños; tuvo deseos de morirse y de que se muriera su hijo, su esposo y todo el mundo: deploró haberse casado, y se mantuvo encolerizada por algún tiempo: se mantuvo encerrada en su

cuarto tres días, á caldo de gallina casi exclusivamente, y aunque Redwood quiso consolarla, no lo consiguió.

—¡Pero si eso es una fortuna para él! — le decía. — No hay otro tan bueno ni tan hermoso ¿No te gustará que sea el primero entre todos?

—No; yo quiero que sea como los otros niños, ni más ni menos: quiero que sea como Georgina que es una niña muy mona. ¡Eso es un monstruo que usa ya calzado de hombre y va llevado en un coche movido por petróleo!

Y la pobre mujer rompió en sollozos.

—Yo no puedo quererle, no — siguió diciendo; — ¡no puedo ser para él una madre como había pensado serlo!

Por último se consiguió llevarla al cuarto de los niños en donde estaba el niño Monson (llamado luego Pantagruel) sentado en una mecedora construída expreso, sonriendo y balbuceando.

—Ta, ta, ba, ba.

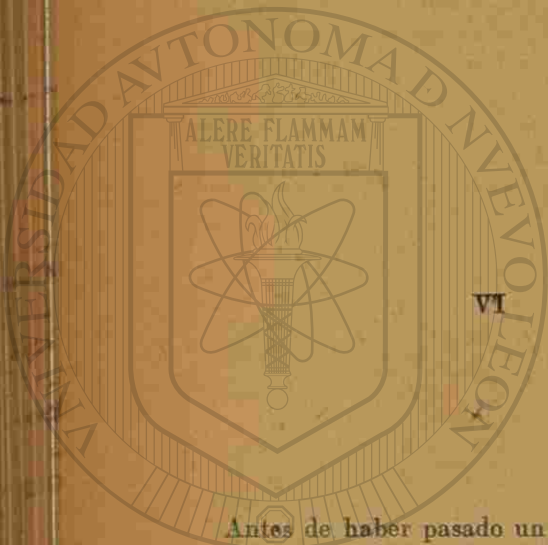
Su madre no pudo menos de enternecerse, lo estrechó entre sus brazos, y lloró.

—¡Ah, hijo mío! A ti te han hecho alguna cosa, á ti te han dado algo para que crezcas y crezcas, pero yo haré también todo lo posible por criarte y educarte como debo, aunque vaya contra tu padre...

Redwood, que había acompañado á su esposa

al cuarto de los niños, dió media vuelta y bajó bastante consolado.

—¡Qué picardía es haber nacido hombre siendo las mujeres como son!



Antes de haber pasado un año se vió en West de Londres un buen número de automóviles iguales al primitivo de Redwood. Hay quien me aseguró que eran once; pero las más cuidadosas investigaciones han demostrado que no pasaron nunca de seis. El alimento de los dioses obraba de diferente manera, según la diversa constitución de los individuos: la heracleoforbía no se adaptaba al principio al sistema de las inyecciones, y es indudable que hay un gran número de personas que no pueden asimilarse dicha substancia en el curso normal de la digestión.

Un ejemplo de esto era el hijo de Winkles, que era tan incapaz de crecimiento como de conocimiento, en concepto de Redwood. Otros niños, según atestigua la sociedad formada contra el *boom-food*, estropearon completamente su organismo con el alimento, y aun llegaron á perecer á la primera indisposición de las que los niños suelen sufrir; pero los hijos de Cossar tomaron con verdadera avidez la substancia.

Es evidente que cosas de esta naturaleza no se introducen con tanta sencillez en la vida del hombre. El crecimiento, en particular, es muy complejo, y todas las generalizaciones tienen que resultar sin orden ni regularidad. Pero la ley general del alimento era, por lo visto, que *estimulaba el organismo en cuanto entraba en él*, y en igual grado en cualquier caso que fuera; que aumentaba de seis á siete veces el tamaño de los cuerpos, y que no rebasaba aquel límite aunque se hubieran tomado con exceso las substancias; pero quedó demostrado que el exceso, fuera del minimum necesario, originaba en la naturaleza, graves trastornos y producía tumores, el cáncer y otras enfermedades terribles. Empezando el crecimiento en virtud de una porción de substancia determinada, la necesaria únicamente, había que seguir siempre en la proporción dicha y los efectos eran sorprendentes; pero aquella dosis se convertía en necesidad imperiosa para el organismo.

De abandonarse el tratamiento, una vez en la normalidad del crecimiento producido por el mismo, sentíase una inquietud extraña seguida de un período de voracidad, como les pasó á las ratas de Hankey, y luego se declaraba la anemia y sobrevenia la muerte. Algo parecido les ocurría á las plantas, pero sólo durante el crecimiento; pues una vez en la adolescencia, que en las plantas se indicaba con la primera aparición de los botones florales, disminuía la necesidad de tomar la heracleofobia y, al llegar á la edad adulta, se podía prescindir por completo de ella.

Hallábase asegurada de tal modo la existencia de una nueva especie de seres, que las plantas de las inmediaciones de Hickleybrow producían semillas gigantescas, según su especie; y Eduardito Redwood, el primer hombre de la nueva raza, andaba por su habitación rompiendo los muebles, mordiendo con la fuerza de un caballo, pellizcando con la de unas tenazas, y armando una insufrible algarabía con su charla infantil, siempre enderezada á su *tata*, á su *mama* ó á su asustado é inquieto *papa*, que, al fin y á la postre, era el culpable de todo aquel infierno.

Eso sí, el niño había venido al mundo con las mejores intenciones: los trastos de la casa volaban despedidos por las manos de Eduardito, en tanto que éste decía muy satisfecho:

—*Pada es beno: Pada es beno...*

Pada era él mismo, y dicho nombre quería significar *Pantagruel*, con el cual le había confirmado su padre.

En tanto, Cossar, después de una cuestión con el Ayuntamiento, había hecho construir en un solar contiguo á la casa de Redwood, un hermoso local para recreo y cuarto de estudio de sus hijos y de Eduardito, local que medía ventitrés metros de largo, otro tanto de ancho, y trece de alto.

Redwood se enamoró de la nueva edificación, y ante las necesidades perentorias de su hijo, fué perdiendo el gusto por las curvas hasta un extremo inconcebible.

—Hay que trabajar mucho — decía, — para arreglar un cuarto de niños. Todas las cosas que hay en él, hasta las mismas paredes, hablarán á su espíritu con más ó menos elocuencia y les enseñarán, ó dejarán de enseñarles, millares de cosas.

Cossar tomaba de pronto el sombrero y decía:

—Sí, sí; indudablemente.

Aunque los dos trabajaban juntos y en buena armonía, Redwood era el que con más frecuencia enseñaba á los niños.

Todo lo que significaba madera en aquel edificio, estaba pintado de colores claros; predominaba el blanco, però se veían fajas de otros colores para hacer que aquél resaltara más. Redwood solía decir:

—Conviene los colores limpios y brillantes. Y á cierta altura colocaron una faja horizontal de cuadrados en que se destacaban el carmín, el anaranjado, el amarillo, el azul y el verde en diferentes tonos y matices. Dichos cuadrados eran movibles, y los niños debían combinarlos á su gusto antes de su colocación.

—Lo que conviene — decía Redwood, — es que los combinen ellos á su capricho y luego seguiremos decorando la habitación: no hay razón para contrariar su gusto ó su capricho en la combinación de los colores. El local les debe interesar, porque esto constituye un gran alimento para los niños, así como la monotonía y la insipidez son la tortura y la muerte por inanición. Los niños tienen que ver pinturas en abundancia.

Pero aquellos cuadros no se colgaron allí de una manera permanente: los que permanecían fijos eran los marcos; la colocación de aquéllos se renovaba en cuanto la que tenían había perdido su interés para los niños.

Había en el edificio una ventana que daba á la calle, y para que el local ofreciese más interés, había hecho colocar Redwood, en el techo, una cámara oscura que reproducía la parte alta de la calle y una gran parte de los jardines de Kensington. En un rincón había un contador de seis pies en cuadro con marco de hierro, para que los niños se ejercitasen en hacer los primeros cálculos aritméticos.

También había en aquel local muchos juguetes, pero Cossar los aumentó un día con tres ó cuatro carretadas de ellos. Todos los juguetes eran grandes, inmensos, para evitar el riesgo de que los niños se los tragaran, y en forma tal, que pudieran apilarse y alinearse, y ser mordidos, arrastrados y golpeados sin experimentar gran deterioro: los había con muelles, con ruedas, con alas y con silbatos: había tablas de madera, de todas formas, figuras geométricas, pelotas, cajas de diversas formas y tamaños, con tapas sueltas ó colgantes y con tapas atornilladas, y, en fin, juguetes de todas castas y raleas, los cuales se les iban dando á los niños poco á poco, según recomendación de Cossar. Redwood colocó en un ángulo de la vasta habitación, un gran armario.

A lo largo de una de las paredes y á una altura proporcionada, á la estatura de un niño de seis á ocho pies de estatura, hizo colocar Redwood un encerado con marco de hierro para que los niños gigantes pudieran pintarrapear á su gusto, y cerca del encerado un bloque de papel de dibujo y un pupitre atestado de lápices de carpintero y de papel de escribir, y tan adelante fué Redwood y de tal manera se anticipó, que encargó grandes tubos de pintura y cajas de pintura al pastel para cuando los chicos los necesitaran, de igual modo que un tonel lleno de barro para modelar.

Redwood decía:

—Primeramente modelarán los muchachos con su profesor, y luego modelarán solos, y esto me trae á la memoria la necesidad de mandarles hacer palillos, cinceles y otros instrumentos de escultor. ¿Y libros?... Tendré que buscar cierto número de impresos en grandes caracteres... Aquí hay una inteligencia que necesita alimento y que es, después de todo, la coroná de toda educación... Sí, la corona; así como las buenas costumbres y la rectitud son el trono... Carecer de imaginación en absoluto es una brutalidad; pero tenerla pobre, es cobardía... así como tenerla buena, es señal de que Dios no deja de andar por el mundo... Además deben soñar con un país de hadas y gozar de todas las cosas buenas de la vida en tiempo oportuno. Pero, ante todo, hay que ilustrar su inteligencia con la espléndida realidad; han de leer historias de viajes, libros de aventuras y libros que les hablen de conquistas del mundo. Tendrán también historias naturales, que les den exacta idea de la vida animal, y hermosos libros que les ilustren acerca de las profundidades misteriosas del cielo y de los mares; mapas de todos los imperios del mundo, y dibujos que den exacta idea de trajes y costumbres de la humanidad. Deben tener medios apropiados para conocer y amar la belleza; pinturas japonesas que les eduquen en el sentimiento exquisito, y para que ad-
pámpano ó la flor que cae; grupos artísticos y ex-

tensos panoramas... También tendrán libros de arquitectura, planos y dibujos de casas y palacios, para que imaginen planes de edificios y de ciudades... Creo, de igual modo, que debo proporcionarles un teatrillo é instruirlos en la música...

Redwood, después de profundas reflexiones, decidió que su hijo empezara con un armonio de una octava y de sonido puro, al cual pudiera dársele luego mayor extensión.

El sabio miró hacia la ventana, midió con la vista la altura de aquella estancia, y luego dijo:

—Después, cuando necesite piano, tendrán que construirlo aquí mismo, ó entrarlo desarmado.

Redwood, absorto en estos pensamientos, paseaba por la enorme habitación su figurilla negra, como un juguete. ¿Si ustedes, queridos lectores, le hubieran visto! Parecía un enanillo entre tanta cosa gigantesca... Delante de la estufa eléctrica se extendía una soberbia alfombra turca, de cuatrocientos pies cuadrados, sobre la cual debía de andar á gatas el ilustre vástago de Redwood. Allá, arriba, subido en una especie de andamio, un empleado de Cossar, se ocupaba en fijar el marco en que habían de colocarse los cuadros móviles: veíase apoyado contra la pared un enorme álbum de botánica, tan grande como una puerta, de donde sobresalían un tallo gigantesco, los pétalos de una flor y otra flor de las hierbas que habían de

hacer famosa á Urshot en todo el mundo botánico.

Algo como un pensamiento de incredulidad invadió la mente de Redwood mientras contemplaba todas aquellas cosas.

— ¡Si esto sigue de esta manera! — pensó.

A lo lejos, y como respondiendo á la idea del sabio, dejóse oír como el mugido de un toro:

— Sí — continuó pensando Redwood, — todo sigue bien por ahora.

Poco después se oyeron fuertes golpes sobre una mesa y gritos estridentes que acompañaban á los golpes:

— ¡Ta-ta!... ¡Ba-ba!... ¡Brrr!...

Redwood cambió repentinamente el curso de sus ideas:

— Lo mejor que puedo hacer es enseñarle yo mismo.

Los golpes redoblaron. Por un momento, creyó Redwood oír el golpeteo de una máquina: la máquina del gran tren de acontecimientos que se le iba encima. Luego, los gritos y los porrazos se oyeron más agudos, más próximos. A poco, alguien golpeó en la puerta.

— ¡Adelante! — exclamó Redwood.

La puerta, tan grande como la de una catedral, se movió lentamente, y apareció Bensington sonriente, con su calva brillante y mirando por encima de las gafas.

— Me he atrevido á venir... — dijo el gran

químico con timidez, como un leve murmullo.

— ¡Adelante! — repitió Redwood.

Bensington, después de cerrar la puerta, adelantó pausadamente con las manos cruzadas á la espalda, moviéndose con cuidado y contemplando con mucha atención la grandeza que le rodeaba. Luego, se rascó la barbilla filosóficamente y dijo, en voz baja y pausada:

— Siempre que vengo me llama la atención esta habitación por lo *grande*...

— Sí — dijo Redwood recorriéndolo todo con la vista, y como queriendo reproducir en su interior una viva imagen del conjunto. — Sí, es grande... Pero también ellos serán grandes...

Bensington sintió un estremecimiento de terror, y dijo en voz casi extinta:

— ¡Grandes, sí, muy grandes!

Ambos sabios se miraron recelosamente, con una expresión de duda, que no podían ocultar.

— Grandes, sí, muy grandes — repitió Bensington rascándose la punta de la nariz y mirando á su amigo de soslayo, como quien espera la confirmación de sus palabras. — Todos ellos serán inmensamente grandes. Yo, ni siquiera puedo imaginarme lo grandes que llegarán á ser.



CAPITULO QUINTO

EL PUEBLO CONTRA BENSINGTON

I

Hallábase preparando su informe la Real Comisión del *boomfood*, cuando la heracleoforbia empezó á hacer de las suyas, acrecentando su importancia la rapidez del estallido. Aquel segundo informe fué más *desgraciado* que el primero, según Cossar, pues dicho documento demostró que la Comisión, dirigida por su muy ilustre miembro el doctor Esteban Winkles, doctor en medicina y

en ciencias, miembro de la Real Academia de Ciencias, juez de paz, etc., etc., había resuelto declarar que la substancia, objeto del informe, carecía de todo defecto, y que se hallaba dispuesta á recomendar que se confiara la preparación del *boomfood* á una comisión científica, presidida por Winkles, como era natural. Dicha preparación, en tal caso, sería investigada convenientemente, cosa que bastaba, según la comisión, para satisfacer cuantas objeciones se opusieran á la libre difusión de la substancia.

No hay para qué decir que la nueva comisión que en el informe recomendaba, tendría el monopolio absoluto del descubrimiento, pero hay en la vida terribles ironías, y la heracleofobia, haciendo de las suyas, como hemos dicho, debía dar un solemne mentís al informe, á cincuenta metros no más de una preciosa casita de Kenston, ocupado por Winkles durante el verano. Y parece ahora innegable que el haberse negado Redwood á descubrir á su discípulo el secreto de la formación de la substancia, excitó en éste, con mayor fuerza, el deseo de averiguarlo por medio del análisis químico.

Como Winkles no era un manipulador de gran experiencia, lejos de analizar en los laboratorios de Londres, en que podía hacerlo, se retiró á Kenston y estableció allí uno propio, aunque modesto, en el jardín de su casa. No obtuvo en aque-

lla ocasión gran provecho de sus trabajos, por falta de habilidad y de energía, y al mes, aproximadamente, de intermitentes vigiliias, tuvo que desistir de su proyecto. El laboratorio de Winkles, no era un modelo de laboratorios ni mucho menos. Winkles había situado en un ángulo del jardín un depósito de agua con una espita que comunicaba con una cañería, la cual iba á desaguar fuera del jardín en un pequeño pantano, al que daba sombra un hermoso aliso. En tal depósito, que siempre tenía agua, echaba Winkles los residuos de la heracleofobia de que había hecho uso en sus experimentos investigadores, con el fin de que corrieran al pantano; pero la cañería estaba rota por algunos puntos y goteaba, de modo que el alimento iba cayendo gota á gota y en bastante cantidad sobre una charca en que había macizos de juncos, precisamente en la época en que la savia primaveral se movía con mayor empuje. Todo era vida, y todo era fuerza en aquel apartado rincón de Kenston. Allí, en aquella charca, rompían sus envolturas platinosas multitud de renacuajos y muchos caracoles surgían á la vida: bajo el verde toldo que formaban los juncos, removíanse las larvas del escarabajo de agua, llamado, no sé por qué, *dytiscus*, coleóptero raro de movimientos repentinos, que nada hundiendo la cabeza en el agua, y que tiene de una á dos pulgadas de longitud, en el supuesto de no haber probado aún el

alimento de los dioses: dicho coleóptero está provisto de mandíbulas en forma tubular, terminadas en puntas agudas, con las que hiere á sus víctimas y les chupa la sangre.

Los primeros en probar los gránulos de la heracleoforbia, que cayeron en la charca, fueron los caracolitos y los renacuajos, pero cuando uno de éstos, que ya crecía demasiado, quiso engullirse á otro renacuajillo, apareció una larva del *dytiscus* y le punzó con la aguda extremidad de sus mandíbulas, le chupó la sangre, y con ella el impulso vigoroso del crecimiento debido á la heracleoforbia.

Lo único que por fortuna pudo salvarse de las larvas, fué el apretado anillo de juncos y las hierbas del fondo de la charca. Al limpiarse más tarde el laboratorio, alguien arrojó más residuos de heracleoforbia mezclados con agua, en el depósito; pero la charca rebasó, y toda aquella tremenda y callada lucha por la vida, pasó lentamente al pantano adyacente, cubierto por el aliso.

Natural es que alguna persona fuese la primera que descubriese lo que estaba pasando en el jardín de Kenston, y dicha persona fué un señor llamado Lukey Carrington, profesor especial de Ciencias de un colegio de Londres, cuyo señor estudiaba, en sus horas de ocio, las algas pantanosas, con paciencia de naturalista.

Un día fué Carrington á Kenston para llenar

sus tubos con ejemplares nuevos: bajó hacia el pantano, y hundió en él su bastón.

El jardinero de Winkles, que subido en una escalera de mano, asomaba la cabeza por encima de la valla sin comprender la visita de aquel caballero á lugar tan poco frecuentado de gentes, se propuso vigilarle, y vió como se inclinaba hacia el agua, apoyando una mano en el tronco del aliso; pero no pudo apreciar desde donde él estaba, la sorpresa y el placer con que el naturalista vió los gruesos filamentos y los extraordinarios bulbos que había en el fondo del pantano. No se veían renacuajos, y á Carrington no le chocó otra cosa anormal, que la excesiva y exuberante vegetación acuática.

Después de contemplarlos con júbilo, el profesor se desnudó un brazo y lo introdujo en el agua, tratando de alcanzar tan hermosos ejemplares. De repente, salió un *dytiscus* de entre las raíces del aliso y arremetió contra el brazo de Carrington. La forma del animal era extraña; su longitud no bajaba de treinta y cinco centímetros, y su cuerpo parecía articulado como el de un escorpión. La repentina aparición del *dytiscus* y el agudo dolor que le produjo al buen naturalista fueron cosas demasiado extraordinarias para que Carrington no se conmoviera profundamente y dejara de perder el equilibrio. El sabio sintió que perdía la estabilidad y lanzó un grito agudo, cayendo de cara en

el pantano. El jardinero le vió hundirse y salir á poco á la orilla, sin sombrero y dando fuertes alaridos. Nunca había oído gritar á un hombre de aquel modo, y el asombrado mozo vió cómo el señor forastero intentaba arrancarse algo de la ensangrentada mejilla. Carrington agitaba y retorció los brazos desesperadamente; saltaba como si estuviera frenético; corría algunos metros, y volvía, ó caía en tierra, desapareciendo de la vista del jardinero. Este, al observar aquello, bajó de la escalera y atravesó la valla, llevando en la mano, por fortuna, las tijeras de podar. Dudó un momento, creyendo que iba á habérselas con un loco; pero las tijeras le dieron ánimo y avanzó resueltamente.

Cuando Carrington le vió, moderó la violencia de sus movimientos; pero por mucho que trató de dominarse, le fué imposible dejar de manifestar su horrible desesperación: trató de levantarse, pero volvió á caer sin fuerzas, gritando:

—¡Mira, mira, no puedo quitármelos!...

El jardinero, vió entonces, horrorizado, que Carrington llevaba en la cara, en el brazo desnudo y en una pantorrilla, tres de aquellas terribles larvas del *dytiscus*, hundiendo en la carne de la pobre víctima sus aceradas mandíbulas, y chupándole con avidez la vida. Las larvas hacían presa como perros, y así era que cuando Carrington se esforzaba por arrancarse la que colgaba de su

mejilla, no conseguía más que desgarrarse la carne y ahondar la herida, por donde brotaba la sangre en abundancia.

—¡Yo los cortaré, señor, yo los cortaré! — exclamó el jardinero. — ¡Sosténgalos usted mientras yo corto!

Y, en efecto, el mozo de Winkles, que estaba acostumbrado á verificar en los árboles aquella operación, seccionó una por una las tres cabezas de los sanguinarios insectos; pero tan agarrados estaban estos, que siguieron chupando desesperadamente, hasta que el jardinero, viendo que aún salía sangre por los segados cuellos de los monstruos, completó su obra dando unos tijeretazos más, que llegaron á coger alguna carne de la propia víctima.

Carrington no cesaba de repetir:

—¡No, no podía deshacerme de ellos, no podía!...

Por algún tiempo anduvo el naturalista tambaleándose y desangrándose, y pasándose sus débiles manos por las heridas como para convencerse de su estado. Por fin, desfallecido, dobló las rodillas y cayó á tierra con un desmayo mortal, entre los partidos cuerpos de las larvas, que aún se meneaban.

Afortunadamente, no se le ocurrió al jardinero ir al pantano á buscar agua para bañarle las heridas á Carrington, pues aún había más bichos

de aquellos entre las raíces del aliso. Lo que hizo fué atravesar la valla é internarse en el jardín para pedir ayuda. Allí encontró al cochero, al cual le refirió todo lo que acaba de pasar. Cuando ambos volvieron al lado del herido, éste se hallaba sentado, sin fuerzas, sin ánimos, y muy débil; pero aún tuvo alientos para advertirles del peligro que podían correr en el pantano.

II

Tales fueron las circunstancias en que tuvo el mundo la primera noticia de que en el alimento se había perdido otra vez. Una semana después andaban en Kenston Common muy atareados en eso que los naturalistas llaman centro de distribución. Esta vez no había allí avispas, ratas, ni tijeretas, ni ortigas, pero por lo menos hubo tres arañas de agua, varias larvas de moscas dragón, que se convirtieron en seguida en moscas que deslumbraban todo Kent con sus cuerpos de zafiro y una fastidiosa espuma gelatinosa que iba aumentando por momentos en las márgenes del pantano,

y llegaba su materia viscosa y de color verdoso hasta la mitad de la senda del jardín del doctor Winkles. Y principiaron á crecer de tal modo las aneas y otras plantas acuáticas que terminaron por secar el pantano.

Pronto comprendió el público que esta vez no se trataba de un sólo centro de distribución, sino de cierto número de centros. Había uno en Ealing, ahora ya no cabía duda que de allí procedía la plaga de moscas y arañas rojas; había otro en Sumbury, que producía feroces anguilas capaces de salir á la orilla y devorar á un carnero; y en Bloomsbury había uno que dió al mundo una extraña y terrible especie de gobios, quedando la única casa vieja que había en Bloombury habitada contra la voluntad de las personas que vivían en ella. De pronto se encontró el mundo de nuevo delante de los experimentos de Hickleybrow con la mar de exageraciones ridículas de monstruos domésticos en lugar de las gallinas gigantes, ratas y avispas. Cada centro principió entonces con su flora y fauna característica del local.

Ahora sabemos que cada uno de estos centros corresponde á una de las diferentes experiencias del doctor Winkles, pero por entonces no se sabía nada de esto. El doctor Winkles fué la última persona en enterarse de este asunto. Como es natural hubo pánico general, indignación apasionada, pero esta indignación no era contra el doctor

Winkles, sino contra el alimento, y aún más que contra el alimento contra el infortunado Bensington, que la imaginación popular le consideró desde un principio como el único responsable de todo esto.

El intento de lincharlo que siguió después, es precisamente uno de esos sucesos repentinos que abultan mucho la historia, y que en realidad es el menos significativo de todos los sucesos.

La historia de esta explosión de indignación resulta un misterio. El núcleo del tumulto partió sin duda del *meeting* que celebraron en Hyde Park los adversarios del alimento *boomfood*, organizado por los más exaltados del partido Caterham; pero no se ha podido saber quién fué el primero que lo propuso, ni quién tuvo la idea del ultraje á que tanta gente asistió. Para Mr. Gustave le Bon resulta esto un problema, un misterio de la psicología de los tumultos. Lo cierto es que á eso de las tres de la tarde de un domingo, una amenazadora multitud de londinenses, marchaba corriendo por la calle Thursday arrollando todo lo que encontraba á su paso para hacer un castigo ejemplar en la persona de Bensington como aviso á todos los demás investigadores, y tan á punto estuvieron ya de realizar su intento que faltó muy poca cosa, y no se recordaba haber visto en Londres una multitud tan amenazadora desde los remotos comienzos del reinado de la Reina Victoria

en que las verjas de Hyde Park vinieron abajo. Esta multitud estuvo, como decimos, tan á punto de realizar su intento, que una sola palabra de los amotinados hubiera decidido la suerte del pobre señor.

La primera intimación que tuvo de la cosa fué la gritaría espantosa que subía de la calle. Se acercó á la ventana y estuvo mirando sin sospechar nada de lo que le amenazaba. Estuvo viendo durante un minuto como una docena, próximamente, de policías, que hacía esfuerzos sobrehumanos para cerrar el paso á aquella multitud desenfrenada, sin darse cuenta exacta de lo que significaría todo aquello. De pronto se le ocurrió pensar que aquella multitud que gritaba desahoradamente en la calle venía en su busca. Estaba solo en el piso, tal vez fué esta su salvación; su prima Juana había ido á Ealing á tomar el té en casa de una parienta por parte de su madre, y él no tenía la menor idea de lo que convenía hacer en tales circunstancias, como tampoco la tenía de lo que habría que hacer el día del juicio final. Andaba por el piso corriendo de un lado para otro preguntando á los muebles qué era lo que le aconsejaban, quitando llaves de las cerraduras y volviéndolas á poner, cerrando puertas y ventanas de la alcoba, cuando entró el portero.

—No hay un momento que perder, señor. ¡Se

han fijado abajo en el patio en el número de este cuarto! ¡Y suben aquí derechos!

Sacó á Bensington al corredor donde ya se oían las voces de la turba que subía por la escalera central, cerraron la puerta detrás de ellos, y con la llave duplicada del portero entraron en el piso de enfrente.

—Esta es nuestra única salvación — dijo el portero abriendo una ventana que daba á un pozo de ventilación, donde había una escalera de hierro adosada á la pared, que servía para bajar los de los pisos de arriba en caso de incendio. Se la enseñó á Bensington y le dijo cómo tenía que subir, y principió él también á subir detrás de él, agujerándole en las piernas y sonando el manajo de llaves que llevaba en la mano, siempre que desistía de continuar subiendo. Había momentos que le parecía á Bensington que no iba á terminar nunca de subir aquella escalera vertical. El parapeto de encima estaría muy distante, iba pensando él, una milla quizás, y por debajo... De lo que había debajo no le importaba nada.

—¡Firme y adelante! — exclamó el portero, y le asió de una pierna.

Al verse con la pierna cogida sintió un miedo horrible, y Bensington apretó todo el cuerpo á la escalera de hierro y cogió desesperadamente con la mano derecha el peldaño que estaba sobre su

cabeza dando, al mismo tiempo, un grito convulsivo de espanto.

Se vió que el portero había roto una ventana de otro piso que daba á aquel pozo, y al chocar contra la pared la hoja de la ventana que giraba sobre sus visagras, produjo gran ruido. Bensington volvió la cabeza con precaución hasta que vió al portero.

—Baje usted seis peldaños — le ordenó éste.

Esta operación que de tan fácil resultaba tonta, fué una cosa extraordinaria para Bensington, pues con muchísima precaución se atrevió á menear un pie.

—¡No me tire usted! — exclamó al verse cogido por el portero que le ayudaba desde la ventana abierta.

Le pareció que el llegar á la ventana desde la escalera era peligrosísimo hasta para una zorra ligera, y andaba pensando que en caso de necesidad había que buscar un suicidio más decente que aquel, cuando se decidió á dar el paso, y el portero lo cogió y firó de él casi inhumanamente para meterle dentro.

—Estese usted aquí quieto — dijo el portero; — mis llaves no vienen aquí. Es una cerradura americana. Saldré y cerraré la puerta y veré si puedo encontrar al inquilino de este piso. Así es que quedará usted encerrado, no se asome á la ventana y no tenga miedo. Es el tumulto más te-

rrible que he visto en toda mi vida. Si ven que está usted fuera, se contentarán con destrozarse sus muebles...

—El indicador quizá — dijo Bensington.

—¡El demonio lo ha querido así!

—Lo principal es que no me encuentren...

El portero desapareció cerrando tras sí la puerta.

Bensington quedó otra vez abandonado á su propia iniciativa.

Se metió debajo de la cama.

Allí lo encontró poco después Cossar.

Bensington estaba casi aletargado de terror cuando lo encontró Cossar que había echado la puerta abajo haciendo fuerza con la espalda y apoyando los pies en la pared del pasillo.

—Salga usted de ahí, Bensington — dijo él.—

No tenga usted miedo. Soy yo. Tenemos que salir de aquí porque le han pegado fuego á la casa. Los porteros se están disponiendo para marcharse. Los criados ya han marchado. Ha sido una suerte que el hombre que sabía esto de pegarle fuego á la casa nos lo haya dicho.

—¡Mire usted!

Bensington vió desde debajo de la cama las prendas de ropa que Cossar tenía en el brazo, y le llamó la atención un ¡sombbrero negro de mujer!

—Todos los inquilinos de la casa se están marchando también dijo Cossar. — Si no le pegan

fuego subirán hasta aquí. La tropa tardará una hora larga en llegar. El cincuenta por ciento de los amotinados son Hooligans, y escuso decir que entrarán en los pisos mejor amueblados para desalojarlo todo. Póngase usted esta falda y sombrero y véngase conmigo.

—¿Pero cree usted que con eso?... — principió á decir Bensington asomando la cabeza por debajo de la cama como una tortuga.

—¡Sí, hombre; póngase usted esto y véngase conmigo! La cosa es bien clara y sencilla.

Y con gran vehemencia principió á tirar de Bensington para sacarlo de debajo de la cama, y principió á vestirle transformándole en una vieja de pueblo.

Le remangó los pantalones y tiró las zapatillas que llevaba puestas, le quitó la corbata, cuello, chaqueta y chaleco, y le echó por encima de la cabeza la falda negra, le puso después un cuerpo de franela encarnada y otro cuerpo igual á la falda encima. Le hizo quitar sus características gafas y le encasquetó el sombrero en la cabeza.

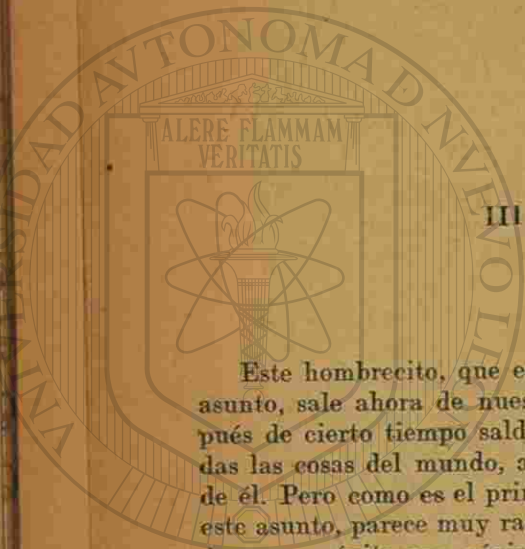
—Si parece que ha nacido usted á propósito para ser una vieja — le dijo mientras le ataba las cintas del sombrero. — Ahora póngase usted estos zapatos, cosa terrible va á ser esto para sus callos, el mantón, y ya está el disfraz completo.

A ver, ande usted á un lado y á otro — añadió Cossar, y Bensington obedeció.

—Muy bien — dijo Cossar.

Con este disfraz andaba muy torpe porque le estorbaban las faldas, y principió á decir con voz de falsete, imprecaciones afeminadas para representar mejor el papel, pensando, al mismo tiempo, en la turba que venía á lincharle, cuando el primer descubridor de la heracleofobia IV, principió á caminar por el corredor de la casa Chesterfield, mezclado con aquella exaltada y desordenada multitud, dejando así de figurar por completo en los acontecimientos que constituyen nuestra historia.

Después de esta escapatoria no se volvió á mezclar en el estupendo descubrimiento del alimento de los dioses, siendo así que de todos los hombres era el que había hecho más en un principio.



Este hombrecito, que es el que empezó todo el asunto, sale ahora de nuestra historia, como después de cierto tiempo saldrá por completo de todas las cosas del mundo, aunque hablarán mucho de él. Pero como es el primero que principió todo este asunto, parece muy razonable que dediquemos á su gran éxito una página intercalada de intención. Podemos pintarle en sus últimos días como se le conoció en Tumbridge Wells. Porque en Tumbridge Wells fué donde volvió á aparecer después de una temporada de obscuridad, cuando ya había desaparecido por completo la furia de los revoltosos. Apareció debajo del aventador de su prima Juana medicándose para curar los ataques nerviosos con exclusión de todos los demás intereses, y completamente indiferente, según parecía, á las batallas furiosas que se estaban li-

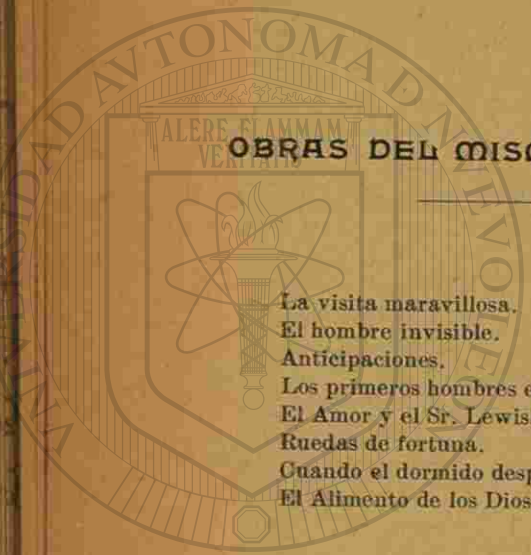
brando entonces respecto á esos nuevos centros de distribución, y respecto al alimento de los niños.

Se estableció en Monte Gloria, en el hotel Hidroterapéutico, donde había extraordinarias facilidades para toda clase de baños; baños carbonatados, de creosota, tratamiento galvano-forádico, *masaje*, baños de pino, de almidón, de radium, de luz, de calor, de salvado, de agujas, de alquitrán, etcétera, y dedicó su inteligencia al desarrollo de ese sistema de tratamiento curativo que aún era imperfecto cuando murió. Bajaba á veces en un coche de alquiler, con su gabán de piel de foca, y otras, cuando sus pies se lo permitían, se iba paseando hasta Pantiles, y allí bebía, á pequeños sorbos, agua ferruginosa delante de su prima.

Con sus espaldas encorvadas, su color sonrosado y sus lentes ahumados, formaban en conjunto una figura especial que llamaba la atención en Tumbridge Wells. Nadie sentía por él la más mínima aversión, y hasta parecía que el hotel y todo aquel sitio se sentían orgullosos con su presencia. Y, aunque prefería que los diarios no siguieran hablando del desarrollo de su gran descubrimiento, no por eso dejaba de gustarle cuando cruzaba el hotel ó bajaba hasta Pantiles, el cuchicheo de las personas que decían:

— ¡Ahí va! ¡Ese es!

Lo que le hacía suavizar un poco su boca y le brillaban los ojos por un momento.



OBRAS DEL MISMO AUTOR

- La visita maravillosa.
- El hombre invisible.
- Anticipaciones.
- Los primeros hombres en la Luna.
- El Amor y el Sr. Lewisham.
- Ruedas de fortuna.
- Cuando el dormido despierte.
- El Alimento de los Dioses.

H. J. Wells

Juicios de la prensa

H. J. Wells, escritor extraordinario, en el que se han unido la exuberante fantasía meridional y el espíritu amplio y progresivo de los hombres del norte, después de hacer concepciones maravillosas de los misterios de la Ciencia, de las nebulosidades de la Naturaleza y de las incógnitas siderales, necesitaba buscar en las nebulas del tiempo, para conseguir con exquisita sensibilidad artística una visión perfecta del futuro.

Esto es **ANTICIPACIONES**: un adelantamiento prodigioso á la marcha normal de los años, un estudio completo de las sociedades venideras; un alarde de profecía científica; una serie magnífica de axiomas y paralogismos del porvenir, lo que ha de ser la locomoción en el siglo xx, lo que han de ser la escuela, el libro, la guerra, el idioma, la familia; todo visto á través de un temperamento artístico, de una psicología honda, de un espíritu analítico superior á todo encomio.

Los **PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA** es una preciosa novela admirablemente traducida del inglés por el ilustrado Doctor en Ciencias y conocido periodista D. Vicente Vera.

En el género de la novela científica ningún escritor ha sabido hasta ahora manejar tan hábilmente los efectos, mezclar con tanto éxito la inquietud á la curiosidad y dar, en resumen, á la locura, tanto aspecto de razón.

La fantasía de Wells es poderosísima y toma de repente inesperados vuelos, pasando del humorismo más punzante y frío, pesimista y triste á veces, á escenas terroríficas, notablemente descritas. Hace gala, también, de sus raras dotes para pintar personajes y caracteres con un solo trazo, lleno de vigor, de exactitud y de malicia. ®

El **HOMBRE INVISIBLE**.—Pensar en la invisibilidad de un hombre y suponer todas las ventajas que de tal invisibilidad podrían sacarse, es cosa que á muchos se les ha ocurrido, pero nadie hasta el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA "ALFONSO RIVERA"
No. 1625 MONTEFRANCO, N. L.

originalísimo Wells ha descubierto los inconvenientes, los verdaderos horrores á que semejante estado daría lugar.

Las aventuras de Griffin, el hombre invisible, grotescas á veces conmovedoras otras y siempre interesantes, proclaman la inventiva de un genial novelador, al mismo tiempo que los profundos conocimientos científicos y las dotes de observación del celebrado escritor inglés.

La lectura de este libro, tan deleitosa y tan llena de sorpresas, no se abandona una vez comenzada, por lo imprevisto de los acontecimientos, naturales sin embargo todos, que sostienen el ánimo del lector en constante tensión, por procedimientos de verdadero arte y sin que su autor haya de recurrir á brochazos y efectos de gusto dudoso.

Titúlase el libro LA VISITA MARAVILLOSA, y después de su lectura, bien puede decirse de Wells, con Mauricio Maeterlinck, que posee «la imaginación más imprevista, la más inagotable, la más completa y la más lógica de estos tiempos».

La novela que nos ocupa es la historia de un ángel caído en nuestro planeta; el relato de sus aventuras y de su iniciación en nuestra vida humana, en nuestras costumbres, en nuestras emociones. Las peripecias son de una novedad encantadora, y la ironía de ciertas observaciones sobre nuestro régimen social, hacen pensar á veces en alguna de las más célebres novelas de Voltaire, al cual en LA VISITA MARAVILLOSA aventaja Wells, por su *desinierés* y la originalidad del asunto.

En éste, como en otros libros, no es Wells, como se ha dicho, un continuador de Julio Verne, pues aun poseyendo una imaginación tan fértil como la del popular novelista francés, tiene sobre éste la doble superioridad de ser un artista verdadero y de encerrar en cada una de sus ficciones una de esas grandes ideas que no se dirigen á los niños, sino á los hombres.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

